

Vidas y lugares

Giselle García Pereira
Compiladora



Vidas y lugares

Giselle García Pereira
Compiladora



Proyecto gráfico: Peppe Cirotti
La foto de portada es del archivo privado de Peppe Cirotti

Distribuido bajo licencia Creative Commons GPL3

920.008.460.972.86

V649v Vidas y lugares / Giselle García Pereira, compiladora. –
San José, Costa Rica : Universidad de Costa Rica,
Vicerrectoría de Acción Social, PIAM, 2021.
1 recurso en línea (301 páginas) : ilustración a color,
fotografías en sepia, archivo de texto, PDF, 2.55 MB.

ISBN 978-9930-568-32-3

1. ANCIANOS – COSTA RICA – RELATOS PERSONALES. 2. ANCIANOS – INFANCIA Y JUVENTUD – RELATOS PERSONALES. I. García Pereira, Giselle, compiladora.

CIP/3691

CC.SIBDI.UCR

INDICE

Prólogo.....	11
Cuatro Amigos.....	15
Ilegales en su Pueblo.....	31
A la ribera del río Mapocho.....	41
Mi barrio.....	49
Un lugar... en mi memoria.....	55
Así era mi barrio.....	73
Escazú.....	85
La casa de mis recuerdos.....	97
Avenida 6 Calle 34 y 36.....	103
La orilla del Paraná.....	115
Un viaje accidentado.....	121
Los pueblos que viven en mi.....	125
El Carmen Norte de Santander.....	137
Nací en Lagartillal.....	145
Frente a la casa de las acacias.....	149
Un domingo caluroso de abril.....	157
El reencuentro.....	161
Eran tiempos más tranquilos.....	203
Un martinico travieso.....	209

¡Yo soy de San Antonio de Belén!.....	215
Rasgos de un pueblo añorado.....	231
La piedra negra en Puerto Viejo.....	237
Mi abuelo y mi barrio.....	243
Reminiscencias de mi infancia.....	249
El pueblo en que nací.....	273
El amor.....	279
Sacramento de San José de la Montaña.....	289
En busca de mi pueblo preferido.....	297

Pocas labores a lo largo de la vida son tan gratificantes como el taller de escritura del PIAM. He facilitado un proceso en donde un grupo de personas cuenta, relata. En algunos casos quienes participan escriben lo que sienten y viven, y disfrutan haciéndolo.

Quienes comparten sus escritos en este libro, nacieron en el pasado siglo, en el siglo XX, en momentos de profundos cambios, convulsos en algunos territorios y en apariencia apacible en otros. Estos textos testimonian el deseo de vivir y disfrutar la vida.

Quiero agradecer la labor invaluable de revisión que hizo María Fernanda Schifani, el trabajo creativo de Peppe Cirotti, el esfuerzo de Ingrid Behm y Evelyn Silva, y mi gratitud especial a quienes escribieron sus vidas y lugares.

Este libro es un tributo al Catedrático Dr. Alfonso Trejos Willis quien pensó e impulsó una labor universitaria para los mayores: en 1980 presentó un proyecto dirigido a este grupo poblacional, el Consejo Universitario lo aprobó en marzo de 1986 y ese año el Programa Institucional para la Persona Adulta y Adulta Mayor (PIAM) inició.

Giselle García Pereira

Prólogo

El presente libro es una propuesta, un viaje y una revolución. Es una propuesta de personas que decidieron hacer tribu en la escritura y el Programa Institucional para la Persona Adulta y Adulta Mayor (PIAM), de la Universidad de Costa Rica, fue la estructura que les dio abrigo. Estas personas, por circunstancias de la vida, se encontraron en este tiempo y espacio para compartir lo que son: seres humanos, ciudadanos, personas adultas mayores, estudiantes del PIAM y miembros del curso Taller de escritura creativa, dirigido por Giselle García.

Esta propuesta es una invitación al lector(a) para que se transporte a otras épocas, otros olores, otros sabores y otras ciudades. Es, a la vez, un viaje que se extiende desde las orillas del Río Paraná, cruza por el Río Mapocho, por la Pampilla, por Maracay, por Carora y por Santander, hasta llegar a Costa Rica. Lugares tan diversos y tan distantes que convergen en el recuerdo colectivo de esta producción literaria. Es también un viaje por Costa Rica, la urbana y la rural, la que está llena de bosques, potreros, playas, barrios, iglesias, escuelas y colegios.

Sin embargo, sería irresponsable no decir que este viaje va más allá de los lugares, incluye el tiempo y, sobre todo, los recuerdos. Corresponde a una reminiscencia de la infancia de los(as) autores(as), esa etapa de la vida en

la que todo va más lento y parece más significativo, con sus juegos, travesuras y una visión de mundo más sencilla y clara.

Estos escritos son también una revolución que sale en defensa del recuerdo, de las emociones vividas y, sobre todo, del derecho a contar lo vivido. Las personas que colaboraron con este proyecto son personas adultas mayores que, en medio de la pandemia por COVID-19, se atrevieron a seguir construyendo vínculo a través del aprendizaje, rompiendo estereotipos y reivindicando su aporte y valor en la sociedad.

Esta es la segunda producción literaria de este taller y no es casualidad. Es una causalidad que nace de la defensa por el aprendizaje a lo largo de la vida, objetivo del PIAM en sus 35 años de existencia. Por lo tanto, me siento profundamente agradecida de poder invitar a la lectura de este texto, en donde cada una de las palabras es un llamado al reconocimiento de la vida de todos y todas, en todas sus etapas.

Sofía Segura Cano
Coordinadora del PIAM

Cuatro Amigos

Busco las llaves y me monto al carro disfrazada para la ocasión. Miro el reloj. Hay suficiente tiempo, llegaré a la hora justa. Enciendo la radio y escucho la canción de Feliciano: “Pueblo mío que estás en las alturas...” y mis pensamientos se esponjan, toman vida y sus tentáculos buscan abrazos. Brotan, se entrelazan como una enredadera, se retuercen, crecen de manera arbitraria y antojadiza.

Desenrollada la madeja, me lleva a ese lugar que siempre será parte de mí, santuario de mis reminiscencias. Poco a poco la trama grisácea de las telarañas se va corriendo. Conforme las imágenes se van coloreando me reconozco y veo transcurrir algunas estampas de mi infancia. Sin número de travesuras y fechorías se consumaron ahí. Los viajes constantes a Pavones fueron siempre una eterna aventura. Empezadas las vacaciones y pasada la navidad, partíamos al final del día hacia la finca. Nos empiyamaban y nos embutían en la parte de atrás del carro sobre un colchón. Así nos dormíamos de camino, no molestábamos y estábamos más cómodos.

Para los primeros viajes y durante una buena cantidad de años, el camino para llegar a la finca era de lastre, actualmente un recorrido corto, 64 kilómetros. El paréntesis entre la salida y la llegada se convertía en una eternidad, el rui-

do de la grava en las llantas nos aturdió, llegábamos casi sordos, blancos de polvo y con el pelo tieso. Con solo percibir las zigzagueantes curvas cercanas al hospital local, crecía la promesa del anhelado destino final. Del corazón de Turrialba a nuestro norte trascurrían 60 hulosos, interminables y tediosos minutos para recorrer los 10 kilómetros faltantes.

La finca de terreno escabroso y ondulado con áreas prácticamente imposibles de recorrer. Bromeando siempre comentábamos que de haber habido ganado, tendrían que haber estado amarrados con un mecate o por lo menos sostenidos con goma loca. Siempre pensé que mi padre compró el terreno porque mi hermano mayor, Willy, soñaba con tener un caballo en un amplio espacio verde, abierto donde las ráfagas de viento se arremolinaran libremente

La corta vida de Willy terminó a los 5 con la epidemia de polio por allá de los años 50, él no estaba vacunado, nadie lo estaba para ese entonces. Como conclusión y corolario mi padre nunca, nunca, nunca compró un caballo, aunque algunos de sus otros nueve hijos vivos, hubiéramos deseado que lo hiciera. Con el paso de los años, surgieron otras explicaciones para la compra de la Finca en Turrialba, parte de los tabues familiares.

Continúo conduciendo, espero no encontrar muchas presas. No permitan los espíritus chocarreros, tropiece con algún cerco de huel-

guistas. Cambio erráticamente y sin ninguna orientación las estaciones para ver si encuentro algún comentario o noticia que me oriente. La huelga, lleva casi 3 semanas. Las reivindicaciones planteadas engendran sentimientos distintos, diversos y dispares. No hay nada en la radio. Opto por la música, tal vez así se apacigüe mi angustia ante el trago amargo y pesado que me espera. Aspiro profundo, extendiendo al máximo mi diafragma, resuello de forma controlada y lenta. Saco un cigarrillo y busco a tientas el encendedor sin quitar los ojos de la carretera.

El cantón de Turrialba nació en 1903. Siempre tuve curiosidad por el origen de su nombre que parece venir de la palabra indígena “Turiri” que es fuego y “Aba” de río. Originalmente el nombre era “Turiraba” posteriormente transformado por los españoles en Turrialba donde “turris” es torre, y “alba” es blanca. La primera versión, para mi gusto, se apega más al cantón

Pavones, pueblo de Turrialba, padre de una naturaleza inquietante que cohíbe, se viene encima de uno y lo entierra. Tierras femeninas, sí a alguien podría irritarle, pero son tierras femeninas. Tierras fértiles, generosas y pujantes que inicialmente se recrearon en prácticas agrícolas, luego combinadas con el turismo, por su bella vegetación caribeña: fuerte, oscura, misteriosa y profunda; sus ríos torrentosos e

idílicos paisajes panorámicos. Por eso turiraba es el mejor nombre.

Hurgo en mi memoria, estiro al máximo los dedos, raspo con las uñas tratando de alcanzar aquello tan lejano y querido. Recuerdo dos casas, la vieja y la nueva. La nueva siempre es la nueva, hasta que no haya otra que la reemplace, aunque tenga más de un siglo y se caiga a pedazos.

Una casa vieja de dos plantas, sobre la meseta superior de una montaña al borde de la carretera principal. Rodeada por unos 150 metros de área verde que con los años se fue convirtiendo en un frondoso jardín, con árboles frutales cercados por llantas de tractor cubiertas de contrastante pintura blanca y roja. Las piedras blancas iban puliendo los diseños creados con flores de todo tipo y nunca faltaban las orquídeas características de la zona. Era una construcción de madera sobre pilotes como se acostumbraba, en respuesta a un clima cambiante, un calor sofocante que sin previo aviso rompía en temporal anegando los terrenos, desbordando los ríos. Irrumpían las inundaciones, los derrumbes caían masivos y pesados cerrando el paso. La planta baja con un planché de cemento y piso de tierra se utilizaba para el tractor, las herramientas, los chunches y se resguardaban los carros. Unas escaleras desgastadas llevaban a la segunda planta. Esa era la casa, con su cocina, las habitaciones y

un largo corredor abierto que la rodeaba. No se por qué, pero la recuerdo siempre torcida.

El corredor era el lugar de reunión, el área de cuentos e historias. Las candelas, lámparas de gas o canfín se confabulaban para crear sugerentes sombras entre aquellas bancas y mecedoras en las que nos acomodábamos. Comíamos al caer la tarde aprovechando los últimos rayos de luz, luego venían las noches oscuras, densas. No había electricidad, se utilizaba una cocina de leña que ahumaba toda la ropa, la casa y las personas. Era lindo ver las casitas de los peones todas con su chimenea humeante, sintiendo y degustando el sabor a tortilla palmeada, picadillo y olla de carne. Así es que, entre cuento y cuento, la penumbra formaba complicidad con las anécdotas escuchadas en absoluto silencio. El padre sin cabeza, el cadejo, la llorona..., nadie quería acostarse en esa oscuridad que nos rodeaba, el miedo se olía por todos lados. Algunas veces dormíamos en tijeretas, no había para todos así es que las compartíamos. ¿Recuerdan las tijeretas? Una lona, inicialmente blanca más bien beige, que cubría dos palos de madera, cruzadas en triángulo, formando una estructura cóncava. Al compartirlas, obligatoriamente los cuerpos que allí tendían a fundirse por la inercia. Afortunadamente, porque así no teníamos que dormir a solas, después de escuchar las historias, el miedo inundaba todo, paralizaba. Para ese en-

tonces yo todavía era muy pequeña y dormía generalmente, con mi hermana mayor.

¡¡¡Qué hijueputa, mal parido!!! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
Freno en seco mis pensamientos, rectifico inmediatamente. Siempre me pesco con ideas y comentarios sexistas, tengo que trabajar en eso. Ahh!! ¡¡Pero tenía que ser un machito, lindo hijo de papi!! ¿Dónde diablos habrá sacado la licencia? Seguro le salió de premio en una melcocha. ¿Cómo se le ocurre hacer eso? Acción temeraria, pudo haber provocado una fatalidad, una catástrofe. Dicen, los que saben, que la cultura puede conocerse por su comportamiento en las carreteras, y si es así, estamos muy, muy mal. El tiempo se me va acabando, no quisiera llegar tarde. De nuevo, inspiro profundo, dejo salir el aire de forma controlada y lentamente.

La casa vieja no tenía pintura, a lo mejor el tiempo la había resquebrajado. Madera café con leche, tablas retorcidas por el sol y la humedad formabando rendijas de formas múltiples por donde se filtraba la luz, la noche, los fantasmas, la lluvia y los recuerdos. Había gran cantidad de murciélagos y culebras. Estos están más presentes en mi memoria, unos amenazaban en la oscuridad, los otros entre los arbustos y la maleza. Con los murciélagos, nos divertíamos de día y los poníamos a fumar. Parecía que lo habían hecho antes, succionaban ávidamente el cigarrillo encendido y al final expelían las bocanadas de humo. Con los

carbunclos y las candelillas nos divertíamos en la noche, eran lindos e inofensivos, los recolectábamos en frascos y al día siguiente teníamos una colección de cadáveres.

En la casa nueva, la segunda planta tenía un corredor voladizo cerrado por amplios ventanales y pisos de madera. Sus colores hacían juego con la naturaleza y el paisaje, el blanco color del verolís y un verde claro de cañal. Tantos éramos los que llegábamos a vacacionar, que el corredor era inundado por colchones para dormir. Regresábamos pocos días antes de entrar a clases.

Cada uno llevaba a sus amigos o amigas, una energética tropa. Al amanecer, desayunábamos y a chirotear todo el día. Solo regresábamos para comer. Tres meses corriendo por los verdes y boñigosos potreros, hasta agotar nuestras energías. Hacíamos expediciones, explorábamos y terminábamos con los pantalones desgarrados por resbalar en tablas o cartones en las pendientes del zacatal. Nunca entendí como se las agenciaba mi madre con tanta gente en la casa, a veces, el desayuno se le pegaba con el almuerzo. No recuerdo que nadie nunca le ayudara, pero siempre estaba la comida lista, caliente, despidiendo aromas deliciosos y pronta para ser devorada por nosotros sin compasión.

En ese tiempo, no existía la famosa transacción comercial para obtener las verdes guaya-

bas criollas, los ácidos y jugosos cases, los jocos pintones, las frágiles frambuesas, la manzana rosa o los mangos celes. Todo estaba al alcance de nuestras manos. Solamente brincarse un alambre de púa y sortear el encuentro con un bovino malhumorado.

¡¡Qué mierda!! Tengo que dar una vuelta enorme para continuar mi camino y sortear la marcha de los huelguistas. ¿Cuál será la mejor ruta?? Tal vez el waze me ayude. ¿Tendré suficiente tiempo? Nuevamente busco las noticias, tal vez me den una pista sobre la mejor ruta.

Mis dedos se siguen estirando más y más, las uñas hurgan y raspan en los recuerdos. Poco a poco se perfila una figura que reconozco, una de mis hermanas mayores. Ella, apenas terminó los estudios de secundaria, ingresó al convento. Mi madre orgullosa y feliz, brincaba de contenta. La gente curiosa pregunta porque se hacía monja, yo muy segura y convincente contestaba “porque quiere casarse con un cura”. Para mí, todo estaba clarísimo, no había la más mínima duda.

Volviendo al cuento, ella estudiaba para monja fuera del país y cada cierto tiempo nos visitaba. Una de esas visitas coincidió con nuestro paseo a la finca. Existen muchos cuentos y habladurías sobre los curas y las monjas. Uno de ellos era la manera en que se bañaban. Estábamos muy intrigados y teníamos que ave-

riguar. Solamente había que esperar a que ella se bañara.

En la segunda planta de la casa nueva había un baño donde la ducha y el servicio sanitario estaban separados y su división no llegaba hasta el techo, tal y como se acostumbraba en la época. El plan era que cuando ella se estuviera bañando, nosotros entraríamos al servicio sanitario, nos subiríamos a la taza y observaríamos como se bañaba. ¿Se bañaba desnuda o con el manto negro como nos habían contado? Se despertó nuestro espíritu científico.

Éramos cinco carajillos metidos en el servicio sanitario que medía si acaso un metro cuadrado. Estrujados, empujándonos unos a los otros, tratando de no hablar, ni hacer bulla, contener el nerviosismo y la risa ante la maldad que estábamos haciendo. ¡¡Definitivamente era algo malo lo que estábamos haciendo, primero estábamos samueleando y segundo a una aspirante monja!! Por turnos logramos nuestro cometido. Saciamos la curiosidad. Efectivamente se bañaba con una túnica negra que le cubría todo su cuerpo, desde el suelo hasta sus muñecas. Atropelladamente salimos, pensando que nunca se había dado cuenta, no lo comentamos, era nuestro secreto. Ella tampoco lo mencionó, pero era obvio por que habíamos hecho tal escándalo que cualquiera lo hubiera notado. Buen tema de conversación para la próxima vez que nos encontremos.

Ya casi llego al parqueo, espero que mi hermana..., los músculos de mis mejillas lentamente se distienden y una gran sonrisa viste mi cara, ...sí, la monja que samueleamos, ya esté allí. No es buena hora para manejar, hora pico, cada semáforo es un suplicio. Mi estómago de nuevo se contrae y apelota, casi podría tomarlo con la mano. El diafragma se expande, me obliga a abrir la boca y aspirar la mayor cantidad de aire posible. Lo retengo y lentamente lo dejo salir. Mis músculos están tensos, contraídos. Continúo mi marcha.

En mi familia, como en las boticas hay de todo. Muchos temas tabú y secretos de los que no se conversaban. Y si hablamos de las mujeres somos un manojito..., no mas bien, un ramillete muy variado y multicolor. Las hay formales y recatadas, otras dieron que hablar. Algunas tías eran de esas, muy singulares.

Una vivió mucho tiempo con nosotros, era soltera y el regalo que pedía de navidad, año tras año, era un "boyfriend". Al paso de los años, se casó, quedando viuda a los seis meses. Ella se sentía satisfecha puesto que su estatus había cambiado de solterona a viuda, que socialmente era una ganancia absoluta.

Se esmeraba en su apariencia personal, cuidaba su peso y se colocaba pepinos en los párpados. Despedía un olor a perfume y cremas embelecadoras caras. Vestía de forma elegante, tenía joyas y viajaba por lo menos dos veces al año.

Nadie entendía muy bien como lo hacía si su trabajo era de secretaria en un negocio. Siempre he sido muy curiosa, me encanta desmembrar los misterios y los secretos escondidos, fui uniendo cabos y armando el rompecabezas.

La famosa tía era muy noviera, seleccionaba muy bien a sus prospectos, los cuales constantemente le hacían regalos que ella lucía. Se esmeraba mucho en su forma de vestir, como una cebolla, desde muy adentro hasta afuera.

Ella nos acompañaba a nuestros paseos a la finca. A la par de la casa nueva había otra más pequeña pintada de blanco con bordes carmesí donde vivía la otra tía con su familia. Ellos ayudaban en la administración, por eso el nombre de la empresa era Compañía Cuatro Amigos, mis padres, mi tía y su esposo. Dicen, a mi no me consta, que la debilidad de esta tía eran los hombres, no hacía discriminación de ningún tipo y menos en lo que a horarios se refiere.

En sus paseos a la finca, mi coqueta tía acostumbraba a lavar su ropa interior y secarla al calor del sol y la brisa. Su ropa desaparecía misteriosamente. Mi única explicación era que mi otra tía la hurtaba para lucir tan finas prendas en sus encuentros clandestinos.

El recorrido de las últimas cuadras se me ha hecho eterno, enredada en la turbulencia de los recuerdos hacen que la tarea que me espera sea más difícil. Es hora de avanzar, cambio

la marcha para salir y quito mi pie del freno para que el auto avance lentamente. Quisiera cerrar los ojos, aflojar mis músculos y que la inercia me lleve a cualquier otro lugar, pero la decisión está tomada.

El Hospital de Turrialba lleva el nombre de mi abuelo el cual murió muy joven. Tenía escasos 25 años cuando lo mataron. Como dirían los periodistas, fue un crimen pasional. Mi abuelo provenía de una familia afrodescendiente de Jamaica y su vida transcurrió entre Limón y Turrialba. La familia participó activamente en la vida económica, social y política del lugar.

Su actividad económica era creciente e importante para la región, con abundantes propiedades e inversiones. Un día mi joven abuelo recorría los alrededores en su caballo y se encontró con una niña de 14 años. De una forma muy romántica y haciendo uso de relatos de otras novelas, mi reconstrucción de los hechos es que él, prendado de su hermosura, la levantó, la puso en las ancas del caballo y se la llevó. En estos días se habría catalogado claramente de una relación impropia. En fin, se casaron y les dio tiempo de tener dos hijos. Ella si acaso sabía leer y escribir, provenía de una familia muy humilde. Vivían a dos horas del centro, caminando por la línea del tren y entre potreros. Recuerdo una casa de piso de tierra, con una

enorme chayotera, la casa de la abuela Mita, mi otra bisabuela, madre de mi abuela Graciela.

Definitivamente un cambio drástico para mi abuela a una muy corta edad. En ese tiempo, la gente de dinero de San José acostumbraba a montarse en el tren a Turrialba para celebrar grandes fiestas en Aquiares. Participaba en ese grupo el yerno de un importante político del país. Allí conoció a mi abuela, que al igual que mi abuelo, se prendó de ella. Sostenían encuentros clandestinos en un lugar llamado El Retiro. Mi abuela Graciela iletrada, se encandiló ante la labia y el mundo de un ciudadano.

En ese tiempo, el único medio de transporte hacia San José era el tren y ambos, marido y amante, coincidieron. Estando de frente, el que se sintió más culpable disparó su pistola. Mi abuelo herido, no murió inmediatamente, las dificultades para trasladarlo al hospital de Cartago eran muchas y falleció. A mi abuela, pecadora y viuda antes de los 20 años, no le permitieron ver al muerto, la expulsaron del lugar y la despojaron de todos sus bienes. Siempre la recuerdo vestida de negro, con faldas largas y mangas que le cubrían hasta las muñecas, nunca escuché ninguna otra historia que la vinculara en una relación amorosa de ningún tipo. Siendo ambas familias influyentes, con recursos, el problema se resolvió con la donación de un terreno y con el dinero de la indemnización se construyó el hospital de la localidad. Esta es

otra de las razones tabú por la que mi padre regresó y compró la finca en Turrialba

Una cuadra más y estoy en el parqueo. Mentalmente reviso y me aseguro que tengo conmigo todos los documentos, el check list me dice que está completo. Me detengo en el semáforo que está en rojo. Busco un cigarrillo y el encendedor, lo enciendo y lo succiono como los murciélagos, como si la vida se me fuera en ello. Mi estómago cada vez se constriñe más. Por dicha no desayuné, probablemente ya lo habría devuelto. Mi boca está seca, pastosa, desearía un vaso de agua fría. Mi respiración se acelera y las manos me sudan un poco.

Mis padres nunca fueron una pareja cariñosa. Nunca los vi abrazarse, besarse, andar de la mano o decirse cosas cariñosas. Mi madre, ama de casa con primaria completa, trabajó como costurera en un negocio frente a Koberg en pleno centro de San José. Allí se conocieron. Por una apuesta se casaron un martes 13 y tuvieron once criaturas. Cosía los uniformes, las combinaciones y los calzones, de hilo y con encaje. Siempre vivimos en Guadalupe, cuando crecimos mis padres se fueron a vivir a la finca. Los visitábamos los fines de semana. Se pelearon y por única vez se separaron. Mi madre se quedó en la casa nueva y mi padre pasó a vivir a una de las casas para los peones que estaba desocupada, la primera casa justo donde

comenzaba la finca, mas o menos a los 100 metros de la entrada al Turrialtico.

Nosotros pasábamos donde él, lo saludábamos, pero rápidamente nos íbamos a la casa con mi madre donde había comida, más comodidad y actividad social. Pasado un tiempo, él llegó donde mi madre con un ramo de flores, extrañísimo e inusitado en él. Ella se encontraba arrodillada en el jardín acicalando las plantas, levantó la mirada, lo vio y se desmayó. Tal y como sucede en las películas. Desde lejos miramos y nos acercamos. Mi padre nos miró, muy seriamente dijo: su madre está enferma, tengo que quedarme para cuidarla. Y problema resuelto, se instaló ahí nuevamente, dejando muy claro que él no estaba pidiendo cacao.

Los recuerdos han logrado arrancarme una sonrisa suave, cálida y nostálgica. Lentamente abrazo con fuerza los documentos, bajo del auto, recojo el tiquete del parqueo. Cruzo la calle y entro a mi destino. El abogado y todas las personas involucradas están presentes y se inicia la formalización de la venta de Cuatro Amigos.

Patricia Allen Flores

Ilegales en su Pueblo.

La luz se precipitó ese sábado por las ventanas de la pensión hasta obligarme a abrir mis ojos y recobrar mi estado consciente, para percatarme que desde hace mucho rato mi piel, se encontraba abrazada por la cálida humedad, que sofocaba el intento de seguir durmiendo.

Desde el viernes su tarde, su noche y la madrugada del sábado, el agua se había precipitado incesantemente, dejando en mí tres efectos; un sonoro concierto de ranas, un destellante cielo que interrumpía la oscuridad y el canto del aire al pasar entre las gotas de la lluvia y su danza contra el metálico techo.

Sin más, salte de la cama al baño y de ahí, a la calle, a caminar. Apenas abrí la puerta de la habitación, se coló en mis memorias un rancho de paja, como los de mi infancia en mi pueblo en el Carmen de Nandayure, una enorme explosión de colores en las flores, un poco a la izquierda una casita de madera cansada del tiempo, que no se desplomaba por la enredadera que sostenía las ennegrecidas tablas y el herrumbrado techo.

Apenas levante la mirada y el oído, ya andaba en el cielo, que se llenaba de sonidos y colores, un grupo de seis lapas verdes, las eternas enamoradas, volaban hacia el palmar. Mientras las calles eran tomadas por motos y personas

que salían de sus casas, inicié mi camino sin rumbo, pero con la claridad de lo que buscaba, el comedero más cercano.

Al doblar la esquina, a media cuadra, me tropecé con el humo y el aroma que escapaba por las ventanas de una casona, a su lado habían construido un agregado con tablonés a medio pintar, no muy diferente a muchas sodas en estas poblaciones del sur-sur de Costa Rica.

Estos y muchos otros negocios que luchan por seguir adelante, son propiedad de mujeres emprendedoras, que más que empresarias, son generadoras de su propia fuente de trabajo y para unos pocos familiares, un local con pocas mesas y bancos, pero donde te reciben con una sonrisa amplia y profunda, que invita a comer, el nombre de la soda María, era el mismo de su dueña, una morocha que nos ofrece pinto con todo, en breves momentos la mesa tenía café negro humeando, un plato con pinto, huevos, queso, maduros, que muy rápidamente desaparecieron en mi boca, buen precio, deliciosa comida.

Después de desayunar, me alisté para participar de la reunión en el salón comunal, lo encontré a la par de plaza de fútbol, el lugar ya estaba repleto de mujeres, hombres adultos, jóvenes, niños, niñas, acompañados por algunos zaguatillos con y sin dueño.

En mi caso solo era un testigo invitado por Margarita, una mujer mayor que conocí en algunas de las reuniones en la universidad, en las que había participado como investigador social interesado en la situación de los pueblos costeros, mi interés académico muy lejos de la motivación de muchas de las personas asistentes, para las cuales la reunión si tenía un carácter fundamental en el destino de ellos, de buena parte de la actividad económica de pequeñas y medianas empresas, que empleaban en promedio a no más de 6 personas.

El tema un pueblo con historia, desde los pueblos originarios, las andanzas de los pillos-conquistadores de Juan de Castañeda y Hernán Ponce de León en las costas del pacifico sur de Costa Rica, el largo bostezo colonial, la definición de la territorialidad costarricense, donde se integraron a la fuerza y por diversas circunstancias etnias, futuros costarricenses y panameños, pobladores voluntarios y otros por fuerza de la ley penal. Uno de los pasos significativos fue la construcción de la primera ermita hacia 1874 dedicada a Santo Domingo, aunque no pasaba de ser una construcción de tablones, palma y un par de imágenes, más un cura de vista periódica, en el año de 1912 el presidente bananero, fundaría la escuela de primeras letras, durante todo ese tiempo el pueblo nace y crece desde la costa del golfo, dado que el mar era la única vía de comunicación con otras poblaciones, situación que mu-

cho tiempo después presagiaría el enorme problema a enfrentar.

Durante mucho tiempo los pobladores tomaron terrenos, abriendo montaña, siguiendo ríos y encontraron actividades económicas extractivistas como la explotación forestal, la caza y la extracción de oro.

Los nubarrones llegan a partir de 1935-36 periodo en que la célebre Compañía Bananera deja el atlántico y se establece en los alrededores del Golfo Dulce y las tierras adentro, dándose un proceso de saqueo de tierras a los pobladores originarios, luego se moverá a la naciente población de Golfito.

Durante el periodo final del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI, se instaura una nueva opción de desarrollo local con una visión más conservacionista, en el turismo ecológico rural de una región que posee una riqueza única.

Pero con las oportunidades también aparecen las dificultades, casas, negocios, fincas instituciones públicas desarrolladas durante muchos años, dentro de los límites de 50 metros y 200 metros a partir del mar, definidos por la ley ambiental como zona prohibida para el desarrollo de construcciones y zona con restricciones sujeta a concesiones dadas por los gobiernos locales.

Buena parte de las tierras tiene la condición de ser propiedad del estado. Una realidad jurídica que abarca desde la gran orilla del golfo y se extiende hasta cerca de la mitad del pueblo, lo que incluye a la escuela, la iglesia y la agencia policial, la plaza de futbol, negocios y casas lo que genera un severo problema si se cumple la ley, el pueblo desaparece, muchas familias perderían sus formas de vida social, económica y cultural.

El problema es muy serio entre la ley ambiental y el desarrollo histórico del pueblo, la reunión transcurrió entre políticos locales algunos de carácter nacional, y buena parte de la población, la misma se llenó de discursos, “compromisos” de esta vez sí realizar trámites anteriormente ofrecidos y nunca realizados, pequeños matices de esperanza, que en nada respondieron los reclamos claros, precisos, con documentación histórica y legal de la población en especial de las mujeres que hicieron oír su voz.

Mi temor de observador se convirtió en una realidad objetiva, que luego fue confirmada por la mayoría de las personas, en la reunión sucedió lo mismo de los últimos 20 años, los pueblos costeros caribeños y del pacífico enfrentan el dilema de ser declarados “ilegales en sus hogares, en sus pueblos” y ver destruidos sus hogares y negocios, por un gobierno al que no conocen, y que no los conocen, por polí-

ticos que hablan, que no reconocen, la importancia de resolver el problema.

Una vez más el miedo, la duda en las caras, la rabia acumulada entre pecho y espalda, que solo permite tomar aire y salir tras la vida, al miedo le gusta robar los sueños. Después de la reunión los pobladores se perdieron entre las calles con sus sueños al hombro, los políticos y sus palabras se subieron a sus autos, el atardecer inició el camino hacia la noche.

Doña Margarita, que ya salía del salón comunal, a pesar de su enojo, acordándose de su invitado se giró hacia mí, clavó su mirada en mí y me recordó que me esperaba en su restaurante en la noche para conversar y comer. Durante el resto de la tarde me alcanzó para conocer el muelle, tomar un café comer, para luego retirarme a descansar y alistarme para la noche.

La oscuridad se me vino encima, el cielo estaba poco visitado por las estrellas y la luna de seguro salió a caminar por otros rumbos, seguí el camino en parte pavimentado y en parte lastreado, luego de pasar por un puente improvisado, me tope con un camino angosto, el mar golpeaba con cierta fuerza la costa, en una pequeña zona algo más ancha dejé el vehículo a unos pasos del restaurante, no había llegado cuando Margarita me abrazó, y me presento a los miembros de su familia que trabajaban en el mismo, incluso su hija que vive en San José

porque estudia en la universidad, pero en sus vacaciones y en los tiempos libres regresa a trabajar y disfrutar su casa-restaurant.

De inmediato en mi mano una fría cerveza y a la mesa reservada para poco más de siete personas, la mayoría vecinos y “propietarios” de negocios.

Anécdotas de como hicieron crecer sus sueños, de la inversión en las diferentes opciones para el desarrollo del turismo de aventura, de la relación con el Parque Nacional Corcovado, pero también de sus miedos, incertidumbres por su futuro, el detalle lo contó Margarita.

Margarita - nos levantamos temprano, corremos al atracadero, con los papeles, el dinero y la duda si tendremos el permiso para seguir trabajando, viviendo, nos dirigimos a la municipalidad y debemos cruzar el golfo. La lancha logra reunirnos en poco espacio a una treintina de personas, todas con sus cosas, salimos y el mar se nos presenta calmo, pero la lancha se siente pesada y lenta, será que la angustia pesa demasiado, la verdad es que el viaje dura los mismos treinta y cinco minutos de siempre, hasta el gran muelle.

Cuando salimos de la lancha, me percaté que lo que pesa son nuestros pies, casi una tonelada, con ellos nos enfilamos todas hacia la municipalidad, por fin se rompe el silencio y salen las mismas preguntas de siempre,

¿Crees que esta vez nos darán la ampliación del permiso? ¿Trajiste todos los papeles? Si no nos dan el permiso ¿De que viviremos? Pero no es justo mis abuelos, nos dejaron esas casas, ahí hemos vivido por años, han nacido nuestros los hijos.

En medio de las preguntas y las diversas respuestas y opiniones, se nos acabó el camino, ahí iniciamos la fila que cada tres meses debemos hacer, entramos, nos sentamos y detrás del mostrador alcanzamos a ver a la mujer del no, no, no. A esa mujer le daba placer el que le rogáramos, suplicáramos, el pisotear la dignidad, sabiendo que teníamos que soportar, por los sellos y el nuevo permiso por tres meses, luego a cancelar tasas e impuestos, a más de uno no le alcanza el dinero que traía, y ahí el bolsillo solidario surgía para completar el faltante, uno a uno salimos de la municipalidad. Horas después, nos encontramos en el muelle, unos con una paz en el rostro, otros con la obligación de regresar mañana a intentar obtener el permiso, en la tarde la lancha se siente más ligera y al mar más saltarán empujado por el viento, de vez en cuando se logra meter el mar en la lancha, por fin en el atracadero del pueblo hay abrazos y tomas de aire, cada una a su casa, por menos hasta dentro de los próximos tres meses.

Con el final de sus verdades, de regreso a la mesa terminé la cena, me retiré con la alegría de

ser amigo de ilegales, que aman sus pueblos, sus vidas y siguen esperando respuestas diferentes.

Guillermo Arroyo Muñoz

A la ribera del río Mapocho.

Entre el majestuoso cerro y la ribera del río, rodeada de parques y fuentes de agua, se encuentra el lugar de la ciudad donde nací.

Desde la ventana-balcón de un tercer piso, mis ojos y oídos pasaban horas sintiendo el bullicio de ese mundo de personas que caminando desde temprano pasaban y cubrían la calle.

Los semáforos no me daban tres luces celestes, ni los maniqués me guiñaban, pero eso sí la música del organillo y los remolinos de papel multicolor me eran una fiesta, fiesta de colores y sonidos.

Era el mundo del entretenimiento de los obreros de la construcción y de las fábricas, la salida del domingo con la familia después de extensas jornadas de trabajo, ir a la virgen del gran cerro enclavado en el centro de la ciudad, subir en funicular y tal vez entrar al zoológico. Todo dependía del dinero en el bolsillo.

Mujeres, hombres, niños y niñas, en coche, caminando o en brazos de sus padres, grandes bolsas con pañales de tela blanca, botellas con té, leche, sanguches de huevo duro, de atún, manzanas y duraznos. Sombreritos de colores que caminaban presurosos para aprovechar el día.

Hasta la ventana llegaba la alegría que era interrumpida por el llamado perentorio de mis

padres a almorzar. Tenía que comer aunque no me apetecía, para crecer, decían. Sentada junto a mí, Amanda mi gran muñeca esperaba silenciosa que terminara para conversar, abrazarla y bailar con ella, junto con mi amiga Marta.

Ya por la tarde, la calle se volvía a llenar de hombres y mujeres, de niños y niñas dormidos en brazos o en coches, los miraba a hurtadillas como caminaban ya todos más silenciosos.

Por unos días la calle y la plazoleta del pintor, volvía a ser el espacio de juego de los niños y niñas del barrio, andar en triciclo, recorrer los senderos con flores, arbolitos y tirar monedas en la fuente.

Un día apareció en casa un muñeco, rosadito, hermoso con el que podía jugar a ratitos cuando mamá estaba presente. Movía los brazos y las piernas cuando estaba desnudo, tomaba leche del pecho de mi mamá, era mi hermano Jorge al que quería apretar y besar. Pero me decían que no podía jugar con él, porque aún era muy chiquito.

Ahí estaba Amanda, para vestirla y desvestirla mil veces, sentarla, peinarla, bailar y conversar las dos, ya que mi amiga imaginaria Marta, había desaparecido de mi mundo.

¡Cuánto marcan nuestras vidas los accidentes geográficos, el clima, los lugares, los acontecimientos, nuestros queridos cercanos y lejanos! Dejan tanta huella en nosotros: los olores,

las comidas, los sentimientos, las añoranzas, las creencias y lo que hacemos. Aunque muchas veces dicho, no cabe duda que hay que hacerse cargo, somos nuestras circunstancias.



Los dos parques, que corren paralelos al largo y ancho río canalizado que cruza la ciudad donde nací, fueron mis lugares de ensueño, recorriendo sus senderos, escondiéndome en mil lugares entre los arbustos, sintiendo la fragancia dulzona y liviana de las hojas de los peumos y los bellotos que impregnaban el aire, sintiendo bajo mis pies el placentero crujir de las montañas de hojas cobrizas, marrones y doradas en otoño.

En el verano, la piscina del alemán que parecía playa, hasta arena tenía y también zacate para sentarse sobre grandes toallas. Cuántos recuerdos, fuertemente agarrada de los hombros de mi padre pataleando o las primeras brazadas aprendiendo a nadar.

El tren que llevaba al hospital para tuberculosos donde trabajaba mi padre, que tenía una biblioteca, un bosque de pinos para recorrer, recoger los conos y embriagarse del perfume que de ellos emanaba, unas canchas de tenis para los enfermos y el personal. No logré aprender tenis, pero sí a recoger y pasar las pelotas con rapidez.

Al departamento en la falda del gran cerro, llega herida de muerte la pequeña, menuda y querida abuela. Mi último recuerdo, antes de cambiarnos a la casa en el este de la ciudad, es la alfombra de flores, colores y aromas que corría por toda la escalera hasta la calle y que le abría el camino por donde transitó hasta el lugar donde reposa.

La casa, no estaba totalmente terminada, de arquitectura moderna, dos plantas, se diferenciaba de las pocas casas construidas en el barrio, la llamaban el



cajón de manzanas, por el color rojo de su fachada y su techo plano. Se podía subir al tejado donde parecía que uno casi tocaba los cerros nevados de la cordillera.

Las manos de mi madre fueron poblando los muros que la bordeaban de rosas, el espacio

del jardín permitía andar en bicicleta, junto al esplendoroso árbol de damascos que florecía en marzo y su cosecha se convertía en mermelada para todo el invierno, tarea que emprendíamos con alegría.

Las siete cuadras caminadas con mis compañeras por las aceras, por los caños repletos de agua en invierno en una algarabía propia de las niñas y adolescentes contando anécdotas, chistes, preparando alguna travesura que después desplegábamos entre risas y complicidades en las aulas de clase.

En la ciudad donde nací, estaba el mundo del olor ocre de la ropa secada con estufa en las noches, de las mejillas rojas de los niños junto a los braceros, las manos agrietadas y enrojecidas de lavar ropa ajena, del plato de porotos repartido entre muchos, del compañero que murió de silicosis, las calles con nubes asfixiantes en las protestas por la barbarie de la guerra en países lejanos o por el alza de la locomoción colectiva y de la harina del pan.

Un día de primavera, por la gran avenida, una multitud de seres humanos expresó su firme propósito de construir la utopía, la de los niños con zapatos en las escuelas, los múltiples consultorios para atender la salud, las torres de departamentos para los sin casas, la de los rostros de la alegría.

El río teñido de sangre roja de nuestros hermanos, gritó al mundo que se había desatado la barbarie, la ignominia, la cruenta y sanguinaria tiranía de los innombrables.

En ese cajón de manzanas de 30 años, donde me casé, quedaron en cada rincón las alegrías y los dolores, los tesoros de la vida vivida de una familia, parientes y amigos.

Permanecen en mí, dos cerros, dos grandes parques, la cordillera nevada, el gran río, las cuatro estaciones, los ausentes siempre presentes y las grandes alamedas que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán...

Ingrid Behm Ammazzini

Mi barrio

Iba a almorzar diariamente al Barrio la Pitahaya, donde vivían mis abuelos, me quedaba cerca de mi lugar de estudio y mi abuelita me daba al salir de su casa, la ostentosa suma de 25 centavos, monto nada despreciable, si los helados Dos Pinos, recién salidos al mercado, costaban 15 centavos.

Siempre recuerdo el Barrio de mis abuelos, con sus calles empedradas, pero no piensen que era esa piedra elegante que se va juntando una a otra, para hacer un empedrado parejo, que suena al pasar los coches y tiene ligeras subidillas de cuando en cuando dependiendo de la estructura del camino. Pero no, era “piedra de ripio”, de esa que tiran en las carreteras para alivianar el polvo que está en cantidades comerciales en verano y el barrial que se hace en invierno, pues este “ripio” se había echado en el camino que iba a la casa.

Unas grandes vagonetas llegaron un día y lo echaban en el centro de la calle y unos hombres del Ministerio de Obras Públicas y Transportes (MOPT) movían el material que la vagoneta iba dejando en el centro y lo repartían por toda la calle. Los vecinos nos pusimos muy contentos, porque eso significaba que iban a pavimentar esa calle, pero pasaron varios meses y muchas caídas de los transeúntes en la piedrecilla filosa y los vecinos que se caían sin

querer se llevaban a sus casas la piedra, tanto es así que el “ripio” se corrió y ya no estaba cubriendo toda la calle.

Entonces, volvieron los hombres del MOPT y luego de revisar el terreno, volvieron a echar ripio con la vagoneta y luego la repartieron por todo el camino. Ahora si van a pavimentar, dijeron los vecinos.

Pero los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses y los meses en años y la calle quedó sin pavimento.

Los niños aprovechamos esa calle y esas piedrecitas, para con ondas pegar a inocentes pajarillos y luego, conforme íbamos creciendo, avisar a la dueña o dueño de nuestros amores que íbamos al otro lado de la calle.

Algunos años después mis abuelos vendieron esa casa; nunca vieron la calle pavimentada.

De la casa de mis abuelos salía los aromas más ricos que usted, querido lector, pueda imaginar.

Mi abuelita hacía para la Panadería Francesa *bizcochuelos* y *encanelados* y ¿cómo eran estos pancitos? Primero hacía un pan dulce barato, eso quiere decir que le ponía pocos huevos; lo esparcía en unas bandejas de metal y lo metía al horno, luego los sacaba y, a los que iban a ser “encanelados”, les ponía a cada pancito (como del tamaño de un dedo) un lustre café con canela y volvían al horno, luego a és-

tos se les ponía una capa generosa del lustre café con canela y volvían al horno.

Los bizcochuelos, por su lado; una vez partidos del tamaño de dedos se les ponía lustre blanco y vuelta al horno, siempre quedaba una parte sin poner el lustre para que no se pegara, luego ponían esta tapita y vuelta de nuevo al horno y al final ya secos completamente, les hacía piquitos por encima a cada bizcochuelo y de nuevo al horno para que se secaran. Así que cada “bizcochuelo” iba al horno 4 veces y los “encanelados” tres.

Hoy en día ese tipo de trabajo no tiene cabida, es demasiado pesado, sin embargo, con ese trabajo, mi abuelita siempre tenía plata; llegó a comprarse dos casitas y un terreno, mismos que les heredó a sus hijos al morir.

También de la casa de mis abuelos salían los olores del almuerzo, siempre una sopa, luego una ensalada, las verduras son muy nutritivas y después algo de carne, usualmente roja, barbudos o bistec, siempre nos recetaba proteína y de postre nada en los días corrientes, pero siempre había queque en esa casa, era un queque seco que sonaba crujiente al “estriparlo”, pero estaba seco. Los días de fiesta hacía queque de moca, lo hacía de tres capas y cada una la pegaba con un poco de moca.

En fin, que mis años de escuela y colegio, yendo donde Mamanina, así le decíamos a la

abuela, eran maravillosos; no en vano fui la primera nieta y de la hija menor.

Todo en la casa de mis abuelos, era delicioso y olía exquisito.

Yo vivía en Barrio México, pero a raíz de un viaje a Europa que hicieron mis abuelos, nos fuimos mi familia y yo a su casa de la Pitahaya.

Además de la calle de “ripio”, había un terreno muy grande y verde que llamaban “La Joya”.

En ese terrero, los niños jugaban a las canicas, aun me parece ver esos colores vivos del vidrio, los chicos ganaban y perdían canicas todos los días. Ninguno hacía escenas por eso. Los veía jugar y me alegraba cuando mis hermanos ganaban alguna de múltiples colores, que yo tomaba en mis manos atesorando el color.

Las niñas jugábamos con cromos multicolores que también ganábamos o perdíamos. Me recuerdo que era muy buena en eso de los cromos, frecuentemente llegaba a la casa con una gran dotación. Hace unos años, buscando un libro para leerle a mis nietos me encontré dentro del libro unos cromos. Ya estaban amarillos y los hermosos colores y la escarcha que tenían había desaparecido. Sobre decir que mis nietos nunca habían visto cromos y la tarde se nos pasó contando cuentos de antaño.

En esa casa de la Pitahaya casi no había patio enzacatado, así que mamá había convertido

su jardín en plantas de maceta. Tenía una maceta grande con un narciso y una azalea de flores rosadas, una enredadera de flores azules y una multitud de macetas con anturios rojos, realmente era un extraño jardín, pero muy hermoso y colorido. Los anturios le daban el toque rojo y eso alegraba el jardín. También tenía una maceta con pomos amarillos que contrastaban maravillosamente, pero el consentido indiscutible era un palito de limón, al que le habían hecho una rueda en el cemento del patio para que pudiera crecer en tierra y no en maceta. Ese arbolito le daba el color verde tan necesario en cualquier jardín que se precie y a la orilla de la tapia del patio, había sembrado chinás, con el pretexto de que las chinás crecen en cualquier lugar.

Olga Emilia Brenes

Un lugar... en mi memoria

Tengo en mi memoria, como un bello estante de madera muy fina, de color natural y sumamente limpio, donde guardo unas como figuritas de un sutil material, que tomo en momentos de ocio mental para regocijarme.

Estas son las personas que la vida ha puesto en mi camino, quienes han sido, son y serán, como una caricia, como un rayito de sol en la penumbra, como una grata melodía que me da paz y alegría.

Muchas veces he sacado de este estante a la hermosa Angelina, me gusta nombrarla así, es como la describiría tal como era.

Ciertamente a la fecha de la historia, la ciudad no era tan oprimente como lo es ahora, pero siempre era agradable salir al campo, donde todo parecía más limpio, más verde, más libre, tenía otro sabor.

A finales de año, vino un tío a mi casa, se dio cuenta que por algún tiempo yo estaría de vacaciones y con gran sutileza me invitó a su finca para que disfrutara de la vida en una forma diferente, sabía lo mucho que me gustaba nadar en los ríos, las frutas y, en general, la vida al aire libre.

Después me daría cuenta que él estaba preparando sus propias vacaciones. Sus hijos eran

más jóvenes que yo y él quería dejar en su casa a alguien un poco mayor que ellos para que los cuidara junto con su esposa.

Después de pedir permiso a mis padres, con mil recomendaciones, un poco de ropa y muchas expectativas, salimos por la mañana.

Su casa era muy diferente a las que yo conocía, el espacio libre era enorme y no habían vecinos cercanos. Digo diferente porque era totalmente de madera, pero no cualquier madera. Sin lugar a dudas cuando la construyeron tomaron lo mejor de la madera de la finca, solamente con verla se da cuenta que debía de tener mucho más de un siglo de construida, y lo más extraño para mí, era que los aposentos estaban divididos por enormes tablones, pegados entre sí, no con clavos, sino con tacos de madera, eran tan gruesos y tan anchos que con tres o cuatro eran suficientes para cubrir la pared.

Los pisos también tenían tablas anchas, de un bello color y brillo, bueno donde las había, porque el piso en algunos lugares era de tierra compacta, dura como piedra y con brillo. Alrededor de la casa, había una especie de acera, hecha de lajas y de piedras redondeadas bien empotradas en la tierra.

El techo era totalmente de tejas, gruesas y enormes, y en ningún lugar tenía cielorraso. Había una bodega donde se almacenaban los alimentos producidos en la finca, principal-

mente maíz, frijoles de varios colores y mijo. En otra bodega estaban los instrumentos de labranza y aperos para caballos y bueyes, y en un extremo, pero también pegado a la casa, había un corral también con piso de piedra, donde permanecían algunos terneros y ordeñaban las vacas, permanecía limpio pero siempre olía a vaca y a fenol. El agua se tomaba de dos pozos y se sacaba con un balde atado a una cuerda y luego se almacenaba en un barril. Algunas partes de la finca estaban divididas por unos muros de piedra de más de un metro de alto y se cruzaban entre sí. Era un lugar muy fértil, abundaban las frutas, jocotes, mangos, piñas, guanábanas, naranjas y caña de azúcar.

Había un caballo bastante viejo, era como de adorno, se la pasaba comiendo, casi nunca trabajando.

De las cosas que más me gustaban, era el río. Por aquel tiempo no había problemas de contaminación. Después del poco trabajo que hacía y más que todo por el calor, era asunto de todos los días ir a la poza. El agua era tan limpia y fresca que era toda una invitación para pasar horas en ese lugar. Había una pequeña corriente donde me dejaba arrastrar o nadar contra ella, era como un pequeño reto. Las tardes eran más largas y hermosas, jugábamos de mil maneras, sanas, agradables.

Mi tío me parecía viejo, pero ahora a mis años, sé con seguridad que a esa fecha era un

hombre joven, lo mismo que su esposa; solamente tenían dos hijos que aún no iban a la escuela.

Su esposa era una mujer fuerte de físico y carácter, siempre erguida y activa, con una salud y aspecto como muchos que disfrutaban de la vida sana y sencilla del campo.

Mi tío, como lo expresé, tenía planeado, desde hacía mucho tiempo, sus vacaciones en la costa del Pacífico, uno de sus amigos tenía una finca muy grande, donde según él, le esperaban cualquier cantidad de aventuras.

A cargo de la finca dejó a su peón y a su esposa, a quien, al principio, no le hizo ninguna gracia que mi tío se fuera, pero al momento se encontraba feliz disponiendo u ordenando todos los asuntos a su manera, así fue como conocí a este pequeño ser tan especial, que a pesar de sus pocos años, me marcó para todos mis años: Angelina.

Se le ocurrió enviarme a la casa de su costurera, me dio la dirección y las indicaciones de cómo llegar sin perderme, pues había un trapiche con una chimenea muy alta y atrás vería unas gradas de cemento que conducían a la casa que buscaba.

Con esa dirección pude llegar sin tropiezo, aunque el trayecto no era poco.

Este día no estaban laborando en el trapiche, pero se sentían en el ambiente, a su alrededor,

olores muy peculiares, del aceite con que lubricaban los elementos del trapiche, al bagazo un poco agridulce, a las cañas recién cortadas que estaban divididas o apiladas en grupos en un galerón, también olía un poco a hollín.

Al lado este había una gran rueda con una especie de aspas donde se acumulaba el agua y por gravedad hacía moverse la rueda y esta a su vez, el molino o las mazas. El agua la tomaban del río y por medio de una acequia llegaba a la parte más alta de la rueda.

Pude ver las gradas y la casa que era el hogar del dueño del trapiche. En ese momento no tenía la menor idea que en unos días trabajaría en ese dulce lugar, uno de mis trabajos más extraños y breves en mi mundo laboral.

La casa era grande, sin pintar, solo tenía el color que adquiere la madera con el tiempo, el techo de láminas de zinc bastante herrumbreado, con un corredor tan ancho como el frente de la casa y cerrado con reglas verticales con un poco más de un metro de altura, se entraba por una puerta también de madera cerrada con un picaporte. El piso del corredor era de tablas anchas con brillo, habían algunas plantas a los costados.

No recuerdo cómo me hice anunciar, pero al momento salió una niña, de cabello rubio, bastante largo y la piel muy blanca, inmediatamente me llamó la atención dos cosas más,

que las llevaré siempre en mi memoria: sus grandes ojos verdes y sus pies descalzos.

Sin lugar a dudas le preguntaría por la costurera, de la cual no recuerdo su nombre. Abrió la puertecita y me hizo pasar al taller, a la entrada de la casa, ella salió corriendo por el pasillo y yo me quedé con la joven costurera, a quien le expliqué a qué iba y quién me enviaba. Al momento escuché unas risas apagadas, no sé cómo, pero sentí que estaba siendo observado, inconscientemente miré al lugar donde escuché, lo primero que vi fueron aquellos grandes ojos verdes detrás de una gran rendija entre las tablas y una sombra a su lado.

Por lo que supe después, si las tablas se colocan en las paredes sin estar completamente secas, al secarse se encogen y es cuando aparecen las rendijas. Los carpinteros tenían un truco para evitar esto, pero en esta casa no lo aplicaron, o no les importó mucho, además parece que a la gente le divertía mirar por las ranuras. Estaba un poco inquieto al sentirme observado de esa forma, pero ¿qué podía hacer?, además, aquellos ojos verdes eran tan agradables, sin dudarlos sentía también una caricia.

No sé con seguridad cómo salí de aquella casa, pero sí sé que aquellos grandes ojos verdes me persiguieron por mucho tiempo, es más, aún los veo detrás de esa ranura.

Por supuesto no dije nada de esta aventura a la esposa de mi tío, de la cual no anoto su nombre, porque realmente era feo, el siguiente día debía volver, según las instrucciones de la modista.

El resto del día y parte de la noche estuve esperando la hora en que debía salir a la casa de Angelina. Sentía hormigueos en las manos, los pies y el estómago.

No recuerdo nada del camino, pero sí de la llegada a la casa. Posiblemente por estar más alta que el camino, le servía de torre de observación, porque cuando llegué, no tuve necesidad de llamar. Allí estaba Angelina, con sus pies descalzos, su cabello largo y rubio, sus grandes ojos verdes. Esta vez noté sus rosadas mejillas, un vestido que iba muy bien con todo su cuerpo, seguramente la saludé con un nudo en todo el cuerpo, sonrió y pude ver sus blancos y bien ordenados dientes, escuché otra vez las risas apagadas. De la casa salió una señora y la costurera. Supuse que era la madre, intercambiamos no sé qué información, entregué el paquete que llevaba, ya dentro del corredor me invitaron a sentarme en uno de esos escaños largos de madera, sin cojines, en todo momento sentía la fuerza de esos grandes ojos verdes.

La modista, que en ese momento se había apartado a su taller, leía una nota que iba en el paquete, me dijo que esperara un momento para preparar o arreglar algo y llevarme nueva-

mente el paquete, contestó alguna pregunta de la madre, la que al momento entró a la casa.

Angelina pareció titubear un momento, fue detrás de su madre, se escucharon voces y luego volvió donde yo estaba.

Fue un momento de lo más incómodo. Teníamos mucho que decirnos, más no encontrábamos la forma ni las palabras para comunicarnos, a no ser el lenguaje universal de las miradas, pero allí estaba, con sus pies descalzos, su sonrisa, sus verdes ojos y su largo vestido floreado. Allí sentados mudos de palabras, pero nos comunicábamos de una manera más sutil, cuando yo desviaba la mirada, consciente o inconscientemente miraba a sus pies descalzos y no vi en ningún momento que esto le causara incomodidad o alguna molestia.

Su hermana dentro del taller, posiblemente reía al contemplar la escena, en algún momento salió del taller, me entregó el paquete, pero jamás recordé algo que me dijo, literalmente fui despedido pero me sentía anclado a ese corredor, reluciente, limpio, de esa madera negruzca parecida a la del escaño. Soñé muchas veces en ese lugar y en ese momento que quedó grabado en mi memoria para siempre.

De regreso veía y sentía las cosas de diferente manera, era como si algo despertó desde lo más profundo de mi ser, sentía diferente, los olores eran diferentes, lo mismo que los colo-

res, como si los pies no tocaran el suelo, como si las cosas fueran más fáciles y agradables.

La señora no hizo ningún comentario, pero cuando le entregué el paquete, leyó una nota enviada por la costurera, después sentí que me miraba un poco raro, algunas veces se reía sin que yo supiera la razón, eso sí, me enviaba a la casa de Angelina con más frecuencia, sin saber yo cuál era su motivo.

Ella era la que siempre me recibía, ahora sí intercambiábamos algunas palabras, de las cuales me gustaría recordar, más no lo he logrado.

En algún momento, la esposa de mi tío se encontró con la madre y las hermanas de Angelina. Ahora sí que cambió el panorama, directamente me habló de la empatía entre Angelina y yo. Según ella, su familia estaba encantada con todo este asunto, posiblemente les hacía pasar un buen rato. Desde tiempo atrás entre las dos familias existía una gran amistad. Algunas veces mi tío trabajaba en el trapiche del padre de Angelina, además le vendía la cosecha de caña de azúcar o le pagaba para que le hicieran la panela.

Mi tío regresó de sus vacaciones y muy pronto lo pusieron al tanto de los asuntos familiares y no dejaba de darme bromas.

Por estos tiempos las personas mayores les gustaba jugar de casamenteros, esto posiblemente les divertía o les daba ocasión para ha-

cer chistes, tanto que el mismo padre de Angelina, quien era un hombre muy amable, varias veces me dio bromas al respecto.

Cualquiera que haya estado en un trapiche en un día de molienda, habrá disfrutado tanto como yo del ambiente, de los deliciosos olores y de las confituras sacadas del jugo de la caña en proceso de convertirse en panela, era y es un proceso que embriaga todos los sentidos.

Posiblemente por estar cerca de este ambiente embriagador y por estar viviendo una bella etapa en mi vida y más por estar algunos metros más cerca de Angelina, acepté el trabajo que me ofreció su padre en el trapiche.

Era un trabajo muy simple, recogiendo los bagazos o estopa de la caña después de pasar por la máquina trituradora o mazas, llevarlas en cargas de un tamaño especial a un lugar donde permanecía en proceso de secado para utilizarlo luego en el horno donde se cocina el jugo de la caña.

Trabajé dos noches enteras y unas cuantas horas en el día. Recibí mi salario orgullosamente, comí de todos los productos que sacaban de esa agradable miel, disfruté la experiencia de aquel extraño trabajo y del estar cerca de Angelina.

Como siempre, por cualquier cosa, me enviaban a su casa, donde nunca la vi con zapatos, ni fuera de su casa. Siempre estaba de

buen humor, con una bella sonrisa, con sus largos y floreados vestidos. Nunca pasé del corredor o el taller de la costurera y ni toqué siquiera uno de sus dedos.

Sufría porque sentía la necesidad de hablar con ella, de compartir algo, pero éramos muy jóvenes y no manejábamos nuestros ambientes a pesar de la anuencia de nuestras familias.

Las cosas empiezan y terminan, y esta vez pasó muy rápido y extraño. De pronto el ambiente en la casa de mi tío se tornó pesado, discutían entre ellos constantemente, tanto que yo buscaba pretextos para salir de la casa.

Hasta donde pude saber, mi tío era un pésimo administrador, gustaba más de acompañar a sus amigos en sus fiestas que dedicarse al trabajo de la finca. Esta propiedad no era de él, sino de su esposa, quien la había heredado de su padre. Se la habían dado con todo lo necesario para hacerla progresar, en vez de esto, fue vendiendo algunos activos y cuando se le terminaron, empeñó toda la propiedad a un “amigo” y como era lógico, no pudieron pagar la cuenta y ese “amigo” hizo los trámites necesarios para quedarse con toda la finca. En unos cuantos días tuvimos que desalojar la casa.

El padre de Angelina para ayudarlos, les prestó una casa cerca del trapiche, de momento sentí una gran alegría, iba a estar viviendo muy cerca de la casa de ella, pero fue todo lo

contrario. La casa era muy vieja y pequeña, hacía tiempo que estaba deshabitada y la verdad bastante sucia. El mismo día que nos trasladamos, mi tío me comunicó que como podía ver, la condición de la familia había cambiado mucho, me agradeció el tiempo que había estrado con ellos, pero debía regresar a mi casa.

Así que mi sueño terminaría justo cuando empezaba. No más correr jugando con los perros al aire libre, no más poza de agua cristalina, no habrían más olores a hierba seca y a flores del campo, ni a piña recién cortada que saboreábamos a media mañana, o las tortillas recién sacadas del comal o aquel aroma a café recién chorreado por la mañana, al pan casero fresco, menos el sabor de la leche al pie de la vaca o el sabor y olor del elote asado a las brasas, o las guayabas maduras o el dulce canto del viento por las noches al chocar con los árboles de pino y sobre todo, no más Angelina.

Para sumar más desgracias a la familia, mi tío fue encarcelado. Su esposa con su fuerte carácter quiso apartarlo de la familia y discutían constantemente. La mayor parte del tiempo vivía en la casa de uno de sus amigos, cerca de donde estaban su esposa con sus hijos. Uno de tantos días tristes para ellos, sucedió lo siguiente: un hombre quien aparentemente era amigo de ambos, quiso aprovecharse de la vulnerabilidad de la familia, principalmente de la esposa de mi tío, planeó entrar a la casa por la

noche y abusar de ella. Se lo contó a un vago-bundo borracho y este a su vez se lo contó a mi tío, posiblemente para lograr algún beneficio.

Mi tío fue a contárselo a su esposa y se quedó esperando hasta que el hombre llegó. Forzando la puerta entró, recibió tal paliza que quedó inválido para siempre y el tío fue a la cárcel.

Por esas cosas del destino y de las leyes, mi tío perdió la amistad con la familia de Angelina, pues la casa prestada a mi tío, el padre de ella la había dado por herencia a su hija mayor, quien era la esposa del hombre que fue apaleado. En el juicio el hombre alegó que fue a la casa, que era suya, a comunicarles algo y había recibido la golpiza y como testigo presentó al mismo individuo quien alertó a mi tío de las intenciones de este hombre.

Cuando mi tío salió de la cárcel, su esposa vivía con otro hombre, en otro lugar. Él perdió su esposa, su hogar, muchos de sus amigos y en parte su dignidad y yo todo contacto con Angelina.

Tanto su esposa como sus hijos, nunca le perdonaron el haber malgastado la herencia, tuvo que alejarse de ellos.

Inventaba cosas y excusas para ir a su casa, por mucho tiempo, más por la distancia y las circunstancias, no lo permitieron, pero ella nunca ha salido de mi memoria.

Mucho, pero mucho tiempo después, decidí visitar tanto la finca donde empezó esta historia, como la casa de ella.

Cuando conocí el lugar era una calle solitaria, sin asfaltar, ahora eran dos filas de casas, comercios atestados de gente, de más estaría decir que me costó muchísimo encontrar lo que fue la casa de mi tío, después de mucho preguntar, reconocí el lugar por un viejo pino que aún permanecía vivo, como mudo recuerdo, pero no tan mudo porque aún producía esa bella música al tener contacto con el viento.

Había una gran casa moderna y extrañamente al lado un lote grande, descuidado, con una edificación en ruinas, era el esqueleto de aquella casa que tanto me había llamado la atención por su extraña arquitectura. Pude ver por última vez aquellas enormes tablas y las grandes y fuertes tejas hechas pedazos, no se veía más debido a las altas hierbas.

Llamé y me atendió un hombre sin una pierna, muy amable, le expliqué el motivo de mi visita, ver aquella vieja casa con su gran amabilidad me contó que su padre había adquirido esa propiedad por muy poco dinero, y que en la actualidad, en su mayor parte, estaba urbanizado. La habían vendido en lotes grandes para casas lujosas, las había de muchos estilos, con piscinas, grandes cocheras, amplios jardines y con mucha seguridad, aún les quedaban lotes por vender.

El lote donde estuvo la vieja casa permanecía intacto, creyeron que a alguien le gustaría aquella vieja edificación para reconstruirla, no fue así, el nuevo dueño del lote en cualquier momento construiría una casa u otra cosa, para negociarla.

Él supuso que yo era hijo de mi tío, que había nacido en este lugar y había vivido mucho tiempo en esa casa, sintió mi nostalgia, me invitó a su casa y a recorrer lo que fue la finca anteriormente, me invitó que viniera con mi familia a pasar un buen día en su casa.

Nunca lo hice, no quería ver más aquella casa vencida por el tiempo, ni el resto de la finca convertida en urbanizaciones, ni el río tal vez como botadero de basura, sucio y hediondo, como una vergüenza. Preferí tener aquellas cosas tal y como estaban en mi memoria.

El siguiente paso era ir a la casa de Angelina. El trapiche había sufrido, por raro que parezca, lo mismo que la casa de mi tío, había caído por su propio peso, podían verse láminas de zinc herrumbradas, otros hierros indefinidos entre hierbas, cerchas derruidas, cubiertas de plantas.

De la casa de Angelina no quedaba nada, solamente un lote baldío, descuidado. Con lágrimas secas me fui de ese lugar, con bellos recuerdos y muchas preguntas que nadie podía contestar. Encontré una señora al salir de la

entrada al trapiche, le pregunté si tenía conocimiento de la familia que vivió en ese lugar, me contestó que ni siquiera sabía si alguien había vivido en ese predio.

Un día, sacando bellos recuerdos de ese estante mío, encontré en un cuaderno del colegio con unas notas que escribí sobre Angelina, una pequeñísima historia verdadera y al final para que rimara y, escribí: «Tú te fuiste con tus padres, yo me quedé con los míos, porque tú tenías catorce años y yo, tan solo dieciséis».

Pero no era verdad, revisé calendarios, yo tenía doce y medio años y ella, siempre he pensado que era un poco menor. Así ocurrió todo, sea porque alguien hizo lo que no debió hacer, lo dictó el destino.

A ella quiero recordarla como una bella mujer de suaves cabellos blancos, dedos largos y brazos manchados por muchos veranos y de cuidar una bella familia, pero con un espíritu que no envejece, que no se deja doblegar por las opiniones ajenas, sus grandes ojos verdes iluminando su franco rostro. Viviendo en ese terreno, los niños jugaban a las canicas; aún me parece ver esos colores vivos del vidrio. Era una casa cómoda y limpia, donde aún se desplaza con sus pies descalzos y de vez en cuando recordará a un hombre muy joven - a quien siempre atendía bien, cuando llegaba a su casa y había disfrutado verlo a través de las ranuras en las tablas, en el hogar de sus pa-

dres - que desapareció abruptamente de su pequeña vida sin despedirse, sin decir muchas cosas que le agradecería haber escuchado, a quien nunca dijo cosas que aún guarda en su corazón.

José Brenes C.

Así era mi barrio

La muerte del abuelo Ramón Toribio dejó huella en la familia de mi madre, tras una larga enfermedad se dispuso por parte de mi abuela la venta de algunas propiedades para darle calidad de vida y además buscar un médico de cabecera para que pasara sus últimos días con dignidad, ya que por esos tiempos no existía la Caja del Seguro Social, era el Cartago de 1951.

Mis padres ya estaban casados y tenían tres niñas, y mientras tanto estaban viviendo en la casa de los abuelos para darse apoyo, mutuamente mientras mi padre trabajaba acá en San José, y la empresa constructora que lo contrató lo mandó a edificar la Cámara de Ganaderos de Guanacaste.

El sueño de mi papá era tener una casa para su pequeña familia, y un buen día decide traérsela para la capital pues encontró una vivienda en alquiler muy modesta. La noticia entristece a la abuela Teresa y decide, junto a sus hijos, buscar una oportunidad para ella recuperarse del duelo y viajan juntos.

Entre tanto, a mi padre se le presenta la oportunidad de comprar un lote en Zapote, en Barrio La Gloria. El señor Santiago Crespo, dueño de la Tienda La Gloria, decide construir unas casitas y rifarlas en nombre de su alma-

cén, a partir de allí se comienzan a dar direcciones, con el nombre de Barrio La Gloria. Hoy día es muy conocido por el Redondel de Toros.

La propiedad no estaba cerca de la carretera, había un angosto callejón lodoso y resbaladizo en tiempos de lluvia y polvoso en verano. Fuimos los primeros en construir allá en el fondo el terreno plano era como una mesa, vivimos muchos años sin vecinos cercanos. Por las noches bajo ese cielo profundo de oscuridad lo único que se escuchaban eran los sapos croar, las lechuzas con su vocalización nos llenaban de miedo, y no queríamos asomarnos por la ventana y verlos posados en las ramas de algún árbol con sus grandes ojos fijos, también sobre volaban los murciélagos que salían a comer alguna frutilla, los grillos que afinaban sus violines para dar serenata y no faltaba algún zorro merodeador o el batir de las alas de algún otro pájaro visitante ah, sin contar la lluvia de abejones y las polillas que daban vuelta encandiladas por el bombillo en el corredor. Los azahares del café, los naranjos, heliotropos, manzana rosa, los itabos con sus penachos de flores blancas que marcaban la propiedad se ponían de acuerdo para perfumar aquellas noches.

El verano también era hermoso, el sol hacía su salida poco a poco derramando sus rayos color dorado intenso en aquel cielo azul celeste los pajaritos se preparaban para presenciar el hermoso amanecer: yigüirros, comemaíces,

viuditas, colibríes y pájaros bobos, que nos asombraban con aquellos colores verde azulado y no faltaban las exóticas mariposas que no se quedaban atrás revoloteando en las flores de deslumbrantes colores, entre tanto nosotros disfrutábamos jugando en la propiedad. Cuando éramos pequeñas, veíamos desde las ventanas aquellas majestuosas montañas verde jade a veces salpicadas de violeta por las jacarandas, llamas del bosque y poró en color berme llón, roble de sabana en rosado y guachipelín con flores colgantes en amarillo.

Con los años fueron construyendo casas y fueron modificando el paisaje cortando aquellos hermosos árboles, también llegaron familias sencillas que venían de diferentes partes del país algunos traían sus niños contemporáneos con nosotras, la mayoría eran amas de casa. El matrimonio de don Jorge y doña Berta tenían una pequeña empresita de encurtidos, si pasábamos cerca de la puerta y estaba abierta se podía sentir el olor a vinagre y mostaza, luego salían a vender su producto a su clientela; en la entrada de la calle, estaba la casa de don Luis y doña Alicia, eran personas mayores y los fines de semana llegaban sus amigos a tocar linda música romántica y en la quietud de la tarde noche se oía el rasgar guitarras. En el otro extremo de la entrada estaba doña Aurelia, tenía dos hijos y era madre soltera, decían que era nicaragüense, lavaba y planchaba ropa ajena, pasaba con la gran canasta

llena de ropa bien acomodada parecían cajitas haciendo equilibrio en la cabeza. Más afuera estaba doña Aída que hacía su pan casero, la calle se perfumaba con el olor a anís clavo de olor y canela. La familia que nos quedaba en diagonal era el sastre, siempre había movimiento llegaban sus clientes, pues no faltaba una boda o una Primera Comunión, esos eran los Charpentier que llegaron desde Puriscal.

Casi todos los años disfrutábamos de la invitación de los rezos del niño me acuerdo que en la casa de doña Carmen y don Froilán, nos sentaban a todos los niños nos obsequiaban rompopo y con la misma copa tomábamos todos, solo que había que tomarla de un solo trago porque si no había que esperar mucho para la segunda ronda.

El Rosario se hacía largo casi toda la tarde pues el rezador intercalaba cada misterio con villancicos y además le agregaba un sinfín de oraciones de nunca acabar. A mi abuela siempre la invitaban a los novenarios, y era militar, no nos podíamos distraer con el rezo y menos que nos diera sueño, había que aguantar hasta lo último, y rapidito repartían los gallos de picadillo de diferentes sabores sin faltar los de arracache, pan casero y café o agua dulce, el más largo era el último día del novenario para cerrar con broche de oro hacían una gran fiesta llegaba mucha gente especialmente los parientes, el único tema de conversación era co-

mentar la larga enfermedad y los últimos momentos del difunto y lo bueno que había sido en vida y en la presencia de Dios estaría, y para no olvidarlo los mayores bebían unas copitas de chirrite.

Con el pasar de los años, nos juntábamos un puñito de niños y nos acompañábamos para ir a la escuela, mi mamá nos mandaba advertidas de no tomar atajos, tocar timbres o meternos en los jardines a “robar flores o hacer travesuras, derecho para la casa y menos pasar por aquel potrero por donde ahora es el redondel de toros, donde don Rubén Méndez, dueño de la carnicería, a veces traía algunas reces para el destace y no faltaba un toro bravo; lo amarraban de un árbol frondoso que aguantara la fuerza. Una vez recuerdo que quedó floja la cuerda que lo sujetaba y se escapó corriendo por las calles, nosotros los niños comenzamos a llorar del terror y a escondernos en los corredores de las casas cercanas, no pasó nada que lamentar, pues ellos vivían cerca y fueron a avisarles y llegaron rápido para asegurarlo con otros mecates.

Para las fiestas patronales de la Inmaculada, el 8 de diciembre, nuestros padres nos llevaban a disfrutar de los juegos de pólvora la retreta en el atrio de la iglesia y de las mascaradas, eso sí, sin soltarnos de la mano de ellos, porque el que llevaba la máscara del diablo nos perseguía con el chilillo. Luego nos daban

una vuelta por los chinamos donde hoy es el Parque Nicaragua, antiguamente era la plaza de deportes algunos equipos de diferentes localidades llegaban a “mejenguear.” Estaba rodeada de gigantescos cipreses que la custodiaban, sus raíces habían levantado las aceras y estaban expuestas, teníamos que tener cuidado para no tropezarnos. Ahí estaba el barrilito, el juego de argollas, tiro al blanco y juegos de azar y un bingo, ¡ah! y no podían faltar las ventas de comida: los gallos de picadillo, sopa de mondongo, pozol, los tamales, las empanadas de papa y chorizo, tacos con mucho repollo y un puesto con chicha, que se llenaba bastante. Para los niños había helados de sorbetera con barquillo, algodón de azúcar, maní garapiñado, palomitas de maíz en conos de papel periódico blanco, manzanas algunas escarchadas y uvas, aquellos confites blancos con un maní en el centro y envueltos en papel celofán de lindos colores colgados de una cuerditita que parecían pequeños farolillos suspendidos de un pabilo. Y no podemos olvidar los gofios: pequeños paquetillos envueltos en papel seda de colores con pinolillo y un premio en el fondo: un muñequito, un carrito, un cromó, un pito y que si nos poníamos a sonarlo nos lo guardaban porque sacábamos de quicio a los mayores. En los pocos poyos que rodeaban la plaza se sentaban las familias.

Al oeste de la plaza estaba el salón de baile, el famoso Montecarlo, ahí se realizaban bodas

fiestas bailables de 15 años la llegada de alguna orquesta famosa o un cantante nacional. Una vez tuvimos la oportunidad de ir con nuestro papá pues mi hermana María Eugenia fue candidata de belleza junto con otras jovencitas vecinas y llegamos al baile de gala.

En los alrededores de la iglesia estaba el único molino de maíz, de don Isidro Calvo, ahí teníamos que llenarnos de paciencia para diciembre eran las colas interminables para moler el maíz, ahí nos encontrábamos como dicen “amigas y conocidas”.

La iglesia de la Inmaculada estaba rodeada de unos bellos jardines que a su vez estaban resguardados por las famosas “barras” por los cuatro costados, fueron un punto de encuentro de todos los vecinos, según contaban la gente más vieja aparecieron en 1910, allí todos los zapoteños nos sentábamos. Las barras eran bajitas daban al norte, sur y oeste, pues desde esas posiciones podíamos tener una vista panorámica, ver pasar los buses, los pocos vehículos y principalmente nosotros los estudiantes ahí nos quedábamos si teníamos libre o un cajón en el horario ya que ahí llegaban todos los chicos guapos, y cuando teníamos que pasar junto a ellos las “canillas nos temblaban de la emoción”. Ese era el punto de partida para todos los desfiles, la salida de la misa, las procesiones de Semana Santa y desde ahí podíamos observar un encuentro deportivo.

En el cuadrante del frente de la iglesia católica estaba la cantina y pulpería El Dominó, su dueño era don Juanico Núñez, un señor español. El local era de bajareque muy viejo, por fuera era blanco encalado y la parte de abajo azul marino con puertas de madera y las ventanas en color café igual solo que con barrotes y banquetas, la parte donde pedíamos los abarrotes estaba el teléfono una caja negra con el círculo con números y con un gancho para colgar la bocina nosotras de vuelta de la escuela veníamos con algunas niñas más extrovertidas que pedían permiso para utilizarlo. Mi mamá no nos dejaba entrar porque como era comparado con la cantina no faltaba una pelea o un borrachito tirado en el suelo.

Por los alrededores de la iglesia vivía la famosa doña Belén, no recuerdo si era una partera, pero era una mujer muy moza alta siempre traía su delantal blanco como el coco bien a planchado que le cubría las caderas anchas, y cómo olvidar sus zapatos negros de amarrar de media bota bien lustrados; llevaba su baúl color blanco abrazado con todo el equipo de primeros auxilios pero su especialidad era poner inyecciones, una mujer muy amable y servicial, siempre la podíamos encontrar haciendo sus visitas de rutina a algún enfermo.

En barrio Quesada Durán vivía Celín, un muchacho tal vez con más de cuarenta años con retraso mental, era inofensivo y salía a cami-

nar por todos los barrios aledaños pidiendo “algo” creo que los vecinos siempre le colaboraban hasta con una moneda. Era alto, espigado, su cabello corto parecía un erizo, descalzo pero muy arregladito. Pasaba siempre por casa y llamaba a mi mamá para que le regalara pan casero del que hacía ella.

El cine Caribe, se ubicaba en la esquina sur oeste de la iglesia católica, era un lujo, recuerdo cuando ofrecieron “El libro de la Selva” en tanda de las 2 de la tarde, costaba 75 céntimos y un colón en la noche. Era de rigor pasar a la soda del cine Caribe después de misa por la mañana y comprarnos un cono o un helado de palito y si te daban buena plata una Coca-Cola pequeña, atendía don Evelio, que tenía paciencia con las filas de niños y jóvenes decidiéndonos qué sabor deseábamos eso en el año 1978. El Caribe contrastaba con el cine de don Manuel Araya, que como era de muy baja calidad el edificio era de bahareque le dieron el nombre del “Pulguero” los muchos muchachos llegaban a intercambiar revistas cómics se reventaban las películas y para verlas enteras había que ir dos o tres domingos seguidos, otros se colaban el precio era de 40 y 50 centavos. Una vez nos llevó mi papá a ver “la Cabeza Maléfica” pues las entradas nos las vendieron en la escuela para recaudar fondos, fue una experiencia horrible después soñábamos con esa película de terror.

Para el año de 1962, bajo el mandato presidencial de don Francisco J. Orlich se puso la primera piedra del Liceo Rodrigo Facio, ahí disfrutamos algunos años de colegio mis hermanos y yo, el uniforme era único por aquellos años: falda a la rodilla paletoneada color Oxford de lana inglesa con faja del mismo color camisa blanca con cuello sport de manga tres cuartos, medias blancas y mocasines negros, todo un lujo.

En 1969 se inaugura lo que es hoy el Redondel de Toros, también marcó una época, desde la casa se escuchaba los juegos de pólvora los gritos de los que estaban en las corridas y el toro revolcando a algún torero improvisado, se sentía el olor a carne asada y a pólvora.

Para los años 1970 nacen las ferias del agricultor, fue toda una novedad ir a hacer las compras encontrabas a familiares amigos. Me es grato volver a este lugar donde pasé mi infancia y mi adolescencia, cuando llego me gusta encontrarme con los vecinos y hacer recuerdos de aquellos días, la propiedad está allí donde crecí, y fui adolescente a veces me embarga la nostalgia porque mis padres ya no están, pero todavía nos queda parte de la herencia que nos heredaron.

Virginia Brenes Gómez

Escazú

En 1891 nuestro país contaba apenas con una población de unos 240,000 habitantes y evolucionaba económica y socialmente. Inmigrantes de diferentes países llegaban y entre ellos un matrimonio de jóvenes italianos nacidos en Ostiglia, de nombre Edoardo Protti Stori y Elodia Luigia Carolina Marchessi Molinari, quienes poseían un gran espíritu de trabajo y mucha fe en el futuro para formar su hogar en este país.

Estos jóvenes italianos llegaron a San José, se instalaron en Escazú, pueblito al oeste de la capital rodeado de montañas, con casas de adobe o bahareque encaladas de blanco y con puertas de azul, rojo o amarillo, techos de tejas de barro y corredores adornados con plantas y helechos, uñas de gato o aliento de novia que colgaban del techo, macetas con begonias y loterías, un pilón y una banca rústica completaban la escena.

Las calles de tierra, sin aceras, permitían sembrar mangos, naranjos, limones y amapolas a la orilla de las construcciones, junto a los riachuelos que atravesaban las calles, daban un gran atractivo para los visitantes y artistas como Margarita Bertheau, Francisco Amighe-tti, Fausto Pacheco que tuvieron una gran fuente de inspiración.

En el centro del pueblo estaba la iglesia dedicada a San Miguel Arcángel, y al frente, la plaza de fútbol rodeada de hermosos higueros con frondoso follaje y raíces salientes daban un aspecto muy especial y de gran belleza. Al costado norte, se encontraba la Jefatura Política y en las esquinas había negocios de abarrotes que además funcionaban como cantinas, donde concurrían los jugadores al terminar el partido. Frente al costado sur estaba la escuela que funcionaba también como sala de cine, tenían un solo proyector para montar el rollo de la película, cuando se terminaba había que esperarse hasta que se montara el siguiente y así hasta terminar la película. En la casa de Víctor Ramírez, se hacía la famosa “Sangre de Bruja”, un compuesto a base de guaro de contrabando. Escazú ha sido reconocida siempre como “La ciudad de las brujas”.

Los esposos Protti se instalaron detrás de la iglesia y abrieron una panadería que les serviría no solo como solvencia económica sino además para obtener la simpatía del pueblo. De este matrimonio nacieron diez hijos, la cuarta de ellos fue mi mamá, de nombre Alice, quien a los 23 años se casó con Eliseo Brenes Montero, ambos formaron una nueva familia que se estableció en San José, pero nunca perdieron los lazos con Escazú.

Ahí compró papá una casita a la que íbamos en vacaciones. Era una construcción de adobes

de 40 cm de ancho, como todas las casas de esa época tenía una sala muy grande que mis padres usaban como dormitorio y al fondo un aposento largo y angosto en el que nos acomodábamos mi hermana y yo. Dos catres estaban para las visitas, que por lo general eran la abuelita Carmen y alguna prima; luego estaba el comedor y la cocina y un poco más adentro estaban el baño y el servicio sanitario, hecho por papá, pues el original estaba al fondo del patio, y era de hueco. Esta parte de la casa tenía techo de zinc y era donde se beneficiaba el café, el resto del techo era de caña agria y tejas de barro que además de darle un lindo aspecto la hacía más fresca. Estaba toda encalada de blanco y las puertas pintadas de azul.

En el patio había una chayotera de la cual se aprovechaban no solo los chayotes sino también las raíces; para extraerlas, la persona que hacían el trabajo debían agacharse hasta el suelo, y golpear con la mano todo alrededor de la mata hasta uno o dos metros de distancia del tallo, cuando aparece un sonido sordo comienzan a sacar con mucho cuidado la tierra hasta llegar a las raíces y la mata sigue en pie para continuar su cosecha.

Papá compró unas parcelas también en el centro de Escazú, en las que sembró café, caña de azúcar, frijoles y maíz. Fue así como aprendí a cosecharlos.

Cuando el café ha llegado a su completa madurez, es el momento de cogerlo, se hace procurando no arrancar los granos verdes, que se recogen después en la repela. En esta etapa nosotros nos levantábamos temprano para ir a la finca a coger el café, claro está que también lo hacían otras personas que si sabían el oficio. Ya para entonces papá había preparado la parte del techo de la casa que tenía zinc. El café se separaba en dos grupos, la mayoría iba al recibidor y una cantidad pequeña se llevaba a la casa, y de una vez se ponía en el techo para que secara. Por la mañana y por la tarde, papá subía en una escalera y con una varilla los removía para que secaran parejo. En pocas semanas estaba listo, entonces colocábamos un manteado en el suelo para jalar el café y que cayera ahí, luego lo echábamos en sacos para llevarlo a la máquina que le quitaría la cáscara. El paso siguiente era separar el café de la cáscara, para eso poníamos nuevamente el manteado y con un guacal se dejaba caer el café a cierta altura sobre canastos para que el viento volara la cáscara que era más liviana, así quedaba bastante limpio. Todavía quedaba un paso, escogerlo para sacarle toda la basura que hubiera quedado. Entonces lo echábamos en unas latas limpias para guardarlo y tener café puro todo el año.

El café era llevado a Café Volio en el Mercado Central donde lo tostaban y lo molían. Claro que el mejor olor era cuando a las seis y media

de la mañana el café era chorreado en una bolsa de manta y presentado en una taza luciendo su hermoso color café claro y su delicioso sabor obtenido por esa larga cadena de cuidados, que nos había entretenido en forma muy especial y nos había enseñado el proceso del beneficio en una forma rústica.

A papá siempre le gustó sembrar caña de azúcar para que estuviera lista en el mes de febrero y hacer una molienda a la que asistía toda la familia. Contrataba a un señor que se encargaba de cortar y trasladar la caña al trapiche. Al día siguiente muy temprano llegaban todos a Escazú donde los esperábamos con todo listo e iniciábamos el viaje a pie hasta el trapiche que quedaba cerca de San Antonio, era un paseo inolvidable.

Llegábamos sudorosos y cansados pero con mucho entusiasmo por la experiencia que nos esperaba. Había un olor a caña recién cortada que estaba estibada cerca del trapiche y a veces se confundía un poco con el olor de alguna boñiga dejada por alguno de los bueyes. Cerca del fogón estaba el bagazo de una molienda anterior que ya estaba seco con olor a caña y fermento, también había unos troncos de café que servirían para alimentar el fuego.

El fogonero comenzó su tarea atizando el fuego, se esparció un olor a madera y bagazo quemado y hubo mucho humo, pero pronto se hicieron las brasas y este desapareció.

Mientras esto pasaba, papá cogió un machete y nos peló caña, era esta la segunda etapa del paseo.

Llegó el trapichero con la yunta de bueyes, les colocó el yugo y luego los amarró al timón del trapiche, de inmediato comenzaron a dar vueltas. Ahí estaban los tarros de la manteca importada bien lavados, baldes y cubetas que recogerían el jugo, ya todo estaba listo, solo había que pasar las cañas por las muelas para que saliera el jugo. Cogimos unos jarros enlozados y escarapelados que estaban por ahí y tomamos jugo, por supuesto que teníamos que escupir las basuras que estaban en el líquido. El jugo está en la paila y el fuego enseñando su alegre color, pronto estará hirviendo.

Ya se ve el humo que sale de la paila, señal de que el jugo está listo para su primer tratamiento que consiste en echarle un balde de agua de mozote que sirve para recogerle las basuras que son sacadas con un pazcón, éstas son las cachazas que son usadas como alimento para los cerdos. Cuando el jugo está limpio, lo clarifican con el pazcón, al mismo tiempo se formaba alrededor de la paila el “bordo” que lo comíamos metiendo un trozo de bagazo, ya se comienza a sentir el olor del dulce.

El trapiche huele a miel, ya su color es rojizo y salta con alegría como queriendo salirse de la paila, es el momento de las melcochas. Papá era el que las hacía, alistaba un balde de agua

fría y lo colocaba a la par de la paila, metía la mano en el agua, luego a la paila caliente, y de nuevo en el agua, ahí estaba la melcocha con toda su belleza, roja, transparente y apetitosa; una y otra vez nos iba repartiendo a todos. También hacíamos melcochas sacando la miel con una palangana y la mezclábamos con maní, ¡qué delicia!

Luego la miel seguía su hervor dando saltos más altos para demostrar que ya casi está lista para la etapa final, la canoa de batido y los moldes para las tapas de dulce también están listos.

Acercan la canoa a la paila para echar la miel y con una paleta grande y larga comienzan a batirla, poco a poco va espesando y tomando un color más claro, de ahí cogíamos mezcla para hacer sobados, en una tabla echábamos la miel y con una paleta de madera la batíamos hasta blanquearla, mezclando una parte con semillas de marañón, otra con queso bagaces y otra con maní. Mientras, los trabajadores iban sacando la miel con una palangana y con una paleta pequeña se ayudaban para vaciarla en los moldes.

Después de un rato volcaban los moldes en una tabla limpia y al levantarlos aparecían las tapas bien moldeadas y listas para el consumo. Para envolverlas, hacían unos atados con dos tapas juntas y unas tamugas con cuatro tapas, se cubrían con las hojas de la caña y se amarraban con un tipo de bejuco, y ¡listas!

El regreso era en la tarde con hermosos paisajes de verano, llenos de bellas experiencias, de dulce y de muchos comentarios, y con el corazón lleno de alegría y de esperanza para regresar el siguiente año.

Pero ahí no termina mi aprendizaje, todavía les puedo contar las peripecias para cosechar el maíz y los frijoles. La tierra se prepara removéndola y formando eras de manera que se pueda transitar para cuidar las plantas sin hacerles daño.

La siembra se hace en época lluviosa pues las semillas necesitan mucha agua para germinar. Primero, se siembra el maíz, a los pocos días aparecen las primeras hojitas de color verde tierno que van cambiando rápidamente con la madurez hasta llegar al verde brillante. La planta ha alcanzado su tamaño y es el momento de la siembra de los frijoles al pie de cada una para que aprovechen ese tallo para crecer y así siguen como buenas amigas juntas hasta el final.

Cuando está listo el maíz, se cortan algunos elotes tiernos para consumir cocidos con chayotes y tacacos, comida que en mi casa la conocíamos como merienda. También se hacían chorreadas con maíz tierno o en cosposas cuando el maíz está más sazón, el cocimiento es el mismo pero la tortilla queda más dura.

Entretanto, los frijoles siguen creciendo arrollados a la caña del maíz, luciendo su bello color verde oscuro, aparecen las flores blancas que darán origen a las vainas que se cortan tiernas para consumir en la casa como picadillo o barbudos, el resto sigue creciendo para obtener los frijoles, algunas veces de color rojo o negros otras, según las mejores semillas que consiguiera papá.

Viene luego la época amarilla: los tallos, las hojas, las mazorcas toman un bello tono amarillo que llena por completo el maizal, los rayos del sol las hacen brillar cambiando por completo el paisaje. Solo los frijoles conservan todavía su color verde, haciendo un bello contraste.

Las dos cosechas se dan en un corto plazo. Primero el maíz, se doblan los tallos a la mitad de la altura para coger más fácilmente las mazorcas, los tallos quedan para seguir sosteniendo a las plantas de frijol.

Cuando esto sucedía estábamos nosotros en Escazú y lógicamente nos tocaba ese trabajo. Primero había que quitar las hojas que envuelven las mazorcas y luego desgranarlo obteniendo granos de bello color amarillo que eran los que a papá le gustaba sembrar. Los granos del maíz están fuertemente adheridos lo que hacía que se nos hicieran ampollas en los dedos pero luego ideamos hacer el trabajo con ayuda de un olote frotándolo sobre la mazorca y arrancando el maíz sin maltratarnos.

A esta tarea acudían unos vecinos de la casa, dos de Los Bolas y Pollo Santo, muchachos campesinos que nos ayudaban sin ningún interés y que aprovechaban para contarnos historias del pueblo. Al terminar la labor tomábamos una taza de agua dulce caliente con galletas, bizcotelas o quesadillas de la panadería de los Protti que quedaba frente a la casa.

Las plantas de los frijoles toman un color ocre dando la señal de que están listos para cosechar. Había que poner un manteado para aporrear las matas para sacar los granos. Luego había que ventearlos para sacar la mayoría de las basuras, claro que para cocinarlos siempre había que escogerlos. Los echábamos en latas grandes para guardar para el consumo de la casa, el resto se vendía.

Aprendí a montar a caballo, papá tenía varios que durante el invierno estaban en el rai-cero, un potrero en lo alto de la montaña, pero en el verano los traían al centro de Escazú para tenerlos cerca. A veces llegaban algunos parientes y se formaba un grupo grande para ir de paseo por las montañas de Escazú, Alajuelita, Ojo de Agua, pasando por Puente de Mulas, un puente colgante que unía Escazú con San Antonio de Belén.

Creo que he sido una persona feliz, que ha disfrutado toda su vida de experiencias maravillosas, que viví de niña gracias a una pareja

de recién casados que vinieron de lejos y escogieron un lugar tan especial para vivir.

Tenía muchos años de no ir a Escazú y ahora que iba a escribir mi historia vivida en ella, fui a visitarla. Definitivamente la percepción que tuve no fue en modo alguno alentadora: las calles de tierra han dado paso al asfalto, los árboles han desaparecido, los arroyos se han secado, las rejas han enjaulado los corredores, la alegría de los niños y adolescentes jugando en las calles ya no está, la casita que tanto amé está cubierta de maderas, los caminos que tanto recorrí con los amigos son intransitables pues los carros corren tratando de ganar una carrera que ni siquiera saben que existe, pero corren, como nuestra vida. No nos damos cuenta de cuanto han cambiado las cosas, e igual hemos cambiado nosotros, pero no lo percibimos hasta que fijamos la mente y observamos.

Carmen Brenes Protti

La casa de mis recuerdos

En la primera mitad del siglo pasado y cubiertas por la espesa bruma cartaginesa después de Paraíso, unas cuantas casitas desperdigadas entre las parcelas dieron origen al poblado Birrisito (hoy un próspero distrito paraiseño).

En una de esas parcelas o pequeñas fincas y enclavada en una colina mi papá, mis hermanos mayores y unos cuantos vecinos construyeron la casa de mis gratos recuerdos.

Ahí me trajo al mundo Toña la Filo (comadrona que atendía los partos en esos contornos) a las 6.30 de la mañana del domingo 21 de enero de 1940.

El tiempo vivido en ella Se quedó pegado en mi memoria desde el día en que nací y me ha acompañado por muchas décadas.

La casona: encalada como una señora de alta alcurnia, construida con tablas anchas en sus paredes y en el piso de la sala que era espaciosa y con unas cuantas sillas rústicas de ciprés y una mesita, muy linda, ovalada que mi papá había comprado de segunda mano a una señora de Cartago. En ella colocaba la vitrola que tenía una gran campana y unos discos negros que se me hacían enormes y que al dar vuelta en ese aparato mágico dejaban escuchar lindas canciones, que a fuerza de oír las todas las tardes, ya las sabíamos de memoria.

El techo era de tejas de barro y no tenía cielo raso. Al frente un enorme corredor con un escaño hecho con troncos de ciprés, redondos y pulidos a mano por papá (Ramón). En él nos sentábamos a tardear y a ver pasar el tren que iba para Limón o para San José.

Como dormitorio había un aposento largo dividido en tres habitaciones más pequeñas: la del fondo para las mujeres, la del centro para mis hermanos y a la salida otra para mis padres.

La cocina era inmensa y con piso tierra. Acondicionada para una numerosa familia campesina de la primera mitad del siglo anterior. En ella, siempre estaban el trastero pegado a una pared, donde se ponía la vajilla compuesta por platos, tazas para sopa y jarros de losa y cucharas de acuerdo al número de personas que conformaban la familia. El moledero y el fogón. En el primero, se colocaban la máquina y la piedra para moler el maíz, los peroles con la leche fresca y el balde con la leche agria para hacer el queso. En el fogón hecho de tinamastes siempre había peroles con diferentes tipos comidas que despedían innumerables y deliciosos olores que no alcanzaba a descifrar y que a la hora del almuerzo saboreaba con singular deleite. Una cafetera grande de losa azul, siempre hirviendo con aguadulce. Por las tardes, esa aguadulce, servía para hacer el café que se tomaba a las tres. Encima del fogón y colgando del techo con dos alam-

bres no podía faltar el humero donde se colocaban la leña para que se terminara de secar y la carne en largas tiras para que se ahumara. También, colgando del techo y manipulada con un mecate y una roldana, una canasta medianita donde mamá guardaba las tortillas o alguna golosina que no quería le goloseáramos, pero mis hermanos mayores muy astutos y mañosos en cualquier descuido de mi madre, bajaban la canasta y zaz... escapaban al potrero a comer lo que se habían llevado sin permiso.

Cuando mi mamá hacía cajetas, toda la cocina se impregnaba de delicioso olor a melcocha de coco y la chiquillada no movía ni un ojo esperando a que vaciara en aquella tabla reluciente y mojada la mezcla que luego saboreábamos de pedacito en pedacito, para rindiera. Ese delicioso olor a coco y a melcocha se quedó aprisionado en mi nariz hasta la fecha.

Otro momento inolvidable era cuando mamá (Mercedes) o mi hermana Carmen ordeñaban a Lupe y a Toña. Lo hacían con tal maestría y amor que nunca las vacas, escondían la leche. Es que llamamos a “Maña”, decía mamá soltando una débil sonrisita. Y, ahí estábamos las tres más pequeñas de la familia, Nelly, yo y Marjorie (en orden cronológico) y mi sobrino Carlos, con unos jarros azules de losa de media botella, esperando la postrera. ¡Cómo nos reíamos observándonos unos a otros para ver a

quién se le hacía el bigote más grande con la espuma de la leche!

¡Los niños de mi familia, en esa época, tuvimos una niñez feliz!

Virginelia Calderón Salas

Avenida 6 Calle 34 y 36.

Llegué a vivir a barrio Don Bosco, al Oeste de San José, cuando tenía nueve años de edad a una pequeña casa de madera que mi familia alquilaba. Era un bonito barrio que aún tenía algunas calles con lastre, hermosas casas señoriales unas de estilo victoriano, de amplios jardines y otras modestas situadas al Sur, como suele suceder con el Sur.

Nos trasladamos a otras casas, siempre en el mismo barrio, hasta que mi padre compró, con un préstamo bancario, la casa ubicada en avenida 6, entre las calles 34 y 36, nuestro hogar durante cuarenta y siete años, cuarenta y siete años de recuerdos, alegrías y a veces lágrimas, allí pasamos nuestra infancia, juventud, adultez, allí dio sus primeros pasos y vivió parte de su juventud mi hijo. Casa que aún conservamos aunque no vivamos en ella. Con olor a hogar, a familia, a los deliciosos tamales y cajetas de leche que Olga, mi madre hacía y que las pulperías le compraban para revender, olor a ternura, amor, a risas y a veces lágrimas, bulliciosa, una casa pequeña pero era nuestro preciado tesoro, nuestro hogar. Luego de varios años, Víctor, mi padre, se las ingenió para aprovechar que la casa era muy alta para construir un segundo piso, por lo que no parece que fuese de dos pisos.

Don Bosco es un barrio relativamente pequeño de escasas cuarenta y cuatro cuadras entre el Paseo Colón, -que se distinguía por los frondosos árboles de roble sabana de flores con un rosado encendido, otras de un alegre lila o casi blancas-; la avenida San Martín, así conocíamos a la avenida 10, la calle 20 y la calle 42, esa que pasa frente al Gimnasio Nacional y el Liceo Luis Dobles Segreda. En esa época era tranquilo, tranquilidad que solo rompía el bullicio de la chiquillada jugando en las calles cuartel inglés; quedó; o haciendo competencia con las bicicletas, patines o patinetas que mi hermano Víctor fabricaba con las ruedas de los patines y tablas; o las mejengas en las plazas y parques.

Siempre me pregunté cómo en un barrio tan pequeño, había cuatro iglesias católicas -las que todavía existen- las Ánimas, la del Colegio María Auxiliadora, la capillita de la Casa María Auxiliadora, casa en donde era muy común encontrarse con sor María Romero, hoy beata, tengo tan vivo el recuerdo de que nos gustaba molestarla preguntándole ¿Sor qué hora es? y ella siempre nos contestaba “la hora de amar a Jesús y María” e inmediatamente nos preguntaba con cierto enojo, si ya habíamos hecho nuestras tareas; también está la iglesia Don Bosco. Además de las iglesias, nos rodean tres cementerios: el General, el de Obreros y el de Extranjeros, es curioso que hasta para morirse, hay división de clases.

Frente al costado Oeste del Colegio María Auxiliadora existía una plaza con una cancha para jugar bochas y nunca vi a mujer alguna jugándolo, solo señores adultos, además en el paisaje había un pequeño estadio de beisbol infantil, tiempo después esa plaza se convertiría en el parque de los Beneméritos con unos enormes y frondosos higuerones, que aún se conservan, un hermoso parque en el que también jugaron nuestros hijos e hijas.

Al costado Este del Colegio, la escolita “gratis” de María Auxiliadora y el edificio donde dormían las monjas. (siempre cuestioné el término gratis por discriminatorio). El otro centro educativo era el Colegio Don Bosco, para hombres, de los curas salesianos, frente a la iglesia, el estadio monseñor Turcios en donde toda la chiquillada jugaba fútbol, se organizaban campeonatos, el estadio se volvía una sinfonía con las risas de tantos niños y jóvenes y una paleta de colores con la diversidad de uniformes. Recuerdo los equipos de fútbol que mi padre organizaba para los campeonatos que allí se jugaban.

Diagonal a la iglesia Don Bosco, estaba la escolita “gratis” (otra vez esa odiosa palabra para un centro educativo) donde mi hermano Víctor cursó los primeros grados de escuela, dirigida por el padre Fernández, quien se esforzó hasta dotar a la escolita de un pequeño gimnasio que servía también para los actos es-

colares; esto fue posible gracias a diversas actividades comunales. Unos años después el padre Fernández regresó a El Salvador, su patria, y con el tiempo la escolita Don Bosco cerró (acción que siempre me causó enojo pues significó que muchas familias de menos recursos económicos, ya no contarán con una buena escuela. Ese cierre dio paso al Colegio Roberto Brenes Mesén por algunos años, luego los curas vendieron las instalaciones a un grupo privado para fundar la Escuela Católica Activa y al Colegio San Judas Tadeo, iniciándose así, los primeros cambios en el barrio.

Los lavaderos públicos -cuando cuento esto, muchas personas se asombran de que existieran y que fueran utilizados por tantas señoras- estaban ubicados donde está hoy el Mercado de Mayoreo. Esos lavaderos no eran parte del barrio pero si limitábamos con ellos, fue el lugar perfecto de juegos de mi hermano menor Rafa y sus amigos quienes aprovechaban la gran pila de agua, se quitaban la ropa y hacían competencias para ver quién llegaba primero a la otra orilla, y así, se ganaba el derecho de esconder la ropa de los demás, quedaban mojados, a veces desnudos y hasta golpeados, pero alegres por haber burlado cualquier vigilancia. Otro lugar para juegos era el cafetal de la familia Incer ubicado entre la avenida 10 y la calle 32, en donde se hacían las famosas "huacas" o entierros de objetos, algunas veces de cigarrillos en el caso de los jóvenes. Y

un juego predilecto era tocar los timbres o las puertas de las casas y salir como “alma que lleva el diablo” oyendo el grito de enojo sobre todo de las señoras, muchas veces no contábamos con que las casas esquineras tenían dos puertas, tocábamos una y al salir corriendo, las señoras nos salían por la otra, furiosas y con la amenaza que le dirían nuestros padres. No podía olvidar las “vacaciones” de mis hermanas Nancy y Ale, quienes alistaban en un maletín alguna ropa y se iban de vacaciones por días donde mi tía Dora, hermana de mi padre, quien vivía a 300 metros de nuestra casa; donde pasaban días alegres de cuentos con nuestras primas Ana, Patricia y Rocío. Sin duda hermosos recuerdos de travesuras de nuestra niñez.

Como en cualquier barrio, no faltaban las pulperías y las que recuerdo -casi añoro- eran La Mery, cuyos propietarios eran don Justo y doña Paz, tan amables y cariñosos con los niños y niñas, en donde solíamos comprar un fresco de leche con sirope y un tostel -pastelitos- como decíamos. Otra era la pulpería de don Filiberto sobre la avenida 10, a quien veíamos como un señor muy regañón ya que era muy serio; y no podía dejar de nombrar a la pulpería y cantina Buenos Aires de doña Dora y don Samuel, un querido matrimonio del barrio, solidario como pocos, allí comprábamos los deliciosos confites de mora o mantequilla, las melcochas La Estrella y cuando no tenía-

mos dinero para comprarlas, les decíamos que las apuntaran -anotaran en una libreta- y que luego nuestros padres les pagarían. También estaba la pulpería, ferretería y cantina de don Paco Lépiz, en la avenida 10 y la calle 34 quien además tenía la fábrica de refrescos y siropes La Victoria, que distribuía en un carretón “jalado” por mulas, las famosas mulas de don Paco Lépiz. Además de esas dos pulperías-cantinas, estaba la cantina La Hoja de Oro, de don Álvaro Madrigal el eterno enamorado de doña Aracelly a quien llevaba serenatas y con quien se casó, a esa no entrábamos porque solo era cantina. Contábamos también con el famoso Bar Chico Soto, en el Paseo Colón, punto de referencia para cualquier dirección, aún recuerdo la noche que se quemó y la lucha de los bomberos por aplacar el incendio.

La panadería Don Bosco y ese olor exquisito a pan recién salido del horno, que inundaba el barrio todas las mañanas, el bollito de pan francés era el más apetecido, las famosas galletas dulces que conocíamos como galletas de panadería, las bizcotelas y los bonetes, ir a comprar el pan y pedir la “feria” -una bizcotela o un bonete de regalo- era un mismo acto y por supuesto que el que iba a comprarlo, se quedaba con la feria. Recuerdo cómo por un colón daban veinte bollitos de pan francés, suficiente para el desayuno de nuestra familia integrada por cinco hijos, padre y madre.

No podía faltar una farmacia, la MAC, de la doctora Marielos Redondo y de Luis su hermano quienes nos curaban de todos los males, ya que el solo hecho de ir a contarles lo que sentíamos, nos aliviábamos. Y una deliciosa pastelería no podía faltar, la de don Jorge Martínez con los exquisitos queques y pasteles, ubicada entre avenida 10 y calle 36, un pastelero bonachón y muy simpático, cuando don Jorge cerró la pastelería, el local fue alquilado para el abastecedor Asís y don Asís, como se le conocía, fue célebre por los equipos de fútbol que fundaba y esa esquina se volvió encuentro de muchachos futbolistas que luego jugaron en equipos de primera división. Contaba el barrio con una maravillosa costurera y un excelente sastre, doña Gloria y su esposo don Adán, quienes hacían unos rezos del Niño que esperábamos ansiosamente. Y por supuesto una enfermera, doña Gilda, siempre dispuesta a ponernos inyecciones y quien organizaba las famosas “posadas” del barrio. Olvidaba que el barrio contaba con una bomba -gasolinera- la Shell, de don Ronald Tapia, en avenida 10 y calle 34, frente a la ferretería, cantina y pulpería de Paco Lépiz.

Las monjas de la iglesia María Auxiliadora organizaban todos los 24 de mayo la procesión y rezo para la Virgen, las “mañanitas a la Virgen” como se conocían, las que iniciaban a las cuatro de la mañana y pasaban frente de nuestra casa, como cumplo años ese día, mi madre

me despertaba pues me decía que las mañanitas también eran para mí. Otra procesión que se realizaba era la de Don Bosco, el 31 de enero, pero esta no era tan alegre como la de María Auxiliadora.

Cuando llegamos al barrio, era común ver al camión repartidor de la Dos Pinos dejando en las puertas de las casas la leche en las famosas y recordadas botellas de vidrio, las que las y los vecinos dejaban vacías, para que el repartidor las recogiera y dejara las llenas, algo impensable en estos días. Tampoco podía faltar Chepito con su carretón de verduras y frutas, recorriendo el vecindario, ofreciendo al mejor precio su mercadería, pues él con su carretón, competía con la pequeña verdulería el Mani Tico, propiedad de una pareja de ancianos, actividad que apenas les permitía la subsistencia.

También nuestro barrio contaba con personajes como los hermanos, Chico Hernández y el Príncipe Hernández, jugadores del Saprissa, el Chatillo Piedra quien jugó con Cartago y no puedo olvidar a Edgar Espinoza, el periodista, amor platónico de tantas jóvenes del barrio. Recuerdo que cuando salía del Colegio Superior de Señoritas, tomaba el bus de Cementerio-Sabana, me bajaba en la iglesia de las Ánimas y caminaba hasta mi hogar y así, pasaba frente a la casa de Edgar quien se pavoneaba en la puerta de su casa sabiendo que muchas hacíamos lo mismo... definitivamente la juventud es

un divino tesoro. Antes de llegar al bar Chico Soto estaba la casa de don Rodrigo Carazo y a poco metros de la nuestra, la de la familia Zeledón, casa en la que vivió don Billo Zeledón y que fue declarada patrimonio, poco importó esa declaratoria ya que en su lugar construyeron un feo edificio de oficinas, ¿por qué será que no nos gusta preservar nuestro pasado?

A los setenta y cinco metros de mi casa, al Este, estaba una bodega del Instituto Nacional de Seguros en donde depositaban los vehículos de accidentes declarados con pérdida total y como si fuera ayer, recuerdo el día que llevaron el bus -totalmente despedazado- del accidente en Choluteca, Honduras, en donde cerca de treinta integrantes del ballet costarricense de doña Coralia Romero, murieron, entre los que se contaban algunas amigas como Lisbeth González y amigos como Mario Lamic y Arturo Chávez, entre las sobrevivientes estaba mi compañera de estudio y amiga de toda la vida, Aracelly Arguedas.

No me imagino el barrio Don Bosco, un hermoso barrio capitalino de los que quedan pocos, sin todos los personajes que he nombrado y que recuerdo con nostalgia pues muchos, de alguna manera, ayudaron a formar mi carácter. Un barrio que poco a poco ha ido desapareciendo como tal, en donde los vecinos se conocían, visitaban para tomar café o solicitar una taza de azúcar porque se les había acaba-

do y la pulpería estaba cerrada. Tal vez por esa nostalgia es que nos negamos a vender la casa. Un barrio en el que el bullicio ya no es de niños y niñas jugando en plazas y parques, sino de la cantidad de buses que circulan y contaminan con el humo y el ruido, en donde los edificios de varios pisos emergen como hoteles, restaurantes de comida rápida, cines, teatros y los hermosos robles sabana del Paseo Colón van desapareciendo así como las hermosas casas convertidas en hoteles u oficinas. Y esa modernidad -si puede llamarse así- ha empujado a numerosas familias a buscar otros sitios donde vivir.

Ahora vivo en San Pedro, en Carmiol 2, un residencial tranquilo, con muchos árboles y el ruido de los alegres pájaros me despiertan cada mañana pero no conozco a mis vecinos pues no socializan, no es mi querido y recordado barrio Don Bosco. Tal vez esa nostalgia por ese lugar que guarda los cálidos y a veces un poco tristes, recuerdos de mi niñez, juventud y adultez, me impide vender nuestra casa número 52, en avenida 6, entre calles 34 y 36.

Ana Lorena Cartín Leiva

La orilla del Paraná

Nací en un pueblito costero. En donde el Paraná hace una vuelta completa. El mejor lugar lo constituye por la vista, el cementerio. Créame que las tumbas eran casitas con alero. De seguro que el “finado” tomaba sus buenos “tereré” en las tardes calientes.

Enero era una fiesta con toda la primada en vacaciones. Gozábamos del río, de ese baño reparador en rojo y ocre. Algún pacú casual acompañado de mandioca satisfacía nuestra hambre infantil.

Nuestras correrías y juegos terminaban en el ranchito del abuelo Uberto. Allí lo esperábamos anhelantes para que se sentara en su banquito y nos contara una y otra vez relatos de sus andanzas en el Alto Paraná en 1906. En aquellos tiempos no había caminos, ni fronteras. Solo por vía fluvial se alcanzaba el monte. Y por picadas se iba en busca de yerba mate silvestre. Se lo hacía por medio de una caravana de mulas. Aquello era una aventura y una empresa: guías, cocineros, carpinteros, mensúes. La comida era charque con “reviro”, alguna fruta del monte y mate cocido. Había que transportar las provisiones harina, sal, municiones, quinina para el “chucho” y estar dispuesto a todo.

El abuelo era ebanista y cazador. Conservo una foto en la que se lo ve parado encima de un caballo apuntando con una escopeta. Alto, rubio, desafiante y bien parecido. ¡Qué contraste con el don Uberto que conocimos: arqueado, arrugado con sus manos agarrotadas por la artrosis! Pero sus ojos cansados concentraban la vida y testimoniaban una innegable plenitud.

“Uberto, construirme una jaula bien fuerte como para encerrar a un tigre”- le dijo el *capanga*. El abuelo reforzó la jaula.

“Vení a ver el tigre,” le dijo otro día. La jaula estaba cubierta, el *capanga* sacó el lienzo y dejó al descubierto a un hombre flaco, esmirriado con mirada huidiza y temerosa. No se habló nunca más del asunto. Se trataba de una traición y una celada.

Dos chicos cuidaban los animales del campamento. Se distrajeron y dos mulas escaparon. El *capanga* los descubrió arriba de un árbol comiendo aepues. Sin decir palabra tomó su winchester y disparó. - Gurises añá.”

El abuelo era un cazador singular. Cuando tenía un animal del monte en la mira plantaba maíz para atraerlo y amansarlo. Llegado el momento colocaba un marlo de maíz que conectaba- por no sé que artificio con el gatillo de su rifle. El mecanismo era tan preciso que la bala atravesaba la frente del animal. Generalmente

lo asaban comiéndolo en el momento. O lo carneaban transformando su carne en tasajo.

El monte era un gran proveedor. El más fino aceite comestible se extraía de unos gusanos gruesos que se encontraban dentro de la madera podrida de árboles caídos. Se ponían los gusanos directamente en la sartén y se podía freír de todo. Más de cuidado eran los hongos y las frutas. El abuelo era un experto y además conocía mucho sobre yerbas medicinales. Sólo usaba los remedios que él mismo fabricaba. No obstante por ser comilón y atropellado un día tanteó con un cucharón una olla con dulce de leche. No se percató que lo cubría un manto blanco. Tuvo tal descompostura que hubo que darle suero y comprimidos de carbón. A los pocos días estaba restablecido y retornaba a su vida y a sus relatos.

El del negro Simón nos encantaba. Era éste un baqueano brasilero de la región de Barracón. Conocía como la palma de su mano atajos, senderos imperceptibles para un lego y todas las picadas de aquellas selvas. Un grupo que dirigía el Ingeniero Carlos Bosetti, hacia la traza de un camino que condujera a las cataratas del Iguazu. Hacia largo tiempo que estaban extraviados y caminaban en redondo, no podían llegar al mojón que habían colocado un par de días antes.

“Por ahí no, Don Carlos... No encontrará el poste.”

Pero negro ignorante si nos orientamos con brújulas. Bueno guianos vos entonces. Así lo hizo Simon y los condujo directamente al mojón.

La selva tiene sus secretos, sus trampas que preservan su integridad. En aquella zona había magnetita y las brújulas giraban para cualquier lado.

Nos enorgullecía que el abuelo hubiera colaborado con Horacio Quiroga en la construcción de su casa en el Teyu Cuare en San Ignacio. Don Horacio era un experto soldador y él mismo había hecho el techo de su vivienda. Don Uberto lo había ayudado con todo lo de madera y con los muebles. Nos contaba como con su Harley Davison Don Horacio recorría los 60 km para viajar hasta Posadas. Lleno de polvo y barro colorado se alojaba en el Palace Hotel. Trataba de pasar desapercibido pero casi siempre lo descubría algún habitué del café.

- Ya llegó el loco Quiroga.

- Quién es.

- El juez de paz de San Ignacio. Dicen que es escritor.

- Vaya parece un *pombero*.

Fue en el verano del ochenta cuando el abuelo comenzó con lo de los “entierros”. Sentía que el fin se acercaba y quería dejar algún bien significativo a su familia.

- Vea Don Agustín allí donde usted está parado, la Ramona desenterró un botijo lleno de libras esterlinas. Ella no dijo nada, los ha escondido, con mis propios ojos vi luces que se movían, señal de que aquí hay varios entierros.

Otro día se vio a Don Uberto con una pala intentando cavar en los cimientos de su rancho. Hubo que pararlo para evitar un accidente.

Fue en una mañana fría de Julio, que Don Uberto teniendo intención de bañarse entro al excusado. Erro de llave y prendió la luz en lugar de conectar la ducha eléctrica. Lo encontraron tiritando en el suelo. Hora después fallecía en el hospitalito del pueblo. Dicen que su cara y ojos azules expresaban paz y vida plena.

Agustín Estevez

Un viaje accidentado

Del Parque Braulio Carrillo y de como viví un regreso accidentado del paraíso.

Salimos a las 4 a.m del barrio Pilar, en distrito de Guadalupe de Goicoechea, en un vehículo toyota, éramos cinco aventureros: Edgar Chacón, Avelino, Gamaliel, un joven nicaragüense, Jorge y yo, iríamos a una finca acarriada por don Edgar en las cercanías del Parque nacional Braulio Carrillo, ubicada en donde se unen el Río Sucio y el Patria. Debíamos dejar el vehículo en San Jerónimo de Moravia en una propiedad llamada la Conejera. En esa época, hacía alarde de mozuelo bien dotado y tomé a mis espaldas una mochila con los víveres, y como si fuera poca la carga, la motosierra amarrada a mi pecho. La travesía nos llevaría a cruzar montañas, llamadas Las Tres Marías hasta encontrar un sendero llamado Camino de Mulas, en medio de la nada, un campamento llamado Coronel. Cruzamos grandes hondonadas en un ir y bajar, grande lluvias nos hacían bajar de trasero y cayendo al sujetar las manos a un helecho, mis manos quedaron con espinas clavadas, un gran dolor.

Cuando llegamos a la finca nos aseamos en unas aguas cristalinas en un momento, Don Edgar nos advierte que no hiciésemos ruido

porque una familia de venados tomaba agua. Luego de quitar las espinas y una que otra sanguijuela, fuimos a cortar palmitos y regresamos al campamento construido tiempo atrás con palmas entrelazadas. Al almorzar, escuchamos ruidos en el maizal, también sembrado tiempo atrás y que sorpresa, una enorme y dócil danta disfrutaba. Hoy mi mente vuelve a vivir este tiempo feliz y el recuerdo de salir a la ribera del Río Sucio y el puente Toro Amarillo en Guapiles. No muy lejos de allí, tomaríamos un tren rumbo a Siquirres, el traqueteo de las ruedas creaba en mi cabeza un rumor. Llegamos a la terminal de buses y nos devolvimos para San José, era la época que el bus seguía la ruta por Turrialba y su terminal era en el Parque Nacional en donde esta la Biblioteca Nacional pero no llegamos fácilmente, el bus se varó por falta de combustible. El chófer nos contó que por la noche había llenado el tanque, y que alguien sin duda había robado el combustible. Un buen samaritano se encuentra siempre, un hombre partió a buscar el combustible para que todos pudiéramos continuar el camino; pero no termino allí el regreso, nos desinflamos y el repuesto no servía. Se hizo un cambio en las llantas, sin embargo, nuevamente cuando llegamos cerca de la Posada de la Luna en Cervantes, otra llanta. Hicimos un transbordo tiempo después... pero este también se quedo sin una llanta... y así nos quedamos de nuevo en el camino... la Brisa diciem-

brina enchilaba los ojos, los mas pequeños to-
sían y mostraban variedad de dolores y dormi-
mos en el bus... poco antes de la media noche
llegamos a San José. Algunos tenían que seguir
hasta Puntarenas...

Este relato cuenta paisajes y angustias que
forman parte de mi vida.

Olman Delgado

Los pueblos que viven en mi.

Carora

Era el mes de Diciembre. Cuando las temperaturas habían refrescado un poco...nací.

Los abanicos en los techos de las habitaciones de aquel edificio del Hospital, se movían perezosos, tratando de mover el espeso aire tan caliente de Carora.

Aborígenes Prehispánicos poblaron esa región árida y pedregosa. Una raza fuerte e indómita, a quienes llamaron Los Caroras. En guajiro el nombre Carora significa chicharra. De su cultura se conservaron el uso del Chinchorro, unas hamacas grandes y hermosas donde la gente acostumbra hacer siesta o dormir, casi siempre desnudos por el fuerte calor, tejidos y anudados a mano con el hilo sacado de las dentadas hojas del cucuy. También el consumo del maíz, con sus arepas.

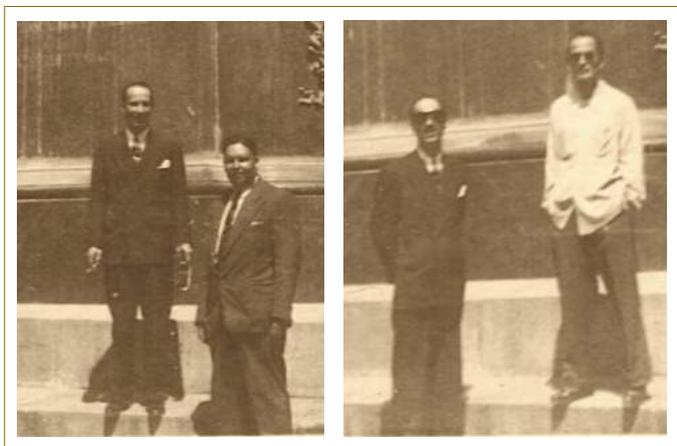
Carora dedicada a la ganadería, fabricaba algunos de los quesos más apetecidos de Venezuela, relataban mis padres.

La guerra del 48 en Costa Rica había creado una fractura. Los que antes fueran vecinos y amigos, hermanos o parientes, de pronto fueron enemigos. Los vencidos fueron hostigados a tal extremo que sus vidas llegaron a correr

gran peligro. La mayoría emigró, hacia diferentes destinos, distintos países.

Algunos no regresaron nunca, otros al cabo de varios años. Todos tuvieron en común, la imposibilidad de poder olvidar las afrentas y los daños se convirtieron en permanentes.

Con una familia involucrada fuertemente en política, papá sin ser excepción, debe irse del país hacia Venezuela, acompañado de su hermano Luciano y su amigo Juanito.



Los reciben en una oficina del gobierno en Caracas y son contratados de inmediato, cada uno en su especialidad. Es así como papá fue designado a la ciudad de Carora, del estado Lara. Debía armar con la ayuda de las instrucciones en inglés que cada caja traía, inmensos tractores llamados Tournadozer, para realizar la construcción del aeropuerto.



Tras un prudente tiempo, mamá y mis hermanos Virginia y Rolando, se reencuentran con papá. Viajaron vía Panamá, acompañados de mi tía Adela, quién iba exiliada a encontrarse con Carlos Luis Sáenz su esposo, el cuál trabajaba de maestro en ésta ciudad.

Extranjeros en una ciudad con una cultura relativa al año 1800, de costumbres muy rígi-

das y vestimentas casi victorianas, mi familia sufre el desarraigo la soledad, la incertidumbre, además deben vivir en condiciones de carencia física, emocional y económica. Con un clima abrumador de casi 40 grados a la sombra, después de vivir en las neblinas cartaginesas, la salud y la marginación hacen estragos en mis hermanos.

Carmen, la esposa de Juanito quien había sido asignado a vivir en Guanare, ciudad que es santuario de la Virgen del Coromoto patrona del país, recibe en sueños la visita de mi abuela Lía. Ella había muerto varios años atrás. No sería la única vez en que mi abuelita Lía, se manifiesta dando alguna indicación a alguno de mis parientes. Ella le dice: debes irte a Carora a acompañar a Carmen, que te necesita. Ambas Carmen, logran trabajar de maestras en un colegio católico de curas, llamado Cristo Rey.

Carmen y Juanito fueron mis padrinos de Bautizo. Ellos llegaron a ser para mí un refugio de amor incondicional por muchísimos años.

Llego a nacer, en un moderno hospital donde mamá fue internada durante tres días pues había roto la fuente. Algo sumamente novedoso para ella que había tenido a mis hermanos en la casa como era la costumbre. Estrena una nueva droga que quita los dolores de parto, el Trilén. El doctor que la atiende al que llamaban Pabucho dijo al recibirme: ha nacido una

caroreña come queso. Poética forma en que mamá se entera de que es una niña la que llegó. Y ella dijo: nació Lía del Carmen.



Poco después papá debe llevar por tierra toda la maquinaria que ha sido armada por él hacia Ciudad Bolívar, donde construirá otro aeropuerto. En un país desconocido para él, lleva a cabo ésta nueva odisea a cabalidad, atravesando casi toda su geografía.

La salud de mis hermanos se vio realmente muy afectada. El calor insoportable hizo estragos en ellos, las costumbres de la población pasan su factura, la lejanía de papá con éste nuevo traslado también influyó mucho en sus ánimos. Ya no hay razones para seguir viviendo en Carora, buscan entonces un nuevo lugar donde se puedan sentir mejor y más cerca de papá. Yo tenía entonces un año y cuatro meses.

Maracay

Lo llamaban el kilómetro siete. Esa era la distancia que había entre nuestro nuevo domicilio y el centro de la ciudad, Maracay. Ahí era conocido como El Limón. En una propiedad que había pertenecido al dictador General Gómez se construyeron algunas casitas justo al lado de aquella carretera. Sin aceras por donde caminar. Imagino era un caserío. Nuestra casa de escasos ochenta metros cuadrados, sin vidrios en sus ventanas, fue el lugar en donde todos como familia vivimos la mejor época de la estancia en Venezuela.

Maracay, con un clima mucho más fresco y más vegetación era una ciudad llena de vida. Ahí se encontraban los cadetes. Había una base militar precisamente donde debía construirse el aeropuerto, el nuevo proyecto de trabajo de papá. De costumbres más ligeras, como se vive en los puertos. La presencia de ellos, provoca que papá sienta que mi hermana Virginia corre peligro con el asedio que ya empieza a vivir. Era una adolescente. Esto sumaría cuando toman la decisión de regresar a Costa Rica.



Mamá logra tener buenas amistades. Una familia de apellido Montes de Oca, quienes vivían en ese lugar hizo su vida más llevadera. Posiblemente tuve muchos afectos entre esas gentes cercanas, que dolerán y marcarán mi vida posterior, pues fueron mis primeras pérdidas afectivas.

Cuando la familia preparó el viaje de retorno a Costa Rica, se toman varias medidas.



Venden todos los bienes adquiridos y viajan a la capital Caracas para solicitar mi pasaporte y los permisos de salida. Todos mis juguetes, mi camita y tesoros que a esa edad yo tenía, fueron desfilando ante mis ojos de niña pequeña, a la que no se le explica el porqué de las cosas. Lloraba pidiendo tenerlos de nuevo. Solo obtuve a María, una amada muñeca que

se convirtió en la única referencia de mi niñez y estaba en aquel lugar donde nací y al cual nunca más regresaría.

La estadia en Caracas marcó el inicio de mi desarraigo. Era una gran ciudad en comparación a El Limón. Hoteles, oficinas, vías llenas de tráfico, luces, ruido. Conservo aún mi pasaporte, sentadita en un taburete, con la mano de papá sosteniéndome detrás. Yo, bañada en llanto. De ahí pasamos a Curazao, luego Panamá y finalmente Cartago.



Cartago

Iba a finalizar el año. Me recibió la bruma de aquel clima frío e inhóspito para mi. Lluvia y neblina. Una inmensa casa de madera, la casa del abuelo en el centro de la ciudad. Llena de aposentos, una oscuridad propia del clima. Un patio posterior lleno de árboles. Ventanas con vidrios entre cuyas rendijas se colaba el viento, silbando por las noches. Un abuelo que deseaba reconocer en mi a su esposa perdida, una cantidad de amigas de mamá que deseaban agasajarme con sus desmedidos abrazos y comentarios divertidos sobre el acento con que yo hablaba. El llanto, tupido, copioso, sin fin y sin consuelo se adueñó de mi. Lloré por días,

por semanas, por meses. Mi mamá enloquecía con mi locura. Me contaba luego cuando la vida se encargó de aclararnos, que al pensar que yo perdía la razón ella decidía si daba marcha atrás y regresaba a Venezuela. Pero no lo hizo. Y una nebulosa envolvió mi vida. Cumplí tres años ese diciembre de mi llegada a Costa Rica.



El llanto, ese que una niña muy pequeña es capaz de manifestar, me aclararon en una de las muchas terapias que he hecho en mi recorrido por éste mundo, no es sino el llanto que su propia madre no es capaz de llorar. La hija asume ese papel

y llora lo que ella reprime. Es la más certera explicación que he tenido para comprender eso y muchas cosas más.

Papá regresaría de nuevo a trabajar en Venezuela. La situación laboral acá seguía siendo muy complicada. Su partida, la pérdida de su afecto cercano marcarán un continuo a lo largo de mi niñez.

Al regresar a vivir aquí, debe tomar trabajos que lo mantienen alejado de la casa por temporadas. Nadie me habló nunca de esa estadía de dos

años de papá solo en Venezuela. Nadie me la ha aclarado. No debe haber sido fácil para ninguno.

El frío se caló dentro de mis huesos. De mi alma. De toda sensación de bienestar. Lo he sufrido siempre. Sufrí anginas por años. Y a esta pobre ciudad la responsabilicé de todo lo desafortunado que guarda mi memoria. Corrí fuera de ella a los dieciocho años. No es el lugar al que añoro volver. Voy poco y rápido me devuelvo.

Cartago fue mi niñez. Ahí crecí. Ahí acompañé a mamá en las escuelas donde fue maestra. Ahí tuve mis primeras memorias. Mis mejores amigas las hice ahí de niña. También de aquí procede mi gusto por las tortillas palmeadas. Por sus calles mi inolvidable primer amor me cortejó. Plantas y jardines, tejidos y costuras, mis pasatiempos posteriores, desde allá me acompañan. Mis mascotas, mis juegos, canciones y poesías, las eternas horas de lectura, vienen de sus tardes frías. Todo mi embalaje se formó en mi paso por ésta ciudad a la que tanto le debo y a la que aún me resisto.

Lía Ferreto

El Carmen Norte de Santander

Mi pueblo, pequeño pueblo, mi pueblito, El Carmen Norte de Santander en donde nací. Se sitúa en Colombia. Oh Colombia! Hermosa y desafortunada Patria Chica mía.

Hermosa si, la naturaleza se recreó allí de la manera más exuberante. Le dio abundantes aguas, dos océanos, ríos caudalosos, muchos, muchísimos ríos menos caudalosos que sirven de afluentes a los otros inmensos; bosques, montañas y lujuriosa selva, valles, volcanes, sierras y nevados. Es que justo allí la Cordillera de los Andes al entrar a suelo colombiano, se transforma en tres grandes ramales de cordillera y tenemos así, la Cordillera Oriental, la Central y la Occidental. Tiene Colombia una riqueza invaluable, minas de hierro, cobre, carbón, plata, oro, esmeraldas muy valiosas; maderas preciosas, innumerables cultivos en donde el café, es uno de los más preciados del mundo. Climas variados: cálidos, templados, fríos, en fin, una tierra fértil y pródiga.

Desafortunada, porque creo que el diablo se sintió celoso, de tanta belleza y riqueza para un país e ideó para dañarlo la Política. Esta ciencia vital para los hombres, allí se convirtió en un infierno. Un gran caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán, seguro ganador de las elecciones presidenciales del periodo 48 al 52 que se disputaban los partidos Liberal y Conservador,

fue asesinado, dando origen así a las guerrillas políticas y luego sumado al desarrollo del narcotráfico con los cultivos prohibidos surgieron las narco guerrillas, lo que ha mantenido al país en crisis de violencia constante.

En este contexto de país, justamente antes de empezar la violencia esa peste aciaga, en un rico departamento llamado el Norte de Santander, en uno de sus pueblos, el Carmen, allí nací. Para el año 1949 ya la violencia caminaba rápidamente por el Norte de Santander, mi pueblito fue arrasado y es esa violencia quien hizo a mi familia y a todos los que pudieron irse del pueblo salir de él.

Estuve en él hasta los 7 años de edad. Vagamente lo recuerdo. Sus casitas estaban construidas en balcones naturales del terreno, así como en las faldas de las montañas. Había unas casas más cercas que otras. No todas eran de ladrillo y cemento. Había casitas de bahareque con techo de paja. Estas casitas tenían patios grandes. Casi siempre había gallinas y pollitos. Se oían los gallos cantar de madrugada.

Era rico ir de día de campo. Consistía en ir a la quebrada, donde se formaban varias pozas para bañarse, corretear entre sus piedras y saltar. Almorzábamos la comida que se llevaba en los portacomidas, pero se servía en hojas de plátano. Se hacía fuego con leña para asar plátanos maduros, pescado o carne. Se iba con algunas familias vecinas. Pero lo más rico eran

los dulces de leche, las cocadas y las frutas que llevaban o se recogían en el camino. Era muy divertido. Uno de los ríos que llamábamos Quebrada Grande, tenía un puente de hamaca, hecho de madera, con tablones gruesos al cruzarlo se llegaba al Playón, lugar de pura arena, rodeado de árboles grandes, era hermoso lugar.

Mi pueblito tenía agua y luz, creo que la luz era racionada, no había nevera ni estufa eléctrica. En mi casa se cocinaba con carbón, las hornillas eran hechas de piedra y barro, por encima tenían las parrillas que eran de alambres muy gruesos. El agua para tomar se mantenía en tinajas de barro. Eran lindas las tinajas, conservaban el agua fresquita y con sabor agradable.

Mi casa era de ladrillo, piso de cemento, techo de tejas rojas. Recuerdo que la mamá decía a los muchachos, no tiren piedras al techo porque quiebran las tejas. La casa tenía un corredor amplio, lleno de plantas, mi madre hacía unas maceteras muy bonitas con las latas grandes de la leche en polvo KLIM, las pintaba de rojo, sembraba sus plantas que florecían lindo y las colgaba en la pared. Mi madre amaba la naturaleza, le gustaban sus plantas de rosas, camelias y los arrayanes.

En la tarde noche empezaban a salir los cocuyos, eran como foquitos de luz en el aire. Teníamos una perra que la llamábamos Donna, era muy juguetona y nos cuidaba bien. Siem-

pre iba con nosotros cuando salíamos a la casa del lechero, nos gustaba ver sus vacas.

Las calles de mi pueblito eran de piedra, algunos caminos eran un poco ensanchados, otros más estrechos, habían caminos más difusos y ásperos, no podíamos adentrarnos en ellos sin compañía adulta. En la época de lluvia era buenísimo, nos podíamos bañar bajo la lluvia siempre y cuando no hubiera tempestad, disfrutábamos chapalear en los charcos que se hacían con la lluvia. Las noches de mi pueblito eran tempraneras, silenciosas y tranquilas. Su cielo casi siempre lleno de estrellas, la luna llena, redondita y brillante era generosa al iluminar las horas nocturnas, algunas de esas noches iluminaba tanto que mamá aprovechaba para alargar la hora antes de ir a dormir y en el corredor nos contaba cuentos.

Para mi familia fue una gran tristeza dejarlo todo y salir a otros lares. En ello nos iba la vida. Así que partir de mi pequeño y lindo pueblo lleno de montañas y ríos e ir por carretera caminando, luego en carro, después por barco, fue toda una aventura arriesgada y peligrosa, pero no había de otra, había que dejarlo todo, no se podía llevar nada.

Llegamos una noche iluminada y calurosa a Barranquilla. Allí termine de pasar mi infancia, adolescencia y juventud. Estuve hasta los 25 años en esa nueva ciudad.

Después, ya con 50 años, volví con mi esposo a mi pequeño pueblo en donde nací para que él lo conociera. Vaya sorpresa! Ya no era un pequeño pueblo, mi pueblito, se había convertido en un Municipio del Norte de Santander. Allí, situado todavía entre las estribaciones de la Cordillera Oriental, con sus casas de blanco y techos rojos, sus balcones naturales, la belleza de sus montañas, ríos y quebradas.

Ahora la plaza esta bien definida, tiene 7 entradas, sus barrios San Luis, Tres Quebradas, El Tigre, San Rafael y Hoja Grande. Sus calles siguen siendo empedradas, algunas estrechas. Construyeron la Casa de la Cultura de puro estilo colonial, la iglesia del Carmen, igualmente colonial, venera la imagen de la Virgen de su mismo nombre. Hay escuelas, colegios y además uno de ellos técnico vocacional. Tiene Biblioteca y Museo. En el año 2009 fue declarado Patrimonio Histórico y Cultural de Colombia. Está tan lindo mi pueblo, mi pequeño pueblo, que trabajan para que sea Patrimonio de la Humanidad.

Comentaba después del viaje, con mi familia y esposo. Qué cosas! no? Después que la violencia se ensañó tan vilmente con mi pueblo, su gente lo ha hecho levantarse como el Ave Fenix. Así es la vida!

Y bueno, yo también salí ganando. Tengo ahora una Patria Chica, Colombia donde está situado el pueblo en donde nací, ese pequeño

pueblo, mi pueblito El Carmen de Norte de Santander que me cobijó al nacer bajo su cielo, me dio la luz de su sol, luna y estrellas. Y mi Patria Grande, Costa Rica, a la cual llegué ya crecida y acompañada, me dio su cielo azul, sol, luna y estrellas, sobre todo su generosa gente y tierra fértil para enraizar el Árbol de mi propia genealogía, el cual tuvo sus ramas lozanas y fuertes que han dado ya sus propios frutos. Así pues, Colombia y Costa Rica son una simbiosis en mi vida.

Margot Gonzalez

Nací en Lagartillal

Al igual que la Casita del Monte, nació en una aldea campesina de Costa Rica, situada en la falda oriental de la Cordillera Central de cuyas colinas se ve el Valle Central rodeado de montañas. En el caserío hay muchas casas, una iglesia, una escuela pública, varios centros comerciales y solo un bar porque la otra cantina fue convertida en una clínica médica privada. En el pueblo, el sol y la luna salen por el este y se ponen por el oeste, cada veintiocho días se ve la luna llena.

La comunidad urbano-rural que me vio nacer hace más de setenta años está recostada en la montaña y su iglesia blanca que acaba de cumplir cincuenta años de su bendición se ve sobre los techos y arboledas. A veces la neblina lo cubre como un velo, pero de pronto el viento se lleva la nubecilla y se pierde entre los robles lejanas, las torres aparecen y allá abajo se ven potreros verdes cercados de cipreses, poros y maderos negros,

Buenos días saludan los labradores que al alba van a sus sembrados. La montaña también da los buenos días en lenguaje azul, detrás del pueblo de la iglesia blanca. Mi pueblo está situado en una región fértil, hoy todavía aproximadamente un cuarenta por ciento de su gente se dedica al trabajo de campo. En la región hay cafetales, milpas y pastos, también se ven huer-

tas y jardines, los campesinos diligentes reco- gen buenas cosechas y el café es de tan buena taza como el de la zona de los Santos.

La gente del pueblo que me vio nacer es gentil y buena, por los caminos pasan peones, vendedores y vehículos desde los cuales se saludan amablemente. Todavía existe la solida- ridad y la ayuda mutua entre los vecinos. Los descendientes de los antepasados y labriegos de la comunidad urbano-rural son ricos de co- razón por su bondad, su cariño a la familia y su amor a su tierra.

El paraíso que me vio nacer está situado so- bre la carretera Braulio Carrillo de la salida Norte de San José sobre la ruta 32 se abre un bello panorama el Zurquí, las Tres Marías y los cerros del Barva al Norte, al Noroeste la igle- sia de San Isidro de Heredia y al Sureste la de San Isidro de Coronado ambos templos de mo- numental estilo gótico. También si miramos ha- cia el este vemos las erupciones del Irazú y el Turrialba, hacia el Noroeste las montañas del Poas y hacia el Suroeste los cerros de Escazú.

En el pueblo llueve mucho sin hablar de los temporales del Atlántico que duran hasta una semana, por eso los terrenos siempre están verdes. Un día cualquiera un visitante extran- jero pregunto a un campesino qué si aquí llue- ve mucho y este le contesto: "Aquí hay dos es- taciones una que llueve y otra que llueve mu-

cho". Al iniciar el verano se reciben las brizas de los vientos alisios provenientes del Atlántico.

Las mañanas en mi pueblo se alegran con los cantos de los pájaros en preciosas armonías, yigüirros, gallitos, soterrés, carpinteros, pecho amarillos y hasta las piapías con sus gritos. También se ven aves migratorias que vienen del Norte con vistosos colores. Las ardillas hacen su desarrollo con guayabas y los pericos anuncian la llegada del verano con su bullicio. Bendito ambiente que alejas las depresiones de la sociedad consumista de hoy.

La comunidad donde nací es una tierra fértil para el cultivo del café, verduras, hortalizas y frutas de altura. La fruta natural es la guayaba de variedades blanca y rosada. En el verano los potreros que aún quedan en el sector éste se vuelven morados con la flor de Santa Lucía. El río Pará que pasa al este y que da el nombre al distrito, es limpio y con varias pozas para nadar y recrearse en los potreros aledaños.

En el invierno las noches son envueltas por la neblina dando un ambiente misterioso en el que resaltan las luces de la calle y de las casas. En el verano el perfume de las reinas de la noche y los lirios invitan al sueño y descanso placentero.

Este es Lagartillal ayer, Pará hoy mi San Luis de siempre, distrito octavo de Santo Domingo de Heredia, el Pueblo donde nací.

José Gonzalo González Villalobos

Frente a la casa de las acacias

Nací en la ciudad de San José, un 30 de abril 1940, en la Maternidad Carit, hoy Hospital Nacional de la Mujer Dr. Adolfo Carit Eva, situado en ese entonces al costado Oeste de La Casa Amarilla, donde actualmente se halla el Instituto Nacional de Seguros, frente al Parque España. Diagonal al vecindario donde se encontraba la casa de María Isabel Carvajal Quesada, nuestra muy amada escritora Carmen Lyra.

La casa en la que crecí se ubicaba en el Barrio de La Dolorosa, doscientos metros al Este de la “Clínica Bíblica” en Avenida 14. Eran hermosas casas ocupadas por familias honorables y muy trabajadoras; en sus patios era común encontrar árboles de naranja, cas, nísperos, y en casi todas, hasta gallinas había, para satisfacer el paladar con los infaltables huevos y la exquisita sopa de gallina.

Los niños y las niñas, con el permiso de los padres y madres, bajo su constante vigilancia, generalmente por las tardes, disfrutábamos en las aceras de nuestras casas con juegos como quedó, mecate, rayuela, escondido y muchos otros.

Entre nuestros vecinos había una familia italiana que se les veía poco; ellos salían mucho de San José. Otra de nuestras vecinas era una señora mayor que hacía algunos años había enjuiciado, lo que justificaba verla vestida de luto

rígido, su pelo cano, siempre peinada de moño, ningún tipo de maquillaje en su cara y ya se le veía el paso del tiempo; su nombre era Roque, la llamábamos con respeto doña Roque, una señora muy religiosa, siempre andaba rezando con un rosario en sus manos y en las paredes de su casa habían imágenes de algunos santos, entre ellos el de su devoción: San Cayetano.

El día domingo se iba a misa de diez a la Iglesia de La Soledad, a su regreso, después de almorzar, se sentaba en una mecedora a escuchar la radio. Al mediodía transmitían el sorteo de la lotería, el que esperaba muy ilusionada, pues siempre compraba un pedacito con la esperanza de ganarse el “mayor”, más nunca salía el número comprado por ella, y entonces San Cayetano era el que pagaba los platos rotos, yendo a parar debajo de la mesa sin antes vociferarle:

- ¡Te rezo siempre para que me hagas el milagro y nunca me lo hacés!

El San José de entonces era muy tranquilo, por sus calles transitaban muchos carretones tirados por caballos. Los carros eran pocos, y viene a mi memoria un fotingo negro, propiedad de un señor que sacaba muelas, tenía el consultorio al costado Sur de la Iglesia de La Soledad; generalmente transitaba por El Paseo de Los Estudiantes, cuando los niños que nos encontrábamos jugando en ese momento, escuchábamos de pronto que venía el carro, corríamos a esperarlo en una de las esquinas, para saludarlo con nues-

tras manos que parecían “pañuelitos”, y una de las niñas, la más pequeña, que todavía no podía hablar bien, le gritaba : - ¡adiós, funfo!, pues se llamaba Don Arnulfo.

¡Cuánta pena me da ver todas esas casas convertidas hoy en negocios comerciales, en medio de un alto tránsito vehicular con tanta contaminación atmosférica, otrora cálidos hogares de aquellas honorables familias!

En esa época el vehículo que más se veía transitando era el carretón, tirado por caballos, tenía un cajón grande de madera con paralelos para darle más profundidad y dos ruedas grandes de hierro, una a cada lado y para más seguridad les ponían a los caballos una estructura de madera a lo largo de su cuerpo, para que jalaran el carretón con carga.

Además, a los lados de sus ojos les colocaban unas pequeñas piezas de cuero para evitar que se distrajeran, viendo únicamente hacia adelante. Así, el “carretonero” iba sentado en una especie de banqueta y con gran dominio lo dirigía con dos fuertes correas.

El lugar en donde estos hombres y sus carretones se encontraban habitualmente, era en el ahora Parquecito de Los Mercaditos, en ese entonces un potrero en donde liberaban a los caballos del carretón, para que pudieran pasar, mientras estos carretoneros también tomaban su tiempo para almorzar sus comidas que

generalmente traían de sus casas envueltas en hojas de plátano.

Este era el único medio de transporte con el que se contaba para hacer las mudanzas y en general para todo tipo de transporte de cargas. En las calles era común encontrarse con el estiércol de los caballos y escuchar a menudo sus cascos, que hacían un sonido característico en el pavimento de la calle en ocasiones el caballo resbalaba, generalmente cuando llovía.

Había unos coches con caballos, que llevaban atuendos muy elegantes, el cochero con sombrero alto, todo de negro; estaban dedicados a carrozas fúnebres para transportar a los difuntos adultos, igualmente de elegantes pero de blanco para los niños. El número de caballos iba en relación con el dinero que poseía la familia del fallecido. Los coches tenían una cureña que estaba en la parte trasera y allí iban las ofrendas florales, el cuerpo del difunto iba dentro de la carroza fúnebre. Cuando la familia de la persona fallecida era de escasos recursos económicos, éste iba en hombros de amigos y familiares, hasta llegar al cementerio.

Desplazándose un poco hacia Plaza González Víquez en sus cercanías, había una finca sembrada una parte con café, otra con algunas vacas pastando, a la entrada un galerón grande, en donde ordeñaban las vacas. Recuerdo que en una ocasión mi madre, me llevó entusiasmada para que yo tomara “leche al pie de la

vaca”, lo que resultó de mi parte imposible, porque la escena no me gustó para nada y ¡jamás! iba a tomar esa leche, a mi solamente me gustaba la “leche de tarro”, de esa manera la transportaban para la venta, casa por casa.

En el mes de diciembre, comenzaban a colocar la iluminación en la calle del Paseo de los Estudiantes hacia la Avenida Central. Instalaban también algunos tramos sobre las aceras, únicamente en esa época, para la venta de las frutas de navidad, de los que colgaban unos racimos de uvas que junto con las manzanas, desprendían los deliciosos olores de las frutas que sólo las teníamos para ese tiempo. También colgaban juguetes, cornetas de cartón, muñecas de trapo, en fin todo lo alusivo a la navidad, de manera pintoresca y colorida, los tramitos eran adornados con papel de seda de colores, con pedacitos de vidrio en los extremos que con el viento tenían un sonido muy festivo.

También era la época de hacer portales, en cada casa con la participación de toda la familia, los adornaban con ramas del árbol de Uruca en lugar de Ciprés, plantas ornamentales de la casa y uno que otro cohombro para perfumar el ambiente.

Entre los portales que generalmente se hacían en una esquina de la sala de la casa, a veces tomaba la mitad por el tamaño, se quitaban las cortinas de la sala, para que las personas que pasaban por allí se deleitaran viéndo-

los desde la calle. Entre ellos se destacaba el portal de una familia de apellido "Doninelli" italiana, radicada en Costa Rica, ellos tenían una fabrica de ladrillos contiguo a la casa de habitación, ubicada en las inmediaciones de Los Mercaditos. Siendo éste, el portal más grande, destinaban toda la sala que era muy amplia, todo un acontecimiento pasar y quedarse admirando el "pacito" y figuras muy lindas que lo adornaban, traídas de Italia. Pasada la Navidad los portales eran retirados, no sin antes hacer el acostumbrado y larguísimo Rosario del Niño, pero al final con un delicioso rompopé y repostería casera.

Recuerdo también a una señora amiga de mamá de nombre doña Estela, mexicana quien tenía unos años viviendo en Costa Rica. Cuando fue su tiempo de regresar a México porque a su esposo se le había vencido el contrato de trabajo, recuerdo con gran cariño que nos obsequió, unos libros eran en blanco y negro, con una muy buena encuadernación, que contenía fotografías del " Paseo la Reforma" y toda la historia de la revolución de Pancho Villa. Venían también unos patines para mí, los primeros que tuve y que me hicieron muy feliz.

Como niña con escasos seis años, tuve unos deseos inmensos de usarlos, le pedí permiso a mamá para ponérmelos y aprender a patinar de inmediato, a lo que ella con mucha autoridad me respondió, que no era el momento ni el lu-

gar, que me llevaría al día siguiente al Parque Morazán, en donde aprendería mejor por lo espacioso del sitio. Esa noche cuando me acosté, no lograba pegar los ojos, deseando que pronto amaneciera, ¡estaba ilusionadísima!

Al siguiente día, cuando mamá me llevó al Parque Morazán, no me cambiaba por nadie, me caía y me volvía a caer aprendiendo de esta manera, mientras mamá me explicaba como debía hacerlo, hasta que después de varios días de práctica lo logré. Me hacía muy feliz todo el entorno, el Parque Morazán, la casa de “Las Acacias” de la familia Guardián; y fue así como disfruté El LUGAR EN QUE NACÍ.

Marta Hernández Mendoza

Un domingo caluroso de abril

Un domingo caluroso de abril, en la Maternidad Carit ocurría un acontecimiento especial yo abría mis ojos a la vida. Mi mamá se alegró al ver que estaba sana y a la vez se llenó de incertidumbre, como le iba a decir a mi papá. Las enfermeras trataron de consolarla de explicarle que ella no tenía la culpa, pero la angustia crecía con las horas. Llego el periodo de la visita y mi papá se presentó a vernos, cuando se dio cuenta que era una niña, su respuesta no fue de enojo como esperaba mami sino más bien de resignación - que le vamos a hacer, ya tenemos la parejita. Yo soy la segunda de tres hermanos. Después de esto me llevaron a vivir a una casita de madera con techo de teja en uno de los cantones más pobres y más hermosos al sur de San José, Alajuelita rodeada de bellas montañas, el imponente cerro San Miguel más conocido como la Cruz, lugar de reunión de gente de fe y no tanta. Se cree que se llama Alajuelita por la gran cantidad de lajas que hay en su territorio, y mis abuelos están considerados como pobladores fundadores de este cantón.

Alajuelita es un pueblo de tradiciones y música. Otto Vargas, Lalo Rojas y el Trio los Millonarios, Rojitas uno de los mejores trompetistas del país son parte de los músicos que han nacido ahí.

En el centro del cantón encontramos el Santuario Nacional Santo Cristo de Esquipulas, lo

que nos lleva a las celebraciones a partir del 15 de enero en honor al Cristo Negro, que es considerado muy milagroso. Y desde antaño la gente venía en carretas y a pie a cumplir promesas. Luego iba a los cafetales a almorzar y después volvían a la plaza a tomarse un buen vaso de chinchivi nuestra bebida típica.

Frente a la Iglesia estaba la cancha de futbol, y alrededor de esta una cantina en cada esquina el Danubio de don Basileo, La Confianza de Don Miguel Carmona, la de Luis Retana y el Redondel. A mis siete años las conocí porque ayudaba a mi abuelita con los mandados y algunas cosas de la casa, ella fumaba puros y siempre me mandaba a comprarlos y los dueños siempre me molestaban y me decían que dejara de fumar porque por eso no crecía y a mí me daba mucha vergüenza. Entre la cantina de Luis Retana y el Redondel estaba el Cine El Roble, donde tantas películas vi. Hoy es el edificio principal de la Municipalidad. Diagonal a la Cantina la Confianza estaba la escuela vieja que ahora funcionaba como casa de habitación para algunas familias, también había un aserradero, y el centro de emergencias de la Cruz Roja. Hoy también es un edificio municipal.

En la plaza se ponían los carruseles, los chinamos, y los salones de baile improvisados para las fiestas del Santo. A mi mamá le gustaba venir los domingos a misa y después nos llevaba a las fiestas, nos compraba churros, algodón de

azúcar, y nos subíamos a los caballitos. A veces nos quedábamos al juego de pólvora, y más de una vez no sé cómo llegue al Centro de la Cruz Roja, porque me había perdido y recuerdo ver a mi mamá llegar llorando a buscarme. Ahora las fiestas ya no son en la plaza porque esta se convirtió en un parque, y ya no hay donde jugar fútbol tranquilamente como antes.

Mi papá fue mucho tiempo secretario del Deportivo López uno de los mejores equipos de fútbol del cantón, muchas veces estuvimos a punto de llegar a segunda división, pero nunca se logró y él que aun siendo Sapisista, llevaba con gusto los colores rojo y negro del equipo. La junta directiva del López se organizó e hicieron rifas para comprar la base en la que se carga el Santo Sepulcro en Semana Santa, y mi papá nunca entro a la iglesia ni siquiera a hacer entrega y recibir el agradecimiento del sacerdote.

Alajuelita hoy en día no es el cantón en el que yo nací, que conocíamos a los vecinos, y se compartía un gallito, ahora es un cantón de viviendas de bien social, y se ha convertido en uno de los cantones con mas problemas de San José, pero siempre será el lugar donde nací y viví por veinte años y los recuerdos y bellos momentos que disfrute siempre estarán en mi mente, y por eso repito Alajuelita tu eres mi cantón.

Maureen Hidalgo Ch.

El reencuentro.

*Rumor de palmeras en la noche tibia,
derroche de estrellas en el cielo azul...
Te canto, te añoro, te sueño,
mi bella Orotina, hermosa eres tú.
En mis desvaríos surge tu visión preciosa
de tardes divinas que no olvidaré.*

Mi bella Orotina de Fernando Cordero M. ¹

El pueblo de Orotina, en el que crecí, es bastante conocido. Quien esté leyendo o escuchando este relato es muy posible haya pasado por allí o lo haya visitado al menos una vez en aquellos años, en ruta al Puerto de Puntarenas o a Playa Jacó. Muchas personas, lugares, vivencias y paisajes de entonces vienen a mi memoria como un reencuentro. Viajo a la infancia y surge un elemento de manera muy sobresaliente, uno de enorme trascendencia en su historia que impactaría los diferentes aspectos de la vida pueblerina y sus costumbres: el tren, medio de transporte muy rápido y versátil para la época, sin duda sería motor del desarrollo local, regional y del país.

En 1904² los pobladores de Orotina, entonces llamado Santo Domingo de San Mateo, escucharon por primera vez el pito de una locomotora a

vapor llamada Santa Cecilia. La gente recibió el novedoso y esperado sonido con gritos de alegría y asombro; nadie pensó que era un presagio de los cambios en el desarrollo e importancia relativos de estos dos pueblos y, por tanto, en sus relaciones. Orotina adquiriría mayor importancia que San Mateo; se abrió una pequeña herida que crecería con otros hechos posteriores. Este acontecimiento no hubiera sido posible sin la oportuna e inteligente actuación de varios de sus pobladores.

La mayoría de ellos llegaron del Valle Central a mediados del siglo antepasado. La actividad minera en el Monte del Aguacate, el creciente auge de los cultivos, la ganadería y la explotación maderera, eran algunos de los atractivos que ofrecía la zona. La inauguración en 1843 de la Carretera Nacional, más conocida como el Camino de Carretas, facilitó y agilizó mucho la comunicación y transporte de personas y productos, principalmente de café, desde el Valle Central hasta el Puerto de Puntarenas, y de allí hasta Europa vía el Cabo de Hornos.

Las actividades mineras y comerciales relacionadas con esta vía de comunicación atraerón a muchas personas emprendedoras. Otro grupo procedente de sitios más lejanos se sumaría a los primeros pobladores. Venían del otro lado del Atlántico, de países europeos mayoritariamente de Italia, Alemania, Francia, Suiza, entre otros. El gobierno nacional promo-

vía y facilitaba la llegada de inmigrantes de países seleccionados para contribuir así con el desarrollo del país en sus primeros años como República independiente. Muchos de ellos tenían oficios o profesiones escasas o inexistentes en el país, y más aún en aquel remoto lugar. Mi familia se originó de estos dos grupos de fundadores de Orotina.

Este mestizaje y complementariedad entre aquellos primeros pobladores costarricenses y estos inmigrantes extranjeros caracterizaron los orígenes y progreso de la zona. De alguna manera, sus descendientes quedaron marcados como gente emprendedora, honesta, luchadora y muy trabajadora. Otro rasgo prominente de ellos fue que se ocuparon más por el bien común que sobre los intereses individuales. En mi infancia estos valores y características continuaban muy presentes entre sus descendientes, a pesar de haber transcurrido poco más de un siglo.

Uno de los mejores exponentes fue don Primo Vargas Valverde, quien por sus aportes y visión destacó entre sus fundadores. Llegó hasta allá por actividades ligadas al transporte de personas y productos en carretas y mulas, como muchos otros que se aventuraron en la zona con empeño y valentía. Procedente de Desamparados, San José, fue uno de los primeros en desviarse de la ruta de las carretas con dirección hacia el sur, hasta el otro lado del río

Machuca para asentarse al este de lo que hoy es Orotina. Sitio que después se llamaría Barrio Jesús María, en el actual distrito de Hacienda Vieja. En 1860 existían varias casas y ranchos de paja a los lados de la llamada calle del Alumbre, contaban con un comisariato y un aserradero. Su rápido crecimiento contribuyó a que fuera declarado en 1863 como el distrito de Santo Domingo del cantón de San Mateo.

Dos años antes a la llegada del tren don Primo Vargas, junto con otros vecinos y hacendados, visitaron a don Ascensión Esquivel, presidente de la República. Le llevaban una propuesta para cambiar el trayecto original del tren. Se trasladaría más al sur, desde el centro del cantón de San Mateo, como estaba previsto, hacia el distrito de Santo Domingo. La propuesta incluía una atractiva donación de terrenos para el establecimiento de la línea férrea y para construir los edificios de las estaciones y algunas viviendas necesarias. Una extensa zona que iba desde Concepción, cerca del cantón de Atenas, hasta el este del pujante pueblo de Santo Domingo, más allá de lo que hoy es el centro de Orotina. La reducción de los costos del proyecto logró lo que estos primeros orotinenses pretendían, el presidente Esquivel aprobó el trayecto propuesto. Es de suponer que tal decisión fue abono para las históricas rencillas entre los habitantes de ambos cantones. Diferencias que se profundizarían en pocos años con la declaración de Orotina como

nuevo cantón y su independencia definitiva de San Mateo.

La labor filantrópica de don Primo como benefactor de Orotina incluyó la donación de tierras para la iglesia, apoyo financiero para su construcción y dos campanas que mandó traer de Italia, también cedió terrenos para la escuela y el parque. Pero no solamente donó terrenos y apoyó la construcción de infraestructura, a pesar de su escasa educación formal, segundo grado de primaria, su cultura autodidacta y sensibilidad artística lo llevaron a fundar en 1905 una escuela de música. Nació así la primera Orquesta Filarmónica de Santo Domingo, para la cual adquirió e hizo traer los instrumentos requeridos desde Europa y financió su funcionamiento durante varios años. Hay quienes opinan que esta tradición musical explica la calidad de la actual Banda Comunal de Orotina, antes Banda Escolar Primo Vargas V., una de las más longevas y premiada en varias ocasiones como una de las mejores bandas de marcha a nivel nacional. Recientemente se confirmó que fue seleccionada, entre varias bandas musicales latinoamericanas postuladas, para representar esta región en las celebraciones del Año Nuevo 2021 en el Reino Unido.

El empeño de esos primeros pobladores, que como se dice popularmente habían “batido barro y tumbado la montaña”, sumado a su interés por el bien común, llevaron a don Primo

junto a otros residentes, incluidos mis dos abuelos Ismael Barth Ch. y Alberto León R., a firmar en 1907 la solicitud a don Cleto González V., presidente de la República, para declarar Orotina como cantón. Otro gran logro de estos visionarios y pujantes orotinenses se hizo realidad, en agosto de 1908 Orotina fue declarado cantón por el Congreso de la República. Como dato interesante el vicepresidente del primer Concejo Municipal fue Elías Vargas C., mi tío abuelo por línea materna.

Dos años después de esa declaración, el tren llegó hasta Puntarenas conducido por la misma máquina de vapor María Cecilia, después de 13 años de trabajos. Quedó por fin comunicada la capital del país con ambos litorales mediante ferrocarril. Correrían otros siete años para que Orotina fuera declarada Villa, y diez años para llamarse oficialmente Ciudad en 1918. En 1930 llegó la primera locomotora eléctrica, similar a las que conocí en mi infancia, casi un siglo después del inicio del poblamiento de Orotina, tenían en el techo unas llamativas estructuras plegables que las conectaban al cableado eléctrico. Terminaron así los molestos accidentes en las ropas y equipaje de los pasajeros de los vagones más cercanos a la locomotora, causados por el desprendimiento de chispas y carboncillos encendidos desde las calderas de las antiguas máquinas de vapor, quienes las apagaban con ramitas y otros objetos; se acabaron también los conatos de incendio de

la maleza contigua a la línea férrea, sólo quedaron como testigos los tanques para almacenar agua situados a lo largo de la vía.

En mi infancia el tren era un protagonista cotidiano en la vida del pueblo, su llegada siempre era para mí un acontecimiento, motivo de alegría y regocijo para todos, los vendedores y los niños la detectaban mediante las vibraciones en los rieles antes del sonido inconfundible de su pito: “Viene...vieenee” lo anunciaban a gritos mientras se preparaban con rapidez para ofrecer sus productos. A su paso la gente, principalmente los más chicos, con sus manos al viento saludábamos sonrientes a los desconocidos pasajeros. En ocasiones, cuando los pasajeros eran conocidos y esperados, gracias a la noticia recibida en días previos por telegrama o aviso por radio, corríamos alegres en la misma dirección del tren, con destino a la estación donde se detendría, para ir a recibirlos y ayudarles con el equipaje. Sus máquinas, los coches para pasajeros eran de color azul, decorados con unas líneas que los corrían a lo largo por ambos lados con los colores de la bandera tricolor, su versatilidad como medio de transporte incluía muchos otros tipos de coches, de carga de color rojo, amarillo el coche para el conductor y demás tripulación, operarios de mantenimiento, herramientas y materiales, llamado cabús, también los cisterna, y los de ganado, que frecuentemente dejaban a su paso el característico olor de las boñigas.

Corrales con rampas a la altura de estos vagones permitían subir y bajar los animales. En ocasiones especiales se adornaba con el lujoso y llamativo coche presidencial, como su último coche. Desde su elegante balcón las personalidades de gobierno saludaban a la gente de los sitios por donde pasaba. En una inolvidable ocasión viajé en uno de estos coches, gracias a que acompañaba a mi tío materno Clarenco, miembro de la Junta Directiva del Ferrocarril al Pacífico por varios años.

La línea férrea se ubicaba justo en el centro del pueblo, frente al costado norte del parque José Martí, un busto en su honor colocado en ese costado del parque miraba inexpresivamente el tren pasar. A ambos lados del busto de Martí se alineaban varias palmas reales, erigidas como gigantes de frente al paso del tren saludaban y daban la bienvenida a los pasajeros procedentes de la capital y otros lugares en la ruta, mientras agitaban sus hojas siempre verdes abanicadas por la cálida brisa, colocadas por sus cuatro costados. En las pencas de esas hojas de palmera recogidas del suelo nos deslizábamos cual trineos por las gradas del quiosco ubicado en el centro; en aquel momento los vuelcos, golpes y rasguños nunca fueron motivo para no disfrutar de aquel divertido tobogán.

Mientras escribía este relato creció mi curiosidad, nada extraño en mí, acerca de las razo-

nes por las que el parque tuviera un busto del prócer cubano José Martí y llevara su nombre. En su segundo viaje a Costa Rica en 1894 en calidad de delegado del Partido Revolucionario Cubano, Martí traía la misión de buscar y coordinar apoyo para la culminación de la lucha independentista de Cuba, último bastión de España en América. Debía encontrarse con varios líderes políticos nacionales y cubanos. Decenas de familias habían dejado la isla años antes debido a los conflictos bélicos y políticos; con apoyo gubernamental obtuvieron la cesión de terrenos para desarrollar una zona de Nicoya, Guanacaste, llamada La Mansión.

En su viaje Martí cabalgó hacia Puntarenas por el Camino de las Carretas, en lomo de mula como era la costumbre. En Desmonte de los Montes del Aguacate fue recibido por don Primo Vargas, quien llevó un arbolito de mango criollo que sembraron al lado del camino para rememorar el encuentro. Esa noche se hospedó en la casa de don Primo donde fue agasajado junto a otros influyentes vecinos con comidas propias del lugar: arroz blanco, frijoles, carne mechada, papas con chorizo, plátano maduro, tortillas recién palmeadas y por supuesto con vino, debido a tan especial acontecimiento³. Se dice que conversaron hasta altas horas de la noche y que ese intercambio fortaleció el afán e interés de don Primo para contribuir con el desarrollo de Orotina. A la mañana siguiente Martí continuó con su comitiva

hacia Puntarenas, después de compartir el desayuno con su anfitrión. La relación entre ambos países llegó a ser muy estrecha y en reconocimiento por el apoyo costarricense para la independencia de Cuba, su expresidente Fulgencio Batista donó en 1945 el busto de Martí que fue colocado en el costado norte del Parque. Paradójicamente un busto de don Primo Vargas fue colocado en el parque hasta en el 2014, casi 70 años después.

Frente al costado este del parque se edificó la iglesia, lugar que conserva en el presente. Tal ubicación es también muy frecuente en muchos otros pueblos. Conocí la iglesia antigua, años después sería sustituida por la actual con un diseño más contemporáneo. Su reloj anunciaba cada hora y las medias horas con sonoras campanadas. Campanadas que me acompañaron en algunas noches de insomnio.

Alrededor del parque había varios edificios, algunos los recuerdo muy bien. Al costado sur nuestra escuela, con su elegante fachada con columnas y frontón que semejava algún templo antiguo. Con mucha justicia recibió el nombre de quien donó el terreno: Primo Vargas Valverde, anteriormente llamada Escuela de Varones. En la esquina noroeste del mismo cuadrante sobresalía uno de los pocos edificios de dos plantas, construido en madera, la Jefatura Política, como se denominaba entonces el gobierno local. Lo habían comprado a su propie-

tario un inmigrante que había residido allí. Impresionante por su altura, coronado con grandes aleros y bordeado por amplios corredores con barandas de madera. Su importancia histórica no sería solamente por albergar al gobierno local.

Al costado oeste del parque estaba el cine del pueblo, llamado originalmente Teatro Minerva, como la diosa romana de la sabiduría, el intelecto y las artes, luego rebautizado como Cine Orotina. Ahí disfrutamos de las películas mexicanas y españolas, y sin permiso de nuestros padres, de alguna película de terror; mientras nos deleitábamos comiendo maní tostado o fruta de pan cocinada, que años después supe eran más conocidas como castañas, y conocí y degusté otra fruta del mismo nombre, pero muy diferente, en el Caribe. Al lado sur del cine estaba la casa esquinera de mi tía Catalina y su familia, conocida como Cunina. A mí me parecía muy llamativa, sobre todo por su color rosado intenso, poco común en aquellos años. Construida como muchas de la época sobre pilotes de madera, con sus frescos corredores y barandas de madera.

Como otros parques, el nuestro estaba rodeado por aceras muy amplias, que en fechas festivas eran recorridas como visita obligatoria por los vecinos y sus familias; parejas consolidadas o en ciernes se paseaban y socializaban, o como se decía entonces “daban vueltas en el

parque” y algunas personas jóvenes coqueteaban o “se daban cuerda”, para poder verse de frente los hombres caminaban en un sentido y las mujeres en otro. Frente a su esquina noeste al otro lado de la línea férrea y la calle paralela a la misma, quedaba el Club Social donde en ocasiones especiales después de “dar vueltas y dar cuerda” en el parque, se realizaba algún baile amenizado por la famosa Orquesta Melody, orgullosamente local, aunque también



Desfile de los primeros colegiales del recién fundado Instituto Agropecuario de Orotina al costado sur del Parque José Martí, Orotina, 1963. Se puede apreciar las palmeras reales y arboledas que bordeaban el parque, sus calles de lastre, y al fondo la casa de mi tía Catalina, conocida como Cunina.

(Fuente: Sitio de Gente para recordar)

venían orquestas de ciudades vecinas. En otras ocasiones el baile era en el salón de la Pila Barth ubicada unas cuadras al oeste del parque.

El parque tenía enormes árboles de mango tan antiguos como los almendros que bordeaban sus calles de lastre. Sus follajes verde y dorado regalaban una refrescante sombra a los agradecidos visitantes de paso o mientras descansaban en las bancas o pollos. Muchos de los árboles fueron talados y se construyeron aceras que confluían en el quiosco. Por esas lisas aceras nos divertíamos con patines de cuatro ruedas y patinetas de madera construidas artesanalmente. Algunas noches de verano nos sentábamos en familia en esos pollos a disfrutar el concierto o retreta que la Banda Municipal ejecutaba desde el quiosco los domingos.

La parada el tren en la estación de Orotina desencadenaba una serie de eventos que todos recordaremos siempre. Era de las más prolongadas de la ruta entre San José y Puntarenas, con una duración de 15 a 20 minutos, que eran aprovechados por quienes ofrecían a los pasajeros frutas y comidas, la mayoría eran mujeres, las famosas “venteras”, anunciaban sus ricos platillos con un repetido pregón que sonaba algo así como: “Coooomiida, coooomida”. Ataviadas con coloridos vestidos sobre los cuales lucían limpios y adornados delantales, frecuentemente con pañuelos en cabeza. Llevaban sus productos en canastos, bateas de ma-

dera o palanganas de loza, cubiertos por paños o limpiones que daban una sensación de limpieza y pulcritud por sus tonos claros.



“Venteras” al paso del tren ofrecen a los pasajeros las comidas típicas. Se observa la famosa “gallina achotada”, gallos de papa, de torta de masa o torta del tren y de huevo duro. Orotina, fecha no consignada.

(Fuente: Sitio de Amigos del tren)

La limpieza de los paños contrastaba con el color característico de los gallos de pollo, mejor conocida como “gallina achotada”, o de papa, dado precisamente por el achiote, ingrediente indispensable en ambos platillos típicos, con ese sabor especial de la comida cocinada con leña y servidos sobre tortillas de maíz recién palmeadas eran una delicia. Cuando no

sufría de mareos por el vaivén del tren me deleitaba con estos bocadillos, ambos de mis preferidos; con el calor el caldo achiotado del gallo de gallina que goteaba por la mano y a veces hasta la muñeca me ponía en aprietos para no ensuciar la ropa; para limpiarse las “venteras” daban unos pedazos de papel, el mismo que se usaba para envolver pan, aunque no era muy efectivo. Torta de masa, también llamada “torta del tren”, o huevo duro en tortilla, a veces con repollo fresco que los acompañaba, gallos de torta de huevo, entre otros, eran muy apetecidos y mucha gente los recuerda. Hojas de plátano cubrían y separaban los diferentes bocadillos, su dulcete olor mezclado con el del humo de la leña con que los cocinaban, era la huella aromática que acompañaba el paso de aquellas mujeres emprendedoras.

Pero si por algo era famosa Orotina, y sigue siéndolo, es por la gran variedad de frutas que se cultivan en sus campos, razón que le ha dado el nombre de Ciudad de las Frutas. En los pasillos del tren, andenes o desde la calle las “venteras” ofrecían en curiosas cajitas de madera clara los caimitos, los morados eran más gustados que los verdes; también los marañones, amarillos, rojos o anaranjados, venían muy ordenados en sus cajitas. Sus nueces o semillas tostadas se ofrecían empacadas en llamativas y largas bolsitas transparentes, que los hacía verse como collares y que también eran anunciadas con otro conocido y musical

pregón: “Seeeeemillas, seeeeeemillas”. No faltaban sus famosos aguacates y gran variedad de mangos, la dulce manga, mangos señorita y caribe o manga papa, entre otras, eran ofrecidos por sus vendedores mientras los mostraban de cerca a los potenciales compradores.



Parada del tren en Orotina, se observa las frutas y comida ofrecidas por las “venteras”, al fondo la estación y los carritos o coches en los que se vendía refrescos naturales y granizados. (Fecha no consignada)

Fuente: Sitio de Gente para recordar)

En la calle aledaña al tren, desde carritos con ruedas y techados, se ofrecía en grandes ollas bebidas típicas como frescos de tamarindo, frutas con sirope, horchata y la famosa resbaladera. Los servían con cucharones en vasos de vidrio conocidos como “de casco” por estar decorados con una figura de herradura en el fondo.

Nos gustaba una golosina que jamás volví a ver, les llamaban “alborotos”, hechos de blancos granos de maíz reventados como las palomitas, unidos

por aquel inconfundible color dorado de la miel dulce y espesa de tapa de dulce o tanela, que ayudaba a darle su característica forma redonda, del tamaño de un puño los más grandes. Aunque para hacer justicia no eran de mi pueblo, sino de la zona de Río Grande de Alajuela.

En contraste, menos gratos eran los colores y los ánimos de la gente cuando uno de los trenes, en ocasión especial, se detenía varias cuadras antes de la estación, justo al lado de la iglesia. El motivo era facilitar el descenso de alguien que había fallecido y su ataúd. Rodeado de las lúgubres ropas de quienes lo acompañaban desde la ciudad capital, y de quienes recibían el triste cortejo. Después del emotivo saludo entre abrazos, palmadas y sollozos todos se encaminaban al interior de la iglesia con el ataúd cargado sobre los hombros de algunos más allegados de la persona difunta, y todos compartían el triste ritual funerario.

Después lo trasladaban en hombros, seguido por el cortejo fúnebre, hasta el cementerio, situado varias cuadras al oeste, paradójicamente al costado de la vía férrea que traía vida al pueblo. Recuerdo vivamente que así esperamos y vimos llegar a mi abuelo paterno Beto en su último viaje en tren.

A propósito, acuden a mi memoria las visitas que hacía mi mamá a vecinos enfermos de gravedad o donde había fallecido algún miembro de la familia. De su mano viví en varias

ocasiones momentos de dolor y tristeza de mucha gente del pueblo, también fui testigo de alguna ayuda económica que daba a familias más pobres, casi siempre “a escondidas de tu papá”, según me decía ella. Nunca tuve claro por qué me elegía para acompañarla a estas visitas tan especiales.

Otro sitio emblemático era el Mercado, una cuadra al norte del parque. De forma cuadrada ocupaba casi toda la manzana, contaba con amplias puertas corredizas, una en cada costado que se abrían a plazoletas tanto al oeste como al este y hacia una acera en los otros dos lados. Sus paredes terminaban con espacios abiertos, protegidos por barras de metal que, junto con sus altos techos de dos niveles, contribuían a paliar el calor predominante casi todo el año. Con sus ciento trece años ha sido restaurado gracias al proyecto que ganó el certamen Salvemos Nuestro Patrimonio Histórico Arquitectónico del Ministerio de Cultura y Juventud.

En lo personal tenía un significado muy especial, en toda su esquina suroeste estaba la tienda de don Mario y doña Yolanda, mis queridos e inolvidables padres, mamá era conocida en el ambiente del mercado simplemente como “Doña”. En un corto periodo estuvo en un bonito edificio que aún existe, con molduras que imitan columnas, en la esquina sureste de la plazoleta este, donde actualmente hay una panadería.

Durante mucho tiempo fue la tienda más grande y surtida de Orotina, donde venía a hacer sus compras gente del centro, pueblos alejados y del vecino cantón de San Mateo y sus distritos; pero también de sitios más alejados, como de la región de Tárcoles y Jacó en la costa, también de sitios cercanos a alguna estación en el trayecto del tren como Concepción y Quebradas para los vecinos de Turrubares. Se vendía telas de diversa calidad, desde los “fulares” y mantas teñidas, que eran las más baratas, hasta los muy utilizados “armys” para confeccionar pantalones de trabajo y finos casimires para los pantalones de vestir o uniformes de escuela; ropa confeccionada, zapatos, los “burros” de trabajo y los llamados de vestir, sandalias, unas llamadas playeras eran muy buscadas por las señoras; artículos de bazar, pasamanería, productos de aseo personal, cosméticos mostrados en altas vitrinas de vidrio, que aún reviven los agradables aromas que brotaban al abrir sus puertas, también de vidrio. Y no faltaban productos de temporada como los útiles escolares, regalos para el Día de la Madre y Navidad. Años después también se ofrecía muebles y electrodomésticos.

Todavía mucha gente recuerda el primer televisor en blanco y negro que llegó al pueblo, allá por 1963, comprado por papá en algún almacén en San José, poco después de que se había iniciado la transmisión nacional. Era colocado en una de las puertas de nuestra tien-

da, con la pantalla hacia la plazoleta oeste, lo cual permitía que la gente amontonada y sorprendida pudiera mirar las fábulas o caricaturas de la época a partir de las cinco de la tarde. Las Urracas parlanchinas desataban carcajadas, asombro las hazañas siempre ganadoras contra los gatunos villanos de Super Ratón que la gente aplaudía con algarabía y hacía comentarios llenos de emoción. La serie conocida popularmente como el Show de Lucy era una de las preferidas. Otra serie que cautivó a la teleaudiencia local, y creo que en todo el país, fue Lassie, protagonizada por una perra collie muy bien entrenada. Las transmisiones eran limitadas, solo un canal, de 4:30 pm a 10:00 pm de lunes a sábado. Generalmente la función terminaba con el cierre de nuestra tienda; en ocasiones cuando papá iba en la noche lo conectaba un rato para mayor deleite de la gente. Un televisor como éste costaba poco más de 1000 colones, mucho más barato que lo que cuesta ahora un combo de comida chatarra.

Otro novedoso artículo que llevó mi visionario papá para un Día de las Madres, fue unos platos, planos y hondos de vidrio ámbar claro, similar al de los pírexs, con una condición muy especial pues eran irrompibles. Para mostrarlos y sorprender a algunos clientes mi papá se los daba en sus manos y de repente se los tiraba al piso con un rápido e inesperado manotazo: “¡Ayyy María Santísimaaaa!”, “Ahora sí, don Mario”, no faltó un “Jueputaaa... ¿y ahora

qué hagooo?” como reacciones ante el supuesto accidente, luego la sorpresa de todos, al comprobar que rebotaban en el suelo sin sufrir ninguna fisura, ni romperse en pedazos. A mí me hacían muchísima gracia estas expresiones y las caras que hacían, seguidas de carcajadas por todos los presentes. No recuerdo si esta estrategia sorpresiva de mercadeo fue efectiva para venderlos, pero no hay duda eso sí que nos divertía a todos.

Muy gratos recuerdos tengo de la época de vacaciones escolares de fin y principio de año, cuando toda la familia nos uníamos al quehacer de la tienda familiar, principalmente a finales del año, cada diciembre. Uno de los momentos que más me agradaba era cuando llegaban los agentes vendedores de la capital, sus enormes maletas de cuero que abrían sobre el mostrador o urna, y mi papá me sentaba junto a ellas. Algunos traían muchos juguetes lindos y sorprendentes, mucho más atractivos para mí que otras mercaderías que ofrecían para las festividades de fin de año.

El mercado me era muy familiar, no solo por la tienda de mis papás, allí también estaban locales comerciales de varios parientes. Al frente de nuestra tienda, hacia la derecha, el tramo de doña María y sus hijos, primos nuestros, la pulpería de mi tío Manuel, conocido como Chayo y la carnicería de mi tío Omar, conocido

como Marzo o Marcito, estaban cercanas hacia la izquierda; más alejados el bazar de mi tía



Mercado Municipal de Orotina. Nótese el anuncio de la cantina La Lucha y al fondo el bazar de los Succar, procedentes de El Líbano. En la plazoleta este se ubicó por muchos años las paradas de buses.

Circa 1965. (Fuente: Sitio Amigos del tren de Orotina)

Catalina, conocida como Cunina, y la tienda de mi tía política Zeneida, lo cual hacía del lugar, literalmente, un sitio de familia. Todas las semanas yo recogía en la oficina de Correos el paquete de revistas que mi tía Cunina compraba en la Casa de las Revistas, así podía comprar de primero las revistas de Superman, Batman, Flash, Chanoc, la Pequeña Lulú, Archie y Cuentos de la Cripta, mis preferidas. En la esquina noroeste, al otro extremo del mismo pa-

sillo de nuestra tienda estaba el bazar de don Luis Succar y doña María, su esposa, procedentes de un lejano y desconocido Líbano, una muestra del carácter cosmopolita del pueblo. En otro local, cerca de una de las puertas que abrían al sur, estaba la soda de doña Deidamia, allí comprábamos los deliciosos y originales helados de palito de natilla con frutas, ricos frescos de frutas, crema o resbaladera, al igual que sus deliciosos gallos y empanadas.

En este costado sur, separadas del Mercado por una ancha acera, se ubicaban varias casas muy sencillas de madera, pasaje conocido con un nombre desagradable que prefiero no repetir. Ahí vivían dos familias muy cercanas a nosotros, los Sandoval Umaña, familia numerosa, como es propio de la pobreza. Algunos de sus hijos e hijas fueron amigos fraternos muy queridos nuestros, compañeros de juegos, paseos y travesuras: Magaly, Juan Carlos, conocido como "Talo", Jorge Luis, conocido como "Cholís" y Marisol entre los más allegados. Mi mamá les ayudaba de muchas maneras, principalmente al inicio del curso lectivo, las primeras comuniones, muy importantes para ella, y en Navidad. La penumbra y un penetrante olor a humo del fogón reinaban en su casa. La otra familia, los Montero Sandí fue también muy cercana, Luis Joaquín o "Pincho", uno de sus hijos, fue compañero de escuela de Roberto mi hermano y desde entonces amigos entrañables de toda la vida.

La zona de la cantina La Lucha en su esquina noreste estaba un poco vedada para los niños. Pero de la tienda o desde los pasillos escuché muchos de los boleros y música ranchera en boga. Virgen Negra, Si Dios me quita la vida, Tú y las nubes, Fallaste corazón y Gorrioncillo pecho amarillo de los mejicanos Pedro Infante y Antonio Aceves Mejía, Sombras, Virgen de Media Noche, y algunas famosas e inolvidables del gran cantante nacional Gilberto Hernández como Recordando mi puerto y Porque te quiero tanto me voy, son algunas que acuden a mi memoria con alegría y nostalgia.

Finalizado diciembre teníamos tiempo para vivir las vacaciones con más libertad, una de las épocas que más disfrutábamos, al igual que la mayoría de los niños. La visita al balneario la Pila Barth, propiedad de unos primos, era una de las actividades frecuentes.

Los paseos a diferentes pozas del río Machuca, eran casi a diario. Usualmente íbamos caminando mi hermano menor Roberto y amigos, en ocasiones parientes que llegaban de visita en vacaciones, principalmente mis primas Roxana y Lilliana; otras veces íbamos en el viejo bus o cazadora.

El río Machuca también era el destino del paseo familiar del domingo. Íbamos con papá y mamá, mis hermanas mayores Seydi, Jenny y Eida que para entonces vivían en San José por motivo de estudios, pero que pasaban sus

vacaciones en Orotina. Rara vez nos acompañaba mi hermano mayor Carlos Alberto, pues en esa época inició el ejercicio de su profesión como médico en la capital. Muchas veces se sumaba mi querida tía Lilliam, algunos primos y amigos. Allí disfrutábamos de un refrescante chapuzón y de un delicioso almuerzo, arroz con pollo, gallos de frijol, de huevo duro, de torta de huevo o chuletas de cerdo con papas, todo nos sabía delicioso, a pesar de que estaba a temperatura ambiente, no faltaban los refrescos gaseosos de la fábrica local Del Castillo, sentados a la orilla del río sobre sus piedras o en la arena de sus playones.

También frecuentábamos otras pozas de quebradas cercanas al centro del pueblo, a través de terrenos recién arados de fincas que se preparaban para la siembra, donde encontramos piezas antiguas de cerámica, generalmente en pedazos, herencia de los pobladores originarios de la zona.

Las temporadas en playa Jacó eran de las experiencias que más disfrutábamos, en familia, con amigos y otros parientes cercanos, literalmente nos íbamos a vivir durante varias semanas. Fue una de las vivencias más placenteras en mi niñez y años después. El viaje era toda una travesía que ameritaba mucha planificación y paciencia, debido a la limitada oferta de artículos y víveres en Jacó. Las grandes filas de vehículos para cruzar el río Tárcoles en la

llamada “Barca”, una especie de ferry artesanal muy pequeño, movido por fuerza humana que tiraba de un cable de acero anclado en ambas riberas del río, a veces un bote con motor contribuía a impulsarlo, todo era parte de la aventura. Mi papá colaboró, como miembro voluntario de la Junta Administrativa de la Barca, durante varios años.



La “Barca”, ferry o balsa artesanal que atravesaba el río Tárcoles. Nótese la gran fila de vehículos, la mayoría todo terreno, necesarios para las calles de entonces. Quizás alguno era el nuestro.

(Fecha no consignada. Fuente: Sitio Gente para Recordar)

Gracias a la generosidad de mi tío materno Oscar, entonces propietario de la Hacienda Jacó, quien obsequió lotes a sus hermanos y her-

manas, tuvimos un rancho de paja frente a la playa, muy fresco, a la usanza tradicional de la zona. Sus paredes de caña permitían entrar, además de la brisa marina y el sol o la luna, otros visitantes menos gratos. Debo confesar que les tenía pánico a los abominables cangrejos negros con rojo que invadían todo a su paso hacia el mar en época reproductiva; les temía a los enormes sapos, murciélagos e insectos que hacían que mis noches de sustos, contrastaran con las gratas actividades, aventuras y vivencias durante el día. A pesar de ello y de la falta de electricidad, cañería y otros servicios, lo pasábamos de película. Las enormes fogatas en la playa y los bailes en el Salón La Central eran parte de la temporada, que usualmente se extendía por un mes. Papá se quedaba a cargo de la tienda y llegaba los fines de semana. Años después logramos construir una casa de playa que trajo más comodidad para todos y más tranquilidad a mis noches.

Sus espectaculares atardeceres eran motivo de gran disfrute desde la playa. Al alegre llamado de mamá todos acudíamos para vivir aquellos especiales y mágicos momentos, extasiados, casi en silencio como si se tratase de un ritual. De una belleza diferente cada día, con sus tonos cálidos, que evolucionaban mientras el sol era devorado lentamente por el horizonte; yo los gozaba con esa paz y espiritualidad primigenia propia de la naturaleza. Desde

entonces disfruto de esos mágicos momentos del atardecer siempre que tengo oportunidad.

En las noches de vacaciones nos gustaba sentarnos en alguna de las bancas esquineras del parque llamadas medias luna, por su forma semicircular, que precisamente por ello eran muy propicias para jugar y conversar con amigos y primos. Cuando tuvimos más edad, nos quedábamos hasta la madrugada para comprar y saborear el oloroso y humeante pan recién horneado de una de las dos panaderías del pueblo. Era tan seguro que no necesitábamos compañía de personas adultas.

Siempre he sido muy curioso, desde que recuerdo me atraía conocer sobre muchos temas, más aún si eran temas extraños. Un día, no sé cómo, escuché que mi primo Walter Barth que curaba con terapias con aguas que él preparaba y embotellaba, también realizaba sesiones espiritistas para comunicarse con los espíritus de sus maestros o de gente que había fallecido. Entonces una noche, arreglé con antelación para que me permitiera participar en uno de aquellos misteriosos y, por tanto, tan atractivos eventos; en complicidad con mi hermano Roberto, cerramos por dentro la puerta de nuestro dormitorio y me salí por la ventana para que no me vieran, principalmente mi mamá, que sin duda nunca lo hubiera permitido. Me dirigí hasta la casa donde mi primo realiza las sesiones, contigua al balneario y centro

social de mis primos, a unas seis cuabras de nuestra casa.

Una casa vieja de madera sobre pilotes, a la que se entraba por una puerta lateral con gradas de madera, como su piso y paredes. En estas se veían fotografías enmarcadas de los maestros, hombres de piel oscura y ataviados con turbantes. En un aposento varias personas sentadas en círculo me saludaron y me senté con ellos. En una silla principal mi primo Walter dirigía la sesión. En el centro sobre el piso una candela encendida, unas tijeras abiertas y un vaso con agua, cuyo significado nadie mencionó, ni me atreví a preguntar. Él repetía palabras en alguna lengua que no entendí y de repente entró en una especie de sueño o trance, los asistentes preguntaban y los espíritus respondían lentamente mediante la boca de mi primo, algunos decían ver figuras en el vaso con agua. Yo permanecía mudo y por más esfuerzo que hacía no lograba ver más que la luz de la vela reflejada en el agua. Sorpresivamente, en un momento de silencio, se escuchó estruendos en el techo y en las paredes de madera. Eran los espíritus que enojados golpeaban la casa a garrotazos, interpretó mi mente infantil; no recuerdo si me despedí, solo recuerdo que con el corazón que se me quería salir del pecho y en un tiempo que no sentí, pues pasó volando, estaba en casa. Entré por la ventana. Mi hermano sorprendido me preguntó que había sucedido. Yo con respiración entre-

cortada le dije nada...nada. No le confesé el enorme susto que me había llevado. A pesar de que después, ya más calmado, supe que había sido un temblor que, por la sacudida, había provocado aquel estruendo que me llenó de pánico, nunca regresé a aquellas sesiones.

La casa donde vivíamos era muy céntrica. A escasos metros de la esquina suroeste del parque, diagonal a la Jefatura Política, justo al lado de la casa esquinera de mi abuela paterna; casa de madera sobre pilotes, con amplios corredores bordeados de barandas también de madera. Allí vivieron mi tío Manuel, conocido como Chayo, Flory su señora y mis primas. También allí vivió mi abuela Catalina sus últimos años, y en un apartamento construido en la misma, mis inseparables tías Adelisa y Apolonia, conocidas cariñosamente como Licha y Poncha.

La escuela quedaba muy cerca, a poco más de una cuadra. La iglesia estaba como a cuadra y media, sus campanadas anunciaban la hora y las medias horas. Campanadas que me acompañaron en algunas de mis noches de insomnio infantil, entre visiones o sueños de terror. Figuras como brujas que se transformaban en enormes gallinas y viceversa, se movían con gran rapidez, atravesaban el dormitorio y se ocultaban debajo de las camas, junto a otras figuras diabólicas. Por momentos sentía que la cama temblaba, daba saltos o giraba en el aire, en otras ocasiones sentía que me jalaban el cabello, con

algo que no sé si eran picos de las gallinas o garras de las brujas o los demonios, ocultos detrás del respaldar de la cama. Por ello me acostumbré a alejar la almohada del respaldar, para estar más lejos de aquellas horrendas criaturas. Además en mis oraciones antes de dormir pedía que la cama no me diera vueltas, ni me jalaran el pelo. De adulto supe que tales criaturas eran obra inconsciente de mi propia mente, debido a la fuerte religiosidad tradicional que se vivía en nuestra casa, principalmente por mamá, la estricta educación religiosa, que nos daba la Niña Betina, maestra de religión en la escuela, y por las enseñanza del Catecismo como requisito y preparación para la Primera comunión; el conflicto se generaba entre la culpa, el pecado, la consecuente amenaza del diablo y del siempre presente infierno, por un lado, y el despertar natural de mi sexualidad puberal, por el otro.

En la escuela Primo Vargas V. cursé casi toda la educación primaria. Varias de sus mejores maestras y su directora eran mis parientes. La prima doña Laura León de Guevara era la directora, mi tía Lilliam, y mis primas Gladys y Ligia Barth estaban entre las maestras más buscadas por los padres. Había otros muchos excelentes maestras y maestros.

Tía Lilliam mi madrina fue maestra durante varios años, además de su gran conocimiento en muchas de las materias, sabía lograr el necesario equilibrio entre la disciplina, tan utili-

zada en esos años como parte de la educación, con un clima de confianza entre sus estudiantes. Por ser la única escuela pública, allí compartíamos quienes usábamos zapatos y lindos bultos de cuero oloroso decorado con figuras talladas, adquiridos en San José, con quienes asistían descalzos y que llevaban sus útiles en la mano o en bolsas plásticas. Ante esa heterogeneidad y desigualdad entre sus estudiantes siempre nos inculcaba el respeto a la igualdad y otros valores humanistas y de convivencia: “Nunca hagás a otros lo que no te gustaría que te hagan” solía repetir. Vivencias que calaron en mí para siempre.

La Fiesta de la Alegría era todo un acontecimiento al finalizar el curso lectivo; se planeaba desde principio del año, mediante contribuciones y rifas se recolectaba el dinero necesario. Para mi tía Lilliam era importante aprovechar la oportunidad para hacer regalos útiles, como parte de la actividad. Además de deliciosa comida, arroz con pollo, papas tostadas y algún refresco de sirope o de alguna fruta propia de la zona, al final a todos nos daba un regalo muy preciado: una novela. “La lectura da poder, amplía la cultura, brinda conocimiento de otros lugares y de nuestra lengua materna”, solía decir. Para entregarlo llamaba a cada estudiante por su nombre y apellidos y su satisfacción era evidente y alegraba su rostro, usualmente serio, con una amplia sonrisa.

El primero que recibí, al final del cuarto grado, fue Heydi de Johanna Spiry, que me enseñó sobre las relaciones humanas, el amor a los animales, a la naturaleza, me transportó a paisajes de montes nevados, a grandes ciudades distantes que no conocía. El año siguiente recibí Las aventuras de Tom Sawyer de Marck Twain. Las posibilidades de vivir otros sitios, personajes y aventuras se hacían cada vez más amplias y enriquecedoras, mi curiosidad e imaginación hacían el resto; indudablemente fue uno de los principales estímulos que tuve para la lectura, y me convirtió en un viajero de la narrativa, que aún es uno de mis pasatiempos favoritos.

La música y los programas de radio siempre me atrajeron también, un radio de transistores, de los que se vendía en nuestra tienda, se convirtió en mi amigo inseparable durante las lecturas, en mi tiempo libre y antes de dormir. Otro recurso para conocer y dejar volar la imaginación. Mi generoso papá me lo cambiaba por uno nuevo cuando se dañaba.

Mi maestro de música fue Fernando Cordero M., gran músico y compositor orotinense, autor de muchas piezas, entre ellas el bolero Mi bella Orotina que introduce este relato. También era integrante de la Banda Municipal y de la Orquesta Melody, al igual que mi tío Guillermo, mejor conocido como Memo, que tocaba el saxofón, sus notas y mis emociones se juntaban. Recuerdo otros músicos también, a Juan

Paniagua y sus hijos. Paniuagüita, como le decíamos cariñosamente, trabajó un tiempo con papá y fueron muy amigos siempre.

Los festejos patronales se celebraban a lo grande, bailes, toros, carreras de cintas, rifas y juegos atraían a todo el pueblo. A principios de agosto, debido al santoral del patrono religioso de Orotina, y creo que también porque en agosto fue declarado cantón. En una ocasión mi prima Marjorie resultó electa Reina de los Festejos. El baile de su coronación me traería una sorpresa inolvidable. Mi tía Cunina lo sugirió a mis papás, quienes estuvieron de acuerdo, yo sería el paje que desfilaría con la Reina cargando su corona, otro paje le llevaría el centro. Mi espera terminó, llegó la gran noche, todo ilusionado pude estrenar el traje que especialmente me habían confeccionado bajo la dirección de mi hermana Seydi: boina de terciopelo, camisa blanca con vuelos en la pechera y mangas, guantes blancos, una corta capa, chaleco y pantalones cortos bombachos también de terciopelo, medias blancas tipo mallas cubrían mis piernas y terminaba el atuendo con zapatos negros adornados con hebillas de cartón forradas con papel metálico dorado. Me sentía como un personaje salido de alguno de los cuentos mágicos que me gustaba leer. La corona sobre un almohadón de terciopelo fue asegurada con unas puntadas, para que no fuese a caer mientras desfilábamos. Empezó el desfile. Recorrí lentamente el salón de madera

rústica, adornado con guirnaldas de papel china de colores, sobre una alfombra roja, mientras la Orquesta Melody interpretaba alguna marcha triunfal usada en esas ocasiones, “Taraantantarán...tararaánrarán...tararaaaánrarrann...tararaaaán”. El recorrido detrás de mi prima se me hizo eterno.



Baile de coronación de mi prima Marjorie como reina de los festejos patronales de 1964. La reina con sus damas, acompañantes y yo con mi vestido de paje. En esta foto aún la corona está en el almohadón en mis manos y todavía no ha ocurrido el incidente inesperado que describo en el texto.

(Orotina, 1964).

Ella muy elegante con su vestido de raso con encaje, elegantes mitones blancos hasta los codos y su larga capa roja bordeada de algún adorno algodónoso de color blanco que termi-

naba en una especie de cuello alto y rígido sobre su espalda. Yo consciente de la mirada de la gente alrededor trataba de concentrarme en mis pasos y la corona, evitaba tropezarme en la rústica superficie de los tablones de madera de la pista, la alfombra dificultaba más la marcha. Por fin llegué al trono de alto respaldar, sus bordes decorados con un adorno algodonoso similar al de la capa de mi prima; me coloqué al lado izquierdo de la reina, frente a sus elegantes damas y caballeros acompañantes, como me indicaron. Entonces ocurrió lo imprevisto. Cuando intentaron tomar la corona del almohadón que yo sostenía con ambas manos, tuvieron dificultad para desprender las puntadas que la aseguraban. Yo mientras aparentaba normalidad, sostenía con fuerza el almohadón. La gente interrumpió con risas el silencio expectante inicial, mientras continuaba el forcejeo. Hasta que lograron liberar la corona y el acto de coronación pudo continuar según lo planeado; acto seguido dio inicio el bailongo, previas fotografías de rigor para tan especial ocasión. Una experiencia inolvidable a mis escasos diez años. Mi primera fiesta de gente grande.

Nuestra casa tenía un gran patio, al menos así lo percibía yo de niño, con muchos árboles como era común, un par de mango, uno de aguacate y un almendro habitaban buena parte de este. Las ramas de un tamarindo traspasaban la cerca de mi abuela y cubrían parte de nuestro patio. Tenía un corredor o terraza muy

fresco rodeado de jardineras, muchas de ellas con chinas y loterías, que le gustaban mucho a mamá, se podía entrar directamente desde la acera, a cada lado dos arbustos de mirto, sembrados por ella, perfumaban el lugar con sus aromáticas florecillas blancas.

En la calle frente a la casa disfrutamos de juegos de la época como Ambo, Doña Ana, Punto al tarro, Purito, Bate, Quedó en su versión regular y el denominado Quedó quemado, y otros propios de nuestro ingenio e imaginación de niños.

La Jefatura Política me trae a la memoria jóvenes y niños ensayando música por las tardes y noches, que se escuchaba desde la casa. Otra evidencia del interés permanente por la música en mi pueblo. Al lado de ésta se encontraba la cárcel, casi al frente de nuestra casa. Desde allí escuchábamos sonidos menos gratos: los reclamos y gritos, algunos vociferando o maldiciendo, pidiendo libertad, agua, comida o un trago, de las personas recluidas en la cárcel, generalmente detenidas por ebriedad por poco tiempo. El edificio era muy diferente al resto, de fachada sobria, blanqueada con cal, y con molduras arriba de su gran puerta de dos hojas de madera y sus dos ventanas frontales, para entonces clausuradas, y una especie de frontón coronado con sus respectivas cornisas.

En el mismo edificio de la Jefatura Política comenzó temporalmente el Colegio de Orotina

en 1962 con poco más de cien estudiantes, entonces Instituto Agropecuario de Orotina. En el segundo Comité pro este Colegio estuvieron como integrantes mi papá, una tía y una prima, ambas educadoras, entre muchos más ciudadanos solidarios que hacían sus funciones de manera voluntaria.

La polvareda café que cubría las calles en la estación seca era invadida en invierno, con ayuda de nuestra fantasía infantil, por cientos de pequeños y mojados soldaditos achocolatados, que no cesaban de marchar y saltar sacudidos por las grandes gotas de lluvia. El follaje de los almendros abundaba en la orilla de las calles, además en la calle frente a nuestra casa unas frondosas veraneras que había sembrado mamá. Sabiduría popular muy efectiva para adornar las calles y para paliar los insoportables calores de abril y marzo. Años después aquellos árboles y plantas fueron talados. Tanto el polvo como los soldaditos de agua fueron cubiertos por el moderno, oscuro y caluroso asfalto. Hubo fuerte oposición de muchos vecinos, incluida mi mamá, pero resultó ganador el imparable movimiento de la modernidad

Después de cursar mi primer año en el nuevo colegio, me trasladé a San José, para continuar los estudios secundarios y universitarios, al igual que mis hermanos mayores. Mis papás siempre procuraron una mejor educación para nosotros, a pesar de su escasa educación for-

mal. Sólo volvía en vacaciones o de paso a la casa de playa en Jacó.

Con una agradable mezcla de orgullo y algo de nostalgia, concluyo este reencuentro con aquella Orotina de mi niñez. Ha cambiado mucho desde entonces, pero su cielo permanece igual, de un celeste luminoso en verano, salpicado por el ruidoso piar de las bandadas de pericos, oscuro durante sus típicas tormentas eléctricas y temporales en invierno, cuando densas nubes plomizas se iluminan ruidosamente por los rayos y relámpagos, mientras “garrotes de agua golpean los cerros”, el pueblo y sus alrededores, como dice la canción de Mal País.

Con los años el tren dejó de alegrar la vida del pueblo. El edificio de madera de la Jefatura Política, ahora Municipalidad de Orotina, se transformó en uno de concreto. El antiguo edificio de la cárcel ya no existe. La linda y llamativa casa rosada de tía Cunina con sus alrededores desapareció, en su lugar se levanta el edificio del Banco Nacional.

El querido y familiar Mercado Municipal estrenó su reciente restauración varios años después de su centenario. Los trabajos comenzaron en la plazoleta oeste, precisamente donde muchos orotinenses amontonados y sorprendidos gritaron y aplaudieron mientras veían por primera vez las Urracas parlanchinas, Super Ratón, el Show de Lucy y Lassie en un televi-

sor en blanco y negro desde una puerta de la tienda de don Mario y doña Yolanda.

Nuestra casa, con sus árboles del patio, los mirtos y las loterías de mamá, y la parte más cercana de la casa de mi abuela Catalina, con su enorme árbol de tamarindo, han sido sustituidos recientemente por un flamante centro comercial con un diseño muy contemporáneo. Allá quedaron amores, juegos, temores y fantasías de mi niñez.

Mario Leon Barth

Notas

1. La letra de Mi bella Orotina la obtuve gracias a Luis Carlos Cordero, hijo de su autor, excompañero de escuela, quien me autorizó a utilizarla en la introducción del presente relato.
2. Existe dos fechas diferentes respecto a la primera vez que el tren llegó a Orotina, Fadrique Hernández afirma fue en el año 1904, mientras Mariano Arce Vargas señala que fue en 1902. Elegí 1904 por considerarlo más adecuado en el contexto temporal de otros hechos relacionados.
3. Armando Vargas Araya, La huella imborrable. Las dos visitas de José Martí a Costa Rica 1893 y 1894. San José, Costa Rica, Ediciones EUNED, 2008.

Eran tiempos más tranquilos.

Nací en San Francisco de Dos Ríos, la curiosidad por conocer cómo vivían mis abuelos, por los años treinta, inspiró este relato.

La propiedad de ellos estaba cercana a la iglesia, al este. Era tierra de cafetales, un pueblo pintoresco, de personas sencillas y trabajadoras.

La vivienda estaba construida en bahareque de veinticinco metros de ancho, allí vivían mi bisabuela, los abuelos y cinco hijos. La casa poseía aposentos grandes, las ventanas eran de madera, se dormía en esteras. En esa época el piso era de tierra, cuando lo barrían le rociaban agua para que no levantara polvo. Afuera en un lugar sombrío había una pila con un tanque muy hondo, a un lado el metate para moler el maíz dedicado para hacer tortillas; guindando en la pared descolorida había canastos, vinchas de cuero para sostenerlos, ollas de hierro, comales, cuchillos para chapear y cortar los racimos de plátanos, la cubierta del cuchillo tenía una doble función, también la usaban para castigar.

Tenían cocina de lata para cocinar con leña, guardaban las cenizas para lavar los utensilios que usaban. Todos los días, como a las cuatro de la mañana, con unas ramitas finas para que quemaran rápido, encendían el fuego, había que preparar el café y el almuerzo para co-

menzar con las labores en los cafetales, ya fuera coger café o palear (que consistía en escarbar o limpiar los cafetales o sembradíos).

El sol hacía resplandecer los sutiles verdes de los cafetos y el rojo intenso de sus racimos. Cuando sus cuerpos estaban curtidos por el trabajo, soltaban sus canastos y se disponían a almorzar en un lugar tranquilo bajo la sombra, pues la mañana se había vuelto dorada. Desenvolvían las hojas de plátano donde llevaban el almuerzo; ponían una tortilla con frijol, la siguiente con arroz, luego otra con picadillo, otra con plátano y la última coronando una torta de huevo, lo acompañaban con agua dulce o café.

Uno de los que se preparaba para almorzar recogió un cuchillo que habían dejado olvidado, parecía que deliraba de tanta hambre y creaba una fantasía diciendo:

*El cuchillo parece imponerse en su frenesí,
al formar una orquesta;
con cada herramienta que sirva para trabajar,
la pala, el pico, la lima, delantal, machete;
creando una sinfonía que brota
en cada movimiento,
al esponjar la tierra
al abrir surcos
al ser afilados
al secar el sudor
en medio de todos sus sonidos
se unen y ejecutan un final mágico;
al recoger el fruto de su trabajo.*

En la casa tenían gallinas que andaban por el cerco escarbando, libres sin encierro, pues no tenían perro para corretearlas; porqué al abuelo no le gustaban. Sembraban café, plátanos, guineos y siempre había una chayotera.

Y así pasaban las horas donde hacían caso omiso a sus emociones para aventurarse a la vida como una lucha.

El café recolectado en la casa lo llevaban a un beneficio ubicado en la Hacienda la Pacifica sitio con hermosos caminos rodeados de unos frondosos árboles. Pasaba por esta propiedad el Río Tiribí, había un puente de hamaca, pozas de agua cristalina donde iban a bañarse, rodeadas de gran cantidad de vegetación.

Para el día del santo patrono, San Francisco de Asís, festividad que se celebra en octubre, se sentía un fervoroso entusiasmo. Los vecinos encalaban las casas para que lucieran bonitas; y se llevaba a cabo una novena en la iglesia. Hacían una procesión el día cuatro del mismo mes, con una misa conmemorativa y luego había un juego de pólvora con cimarrona.

Al acercarse la Navidad, familias enteras iban a la montaña a recoger lana y parasitas; para hacer el portal se escogía un lugar como de metro y medio. El pasito medía como treinta centímetros: con caminitos de aserrín de varios colores, figuritas como gallos, ovejas, gallinitas, perros; para dar aroma al portal se ponía un

cohombro, el cual es un fruto alargado, puede ser de color rojo, morado o negro. Se realizaba una novena al niño Jesús, llegaba un rezador de Desamparados como a las seis de la tarde.

Mis abuelos invitaban a los vecinos más cercanos, para tal ocasión encendían el horno de barro, la bisabuela y la abuela se daban a la tarea de preparar bizcocho, pan dulce y chicha que ponían a fermentar en un cántaro de barro.

Con ese olor a pan recién horneado.

A plegaria desbordada.

Niños contentos.

Noche descansada.

Tertulia cordial.

Llega a su fin un día de fiesta.

Eran tiempos más tranquilos.

Mendez Anchía ME

Un martinico travieso

Córdoba, mi ciudad, con muchos siglos, y cada uno, dejó su impronta. Sus costumbres, los monumentos, los palacios, las simples casas, llenas de misterios, leyendas de brujas, espantos y reyes moros con sus tesoros escondidos.

Cuando era pequeña viví en una de esas casas. Era un palacio, viejo, había pertenecido a un obispo y sobre uno de los muros tenía un crucifijo de piedra que le dio el nombre de Casa del Crucifijo, y con el tiempo, también dio el nombre a la callejuela de piedras y losas, donde se encontraba. Quiero aclarar que no era la única, en frente había otra, La casa del Escudo, pero bueno me interesa contarles la leyenda, bueno una de las leyendas pues contarlas todas harían de este un libro grande. Así que resumiendo voy a contar una de las misteriosas historias de la casa que era nuestra desde mi bisabuelo y que cuando nosotros la vendimos, aún estuvo mucho tiempo vacía derrumbándose de a poquitos hasta que solo quedó la fachada con su puerta de doble madera pesada y su llamador de argolla de hierro, y por supuesto, su crucifijo de piedra.

Cuando era pequeña vivimos sin televisión, leer y oír la radio era la diversión de la que disponíamos. Mi papá había heredado de mi abuelo todos los cuentos de la saca del crucifijo, y si me apuran de todas las de esa ciudad.

Por la noche, cuando ya estábamos en la cama o a punto de irnos a dormir mi papa empezaba a relatarnos a mi hermana y a mi las leyendas sobre todo lo que el abuelo había vivido.

No conocí a mi abuelo pero era un señor muy pintoresco, fue un militar y estuvo casi toda la juventud, a caballo entre Córdoba y Granada, con lo cual, aparte de las leyendas, heredamos un gran amor por Granada y por supuesto sus leyendas. Pero volvamos a Córdoba, y por supuesto, a la Casa del Crucifijo, que fue mi hogar hasta los dieciséis años. En esta casa, por supuesto, había un martinico, un duendecillo travieso y bastante bipolar, porque a veces era bueno y a veces era malo. En Córdoba, era normal que toda casa antigua tuviera uno, sino no había misterio, ni que contar por la noche. Bueno el nuestro, mejor dicho el del abuelo, era uno travieso, si se le hablaba con afecto era bueno, pero si se le renia por coger o romper algo era peligroso. Por eso, según mi papa, el abuelo siempre le pedía las cosas que el martinico escondía, de la manera mas afectuosa, la formula era si:

- Martinico precioso, bonito, por tu gran sabiduría encuéntrame lo que perdí...

Y claro solía a veces, solo a veces, devolver lo que escondía, sino podían pasar meses y no lo devolvía: si eran objetos de oro, según mi abuelo, jamas los devolvía.

Una noche, estando solo mi abuelo se le materializo el martinico, como un enanillo saltarin y ruidoso, y mi abuelo en vez de asustarse, eso era lo peor que se podía hacer, no debía demostrarse miedo. Le saludo con cariño y le pregunto con amabilidad que se le ofrecía. El martinico le respondió que estaba aburrido y se iba a otra casa. pero como el había sido amable le iba a premiar y le contó que hacia muchísimos años allí vivió un judío que tenia muchos tesoros escondidos, pero sus hijos codiciosos se los querían robar, como se dio cuenta lo mataron y lo tiraron al pozo.

Por cierto, ese pozo existía, y mi hermana y yo, miramos el fondo con un espejo, sin miedo, no teníamos miedo ni de la casa, ni del pozo y mucho menos del martinico.

Según la historia, los malvados hijos se quisieron llevar el baúl con el gran tesoro. Pero allí estaba el martinico que no sabemos si por justicia o por codicia, se puso las ropas del judío y se les presento acusándolos y provocando un susto tal que uno se arrojó por una ventana y se mató y el otro cayó por las escaleras. Yo aquí dudo, porque las escaleras daban vuelta, y era un primer piso, era casi imposible, lo digo con conocimiento de causa, porque me paso en dos ocasiones y nada me sucedió. En cuanto a la ventana, esa callejuela de piedrecitas de río picudas, si que ese si pudo morir. Según el cuento, los vecinos acudieron a los gri-

tos y descubrieron el crimen, rescataron el cuerpo del judío y revisaron la casa, pero el baúl no apareció. Así que después de eso fueron muchos los que trataron de meterse a la casa a buscarlo, pero siempre con resultados de escalera y ventana a gusto de cada cual.

El martinico le dijo que el baúl sería para el si una noche de luz de luna, con una vela vendida le daba tres vueltas al poco recitando unas palabras en un idioma que mi abuelo no entendía, entonces tendría la indicación de donde estaba escondido el baúl. El martinico se fue y el abuelo se quedó pensando que aunque la curiosidad era mucha la desconfianza y el miedo también no era difícil pensar que era una trampa del martinico. No tuvo mucho que pensar, pues esa misma noche le llegó una orden de traslado para Granada y tuvo que marchar. Cuando volvió tres o cuatro años después ya no recordaba las palabras y que se sepa no volvió a ver a nuestro pariente, el martinico.

Mi padre lo contaba muy serio y contaba un montón de historias de su padre, todas interesantes. Lo que pasa es que ahora no me acuerdo, veo que yo también invente cuentos a mis hijas. Si aquello sería leyenda, cuentos de abuelo o simplemente historias de mi papa.

Antonia Morales Díez

¡Yo soy de San Antonio de Belén!

En Heredia, la provincia más pequeña de Costa Rica, hace ya muchos y felices lustros, vi la luz terrenal por primera vez. Era la primera hija de una familia muy humilde: Mi padre, trabajador de la construcción y mi madre, mujer del hogar, le llamaban entonces.

Fue en una casa modesta, de adobes, encajada con colores azul y blanco, ubicada en el centro de un pueblito llamado San Antonio, distrito primero del cantón de Belén, muy cerca de la iglesia consagrada al santo patrono y de la legendaria estación y agencia del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico.



Contaban mis padres, Oscar Luis Murillo Umaña y Luz Montoya Hidalgo, que mi nacimiento fue anhelado, muy esperado y agregaban a modo de broma, que para su sorpresa

nací “fea, negrilla y larguirucha”, pero que “con el pasar del tiempo... me había compuesto”.

Mamita Marina, mi abuelita paterna, contribuyó con mi nacimiento. Ella ayudó a mi mamá en el parto. Era la obstétrica recién nombrada por el Ministerio de Salubridad Pública en ese pueblito llamado San Antonio de Belén.

Según consta en las Actas Municipales de 1941, entre los lugareños fue muy aplaudido y celebrado este nombramiento, ya que en San Antonio de Belén, por esa época, abundaban los curanderos oportunistas, parteras, yerberos y empíricos que se aprovechaban de la sencillez e ignorancia de sus vecinos. Se carecía de una persona seria y especializada, los servicios de salud eran escasos y paupérrimos. Marina Murillo trajo a este lugar sus conocimientos frescos y científicos, recién adquiridos en la Escuela de Obstetricia de la Facultad de Medicina de la República de Costa Rica.

La crisis política mundial de los años cuarenta, en general, golpeó duramente a nuestro país. Provocó abundante pobreza y necesidades en las zonas rurales. San Antonio no fue la excepción, se notaba en las escasas viviendas y locales comerciales, en las pocas fuentes de trabajo que había para sus habitantes.

Según narra Luz María Campos González, en su libro “Mi Belén de antaño” (2006), a mi pueblo se le conoció con el nombre de San An-

tonio de Potrerillos y también como San Antonio de La Asunción. Fue después de 1859 que se le llamó San Antonio de Belén.

El nombre de este cantón herediano lo fundamenta el historiador don Carlos Meléndez. Él afirma que en 1858 fue desterrado el obispo Anselmo Llorente y Lafuente por orden del presidente de entonces don Juan Rafael Mora Porras. La noche de Navidad el Obispo, ya en vísperas de abandonar nuestro país, hacia Nicaragua, vía terrestre, tuvo que hospedarse en casa de su amigo, don Manuel José González. Allí, como despedida, celebró misa a medianoche, la tradicional llamada “Misa de Gallo”.

Un año más tarde, ya anulada la sentencia emitida por el presidente Juanito Mora, el obispo Llorente y Lafuente regresó de Nicaragua, hacia Costa Rica, vía terrestre. Por rara casualidad, se halló en la misma casa del señor González en San Antonio, viaje rumbo a San José. Dispuso nuevamente celebrar la “Misa de Gallo”. En la homilía de esa noche, dijo que, ya que la Providencia había dispuesto que celebrara allí “dos noches buenas”, en adelante, seguiría llamando al lugar San Antonio de Belén y así lo fue a partir del 25 de diciembre de 1859”.

Con un hecho religioso como la celebración de la Misa de Gallo que recuerda el nacimiento del Hijo de Dios en Belén, según el Cristianismo, fue que se le asignó a mi pueblo un nombre bíblico.

Realmente sé que por “diosidencia” nació en San Antonio de Belén ya que cuando se acercaba el alumbramiento, mis padres, quienes habitaban en el Barrio México de San José, optaron por trasladarse, con la idea de que la abuelita Marina, asistiera a mi mamá en el parto.

Desconozco cuánto tiempo conviví en Belén con mamá, mi abuelita y con toda la Murillada que vivía allí. Lo que sí tengo muy claro es que fue una feliz decisión la de mis papás y que con ella, desde muy niña aprendí a amar la historia, el pasado y el futuro del lugar donde nació.

Esta narración está inundada de trocitos de recuerdos de aquí y de allá. Algunos pétalos del pasado los tengo bien grabados en mi memoria. Otros siguen dormidos ...

Sucesos significativos del cantón Belén los encontré guardados como tesoros sagrados en los cofres de la Biblioteca Municipal Fabián Dobles. En relación con el notable y reconocido escritor belemita, la historiadora Luz Ma. Campos González, en su libro, *“Mi Belén de antaño”*, transcribe el pensamiento de don Fabián, el cual se enmarca con las ya conocidas afirmaciones... *“sus padres no habían escogido un lugar mejor para traerlo al mundo, le impresionaba la tranquilidad, la paz, las austeras costumbres y, por sobre todo, la nobleza de su gente. Decía el escritor que los belemitas eran gente buena, trabajadora, dedicada a su familia. Así lo confirman las Crónicas del siglo XIX*

y primeras del siglo XX. Dan cuenta de gente social, amistosa, activa, con espíritu emprendedor, fiel a sus principios morales y religiosos.”

Del terruño donde nací digo que lo amo, como ama el campo al sol y a la lluvia, la hija recién nacida a su madre, la abeja a la flor, los azahares a sus naranjos y a los cafetos. Amo la altitud de sus tierras fértiles de no más de 1000 metros sobre el nivel del mar. Amo su clima agradable. Amo su subsuelo arcilloso cubierto de tierra negra apto para la agricultura amo sus días calurosos y sus noches frescas. Amo el temple de sus antepasados, los indios huetares.

Amo sus manantiales de agua fresca, la Quebrada Seca y al río Bermúdez que pasa muy cerca del Cañón del río Virilla, porque son los responsables de fertilizar estas benditas tierras y lograr la magia de sus cultivos siempre frescos.

Amo a mis coterráneos, amo la transparencia y nobleza de sus habitantes, a los agricultores, a los que han hecho posible que disfrutemos a los cedrillos, las acacias, los bambúes, las orquídeas, los cafetos, el maíz, la caña de azúcar, los higuerones, la variedad de carnudos aguacates, los limones ácidos y los dulces, las naranjas y toronjas, los sabrosos mangos, las manzanas rosa, los nances dulces, los jocotes “tronadores”, las guayabas, los ayotes, los tacacos, los chiles dulces, el culantro, la yuca, los tomates, las cebollas, los chayotes y otras

delicias naturales que se producen en esta tierra bendita.

Amo las manos de las familias que con su esfuerzo y reconocida pobreza y voluntad hicieron crecer al lugar donde nací, las que en forma primitiva y artesanal hicieron candelas, jabones, las que fabricaron aceite, las que hicieron dulce en sus pequeños trapiches, las que se dedicaron a cuidar pollos y producir huevos.

Amo el nuevo mundo que descubrí un 22 de marzo de 1943.

Admiro y respeto a las familias emprendedoras que se preocuparon por dar educación a mi pueblo, la dotaron de una ermita primero y una iglesia después, una aula primero y luego de una gran escuela. Estos hechos fueron fundamentales y marcaron un antes y un después en el desarrollo cultural de mi San Antonio de Belén.



Admiro y respeto a las personas visionarias que se involucraron en la vida religiosa y política del cantón y junto con su Gobierno Municipal y Jefe Político de antaño, aportaron ideas y progreso.

A los emprendedores, quienes en el patio de su casa iniciaron la cría y el comercio de gallinas, de cerdos y ganado vacuno. Su influencia,

más adelante, hizo crecer económicamente al cantón, dio trabajo y sustento a su población, la ayudaron a salir de las miserias en las que estaba sumergida.

Tal y como era muy común en esa época, nací en una casa no en una clínica. Siempre estuve rodeada del cariño de mis familiares, primas y primos de los cuales ya quedan muy pocos. Unos emigraron a otras tierras de progreso y otros ya gozan de la paz eterna.

Las mujeres de mi familia, y en general las de mi pueblo, eran madrugadoras. Debían recoger leña y encender el fuego; lavar a mano, coser, cuidar los niños, preparar los alimentos. Trabajaban mucho en las labores domésticas. Planchaban con planchas de hierro que había que calentar en el fogón y engomaban la ropa con agua de almidón de yuca. Preparaban a mano la masa para hacer tortillas de maíz, bizcochos y chorreadas. Aseaban sus viviendas, las barrían con escobas hechas de ramas de “escobilla”. Se preocupaban por sus animales domésticos, principalmente por las gallinas, gansos, patos y los conejos los que aportaban sana alimentación a la familia.

Cuidaban las plantas de su jardín y en muchas familias hasta hacían labores agrícolas junto con los varones de la casa.

En algún momento, a finales de la década de los años cuarenta, motivados por la falta de

fuentes de trabajo, mis padres regresaron a San José. De seguro lo hicieron en tren porque, por esa época era el único medio que existía en San Antonio de Belén para viajar a la capital. El ferrocarril, fue por muchos años la principal vía de comunicación del lugar, cuando en mayo de 1900 se tendieron sus primeros rieles.



Éste amplió horizontes y modificó fronteras vecinales, de manera que facilitó el intercambio social, cultural y comercial con otros incipientes lugares vecinos de Heredia y de Alajuela tales como Ciruelas, Orotina, Coyolar, Atenas y luego sitios lejanos como San José y Puntarenas.

De niña, ya en edad escolar y luego adulta, visitaba a mis familiares y amigos. Por ellos siempre sentí un especial afecto y profundo agradecimiento. Inolvidables las familias Zamora, Zumbado, González, Campos, Villalobos, Rodríguez... A su lado conocí sembradíos de cebolla, chile dulce, maíz; con ellos compartí

deliciosos “almuerzos fríos envueltos en hojas de plátano”, gallos de torta de huevo y largos recorridos a pie y en carreta.

Ocupan un lugar especial en mi corazón doña Arcelia Murillo de Villegas sus hijas e hijos. Inolvidable su cariño; sus bocaditos, sopas, tortillas recién palmeadas, sus tamales; los antojos de la Semana Santa y los de la celebración del Santo Patrono San Antonio, el 13 de junio.

En mi memoria conservo la felicidad que me embargaba cuando con amigos de la familia me trasladaban a los tomatales vecinos montada, “literalmente” en carreta.

Mis padrinos fueron doña Luz Murillo y don Juan de Dios González. Por cierto, mi padrino, fue por mucho tiempo el único carnicero del pueblo. Su carnicería se ubicaba frente a la estación del tren, al costado sur, contiguo a su casa de habitación. Me encantaba visitarlos y compartir con ellos. Con percepción de niña sentía su casa de adobes muy acogedora, de anchas paredes, fresca, espaciosa y la tenían arreglada con muy buen gusto. En su solar siempre sembraban variadas hortalizas. Mi madrina, doña Luz era catequista, muy querida en la comunidad.

A través del tiempo, principalmente mi abuelita, Mamita Marina, me enseñó a cultivar amistades en el terruño donde nació. Cuando me vine para la capital, dejé vecinos muy queridos, fa-

milia y atesoré amigos. Trataba de visitarlos, principalmente para las fiestas patronales. El 13 de junio día sagrado de San Antonio.

Para esta fecha, antaño, la comunidad se organizaba para disfrutar de actividades tradicionales como misa solemne en honor al santo patrono, procesión por las calles, juego de pólvora, orquesta, cantantes, concierto con la Banda Militar de Heredia, actividades deportivas, rifas, el turno feria con las grandes comilonas, que a la vez servían para recoger fondos para ayudar a las familias más pobres y necesitadas del cantón.

Actualmente se hacen celebraciones para esta fecha al igual que para los días de la Semana Santa y para la Navidad. Se trata de mantener tradiciones, recrear a los habitantes y unir a las familias con las nuevas generaciones.

Alentada por mi nostalgia, curiosidad e interés y con el apoyo de una de mis hijas, en una de esas celebraciones que visité mi pueblo, en 1985 me animé y toqué la puerta de una casa de adobes, de paredes muy gruesas y encaladas; ventanas adornadas con plantas de begonias. Puerta de color azul. En la entrada tenía un pequeño jardín con geranios de colores y veraneras florecidas que anunciaban el tesoro que había ahí dentro.



Esa vivienda ya no era el hogar de antaño de los Murillo Umaña, ni de los Murillo Agüero, ni de los Murillo Montoya y mucho menos, mi nido de nacimiento, mi casita. Sin embargo, una anciana pequeña, de falda negra larga y cabello pintado con hilos de plata, recogido en un moño, nos abrió la puerta, muy confiada. Escuchó mi petición, la aceptó y me dejó entrar a conocer o más bien reconocer el interior de la vieja y conservada vivienda, localizada cerca de la tercera edificación de la iglesia parroquial de San Antonio (la actual iglesia) y de la estación del tren.

Me dio mucha emoción entrar. Esta visita para mí implicaba enfrentarme a cabos sueltos del pasado. Mi corazón sintió la presencia de mis ancestros, el calor de los brazos de mi mamá, el murmullo de los cantos de mi papá. Las enseñanzas y chineos de mis primas Dorita, Mireya, Virginia y Laura Emilia. Hice gran es-

fuerzo por no llorar pues tenía frente a mis ojos la casa donde nació. Estaba cargada de nostalgia. Recuerdos que están alojados en mi memoria, que me deparan alegría y tristeza, pero que no los puedo revivir.

Sentí el sitio muy fresco, tierno, inundado de helechos, de plantas y de mariposas. Muebles antiguos de madera muy modestos. Todo limpio y ordenado. Se respiraba una combinación perfecta entre lo que se ama y se cuida. El pasado y el presente.

En las paredes blancas, fotos color sepia y cuadros añejos: familiares que ya son patrimonio, retratos de santos, paisajes tomados de almanaques, el rosario con perlas de madera y el escapulario de la Virgen del Carmen, una cruz seca hecha con palma bendita. En una repisa de madera desteñida, un candelabro enlozado pringado con esperma derretida, con una vela a medio quemar.

No supe en cuál dormitorio fue que mi mamá me parió. Ni ella ni Mamita Marina me pueden dar la respuesta anhelada.

Tres habitaciones. Todas del mismo tamaño, espaciosas e iluminadas. Con ventanas de puertas de madera. El viento fresco entraba y salía libre y caprichoso.

Conocí la cocina. Muy grande. Cocinaban con leña. Había un moledero y una mesa de madera cubierta con carpeta de colores. No re-

cuerdo cuántos bancos de madera estaban a la orilla de la mesa. Guindando las ollas, jarros de lata y la canasta para guardar el pan. El gato echado en el fogón.

Fue en ese momento cuando tomé conciencia de que, mi abuelita y mi mamá de seguro habían cocinado con leña. Qué valentía de mujeres! Imaginé sus manos santas curtidas, dedos largos, callosos y tiznados.

Al lado de la cocina había una galera donde acomodaban la leña.

Me impresionó sobremanera mirar la pila de lavar. De dos bateas y tanque muy profundo para almacenar el agua. Me explicó la señora, de apellido Peraza, dueña de la vivienda, que en una batea se lavaban trastos y ollas y la otra se usaba para el “aporrear” y asear la ropa.

Por la apariencia de esa pila, lujada pero gastada, brillante, de piedra con cemento, lustrada, estoy segura que ahí se lavaron mis mantillas y quizá los primeros platos de lata donde me servían arroz con caldo de frijoles, guineos verdes y huevo duro.

En el solar de la casona también se albergaban recuerdos vivos: árboles frutales, matas de frijol, maíz, tomates. Allí, aún correteaban y cacareaban las gallinas asustadas y los pollitos escarbaban el suelo sin parar.

Para el terremoto de 1995 las paredes de la vivienda donde nací se desquebrajaron. Razón por la cual la familia Peraza tuvo que demolerla. Con esa casa se fueron testigos mudos del lugar donde nací. Con ella también huyeron mis recuerdos y la memoria de mis padres y de muchos otros seres queridos.

Para ser fiel con los hechos históricos, hace setenta y siete años, San Antonio de Belén contaba con incipiente servicio de agua de cañería y también con energía eléctrica.

Actualmente son excelentes los servicios básicos, el agua potable, la electricidad, los servicios médicos y de salud.

Excelente la educación preescolar, primaria y secundaria. Sobresaliente la Escuela España, que es pública. Además hay varias instituciones educativas privadas. Posee biblioteca pública.

Transporte público (autobuses, taxis, tren). Telefonía; servicios de bancos; Cruz Roja. Recolección de basura, consultorios jurídicos, gasolineras.

Centros para la recreación como la finca de la Asociación Nacional de Educadores, El Pedregal, plaza de deportes, salones para reuniones, el Club Campestre Español. Aún existe el Balneario de Ojo de Agua con sus deliciosas y frescas aguas y su piscina olímpica.

Desapareció el Cine Murillo y el Cine Parroquial. Las llamadas “cazadoras” ya son parte del patrimonio cultural de Belén. Se desempeñaron por mucho tiempo: daban el servicio dos veces al día, de San Antonio hacia Heredia salían a las seis de la mañana y a la una de la tarde.

La mayoría de mis contemporáneos se desplazaban a pié y por “media calle”, como decimos los heredianos, o en carreta.

Para escribir este documento, asimilé recuerdos. Los busqué en mi memoria, los interioricé, los confirmé. Consulté varias fuentes.

Sea este mi humilde homenaje para un pequeño lugar de mi país que sí existe y que crece cada día más porque hay muchas personas que lo amamos.

Atrás quedó su pasado oscuro y pobre con escasas fuentes de trabajo. Hoy impera el progreso y sus fortalezas nuevas, brazos fuertes y mentes pensantes, corazones brillantes, manos perfumadas, hermosos jardines y huertos en producción.

Margarita M. Murillo Montoya

Rasgos de un pueblo añorado



Era común después de las cinco de la tarde ver pasar hacia sus nidos los pericos verdes que con algarabía sonora cruzaban el cielo, dejando hermosos destellos en los crepúsculos de los atardeceres bañados de colores.

Recuerdo también ver a mi abuela, sentada en la vieja poltrona, en donde le encantaba abrigar los recuerdos saborear la vida, y escuchar con sumo placer su programa favorito de la radio, siempre a la misma hora... siempre en el mismo dial.

Los sonidos, los colores, los sabores, que habían en ese pueblo, todos amalgados en mi mente, aun ahora me hacen soñar y atrapar en mi memoria recuerdos de una infancia, época que viaja en un solo sentido, que se aleja en tiempo y distancia pero está tatuada en mi corazón.

Tenía en aquel entonces tres amigas, aquellas que formaban parte de mi vida, pues centrábamos todas las cosas que por insignificantes que parecieran, eran todo un mundo, a veces de angustia, algunas veces de alegría y otras de rotunda desesperación.

Nuestro pueblo quedaba un tanto alejado del valle central, pero nos ofrecía a nosotras las cuatro avecillas, como nos apodaban allá,

todo un mundo creativo de diversión e imaginación, que Chila, Mayu, Blanquita y yo explotábamos al máximo, a la euforia colectiva de esas edades entre cinco y seis años.

Todas éramos muy diferentes, Chila, morena, descalza vivaracha y peleonera, era la que nos defendía de los ataques de otras camadas de chicos, que querían profanar nuestro rústico nicho de mañas y vivencias, pero que Chila siempre lograba rescatar, Mayu era la más callada, pero lloraba de ver como poníamos la lombriz en el anzuelo cuando íbamos a pescar. Sonrisa tímida pero a la vez muy lanzada cuando de decir una verdad se trataba.

Blanquita, era como decían en mi casa, la platudilla del grupo, pero eso no hacía de ella una rara persona, al contrario, participaba en todas nuestras aventuras y su prudencia y madurez nos hacía ubicarnos, para nunca sobrepasar los límites de nuestra agresiva imaginación.

El pueblo era un lugar común y corriente, que después de las diez de la mañana, para nosotras las cuatro avecillas, era un verdadero hervidero de diversiones, en donde nos convertíamos en piratas, felinos feroces y en donde jugábamos a ser exploradoras famosas que conquistaban extensiones de tierra, precipicios y páramos rocosos en los cuales nos poníamos a escalar. Por supuesto las extensiones de tierra se ubicaban en la rústica plaza que estaba frente a la iglesia, los precipicios eran

los montículos de tierra que se amontonaban al final de los paredones. ¡Ah...! Y los páramos rocosos, esos eran cúmulos de piedras sobrados de la remodelación de la pulpería de Nano Vindas, que con orgullo se ufanaba de haber pasado de comisariato de madera vieja a una pequeña pulpería de cemento que de verdad nos engrandecía como pueblo y lo mostrábamos como estandarte representativo del progreso en aquel trozo de tierra, que se había detenido en el tiempo al compás de un reloj demasiado lento.

Había en nuestro terruño unas pequeñas lomas, en donde cada vez que el sol asomaba, nos lanzábamos en cartones embadurnados con candela y les aseguro que ni la montaña rusa más sofisticada podría sacar esa alegría, ese montón de risas, y más cuando los calzoes raídos y sin elásticos que usábamos se perdían entre el monte y los murisecos y salíamos todas con el culo raspado y pasando varias semanas comiendo de pie; quedábamos con las sentaderas escocidas y llenas de moretones y de remate los pobres brazos, que aunque no eran atacados por los raspones que provocaban las piedras de las lomas, nos los propiciaban nuestras abuelas cuando nos pellizcaban por la hazaña realizada al tirarnos de aquellos montes empinados.

En las noches de verano, en la pulpería del mentado Nano una vez a la semana, recogiendo

algunas monedas que nos regalaban, las cuatroavecillas, solíamos comprar una deliciosa cola con un rico ilustrado, que digan ustedes era como saborear un pedazo de gloria revuelta con pintas de miel del lago del Edén, así nos sabía de rico y por supuesto la plata nunca nos alcanzaba, pero la buena de Blanquita, nuestraavecilla más platuda, nos completaba siempre lo que nos hacía falta, para que todas pudiéramos degustar esas golosinas que enaltecían nuestro paladar cada tarde noche de los sábados. Y ahí mismo en la pulpería, nos quedábamos hasta tarde escuchando los chistes blancos y los cuentos de espantos que contaban los lugareños y que hasta hoy al recordarlos, me llenan de susto y se me paran todos los pelos.

Había un punto que me llenaba de desesperación, cuando Mayu la llorona, empezaba a chillar de puro miedo y Chila con absoluta impotencia la jalaba de la cola de caballo y la llevaba en un puro alarido para la casa, y en ese momento a un golpe de ojo del abuelo, ya nos teníamos que regresar todas a nuestro hogar en donde una aguadulce nos esperaba para empezar una noche interminable de sombras amenazadoras, pesadillas y manos sudorosas, producto de las tertulias que nos trasportaban a vivir historias contadas por los abuelos, que ni el mejor productor de cine podría despertar en nuestras pequeñas mentes de niñas ingenuas y crédulas, capaces de transformar cual-

quier anécdota que por pequeña que fuera se tornaba en un gran películón.

Cuan bello era mi pueblo, pedazo de tierra que llenó mi vida y cada espacio de mi ser. Con su sencillez logró sacar en los que vivimos allí, un mundo de color y de ilusión, de vida, en cada acto y en cada tradición que nuestro terruño tenía; en el paisaje tierno con sus montañas y sus riachuelos que se quedaron escondidos en alguna parte de mi geografía mental, porque de la parte física queda muy poco, pero les aseguro que siempre lo tendremos fresco en nuestro corazón y en la línea del tiempo, esa línea en donde estamos todavía las cuatroavecillas haciendo acrobacias y maromas, para no perder el sentido de pertenencia en ese pequeño circo que fue a una nueva ciudad hace largo tiempo.

María del Rosario Norori Piedra

La piedra negra en Puerto Viejo

En la década de los ochenta, se impulsó el Proyecto Nacional de Electrificación Rural II Etapa, el cual incluía lugares de diferentes partes del país. Ese proyecto fue destinado a miles de personas que se beneficiaron con la llegada del servicio público de electricidad. El ICE y otras empresas distribuidoras de ese servicio, se encargaron de su implementación. Las localidades eran dispersas y alejadas de los principales centros de población cantonales.

Me correspondía realizar estudios a las comunidades, antes y después, de su electrificación. Se llevaron a cabo visitas a los más recónditos sitios, los cuales contaban con dos servicios públicos a nivel básico: educación y salud.

Los maestros de las escuelas impartían las lecciones, con escasos recursos materiales. La mayoría era escuelas unidocentes. Los funcionarios de los llamados Puestos de Salud del Ministerio de Salud, caminaban con sus maletines cargados de medicamentos y vacunas, por trillos o angostas calles; empedradas unas, embarrialadas otras. Algunos pocos utilizaban motocicletas. Los trabajadores de ambos sectores, cumplían sus tareas con limitaciones, pero acompañados por un destacable sentido de responsabilidad.

La rutina de las comunidades, se interrumpía cuando llegábamos, en el vehículo con el logo del ICE en sus puertas. La ilusión proliferaba. Representaba la esperanza de contar con electricidad. Esto era sinónimo de bienestar, protección y ahorro al sustituir el uso de fuentes alternativas, como las velas, gas, aceite y diésel. Esa expectativa, se reforzaba por el hecho de que, con frecuencia, debíamos superar obstáculos a lo largo de los trayectos. A veces, el blanco del vehículo se camuflaba con el barro del camino, o la arena de alguna zona costera. En ocasiones se contó con ayuda de lugareños para librarnos de algún atasco. Era usual escuchar la expresión: ¿muchachos cómo llegaron hasta aquí...?

Había sitios en los cuales, prácticamente, no transitaban vehículos. En una lejana comunidad ubicada en Turrialba, un vecino nos afirmó: “aquí solo vienen carros ICE... cuando compre uno será de esa marca...”

En ese proyecto de electrificación, se incluyó el poblado de Puerto Viejo, que pertenece al distrito de Cahuita, cantón de Talamanca, provincia de Limón. Éste se caracterizaba por sus bellezas naturales, atractivas playas, pocos comercios y turistas. Las viviendas se caracterizaban por una arquitectura predominante: madera, construidas sobre pilotes y habitadas, en su mayoría, por familias origina-

rias. Las familias se sentaban en mecedores dentro de los corredores.

Con frecuencia se escuchaba en el centro del pueblo, el sonido de una planta térmica cuyo dueño era el propietario del comisariato y que suministraba electricidad a algunos de sus vecinos.

Cierto día, llegué en horas de la tarde a Puerto Viejo con dos compañeros de trabajo: Víctor Bonilla y Vernor Zamora nuestro apreciado conductor. Nos hospedamos en el histórico Hotel de Maritza, muy solicitado por funcionarios públicos y proveedores del lugar.

Al siguiente día, mientras desayunábamos, se nos acercó un turista y nos preguntó: “qué brete hacen aquí... los vi en un carro ICE.” Supongo, que había preguntado el significado de esta abreviatura... Como impulsora de este tipo de proyectos, muy contenta, le expliqué la intención de electrificar Puerto Viejo. Sin dejarme concluir, nos increpó con fuertes palabras y reclamos. Expresó su total desacuerdo, con el argumento de que “vengo de Europa, de Francia, a disfrutar la tranquilidad de la selva de Costa Rica. No quiero que pongan electricidad en Puerto Viejo, aquí me gusta pasar vacaciones.”

Fue permanente el acoso del francés durante nuestra jornada de trabajo. Nos aparecía por diferentes lugares. Manifestaba su disconformidad, con nuestro propósito laboral. Con-

trariamente, los habitantes de Puerto Viejo, expresaban su beneplácito ante la posibilidad del servicio público de electricidad.

Terminamos nuestras labores del día, justo cuando empezaba a oscurecer. Llegamos al Hotel. Acordamos una hora para comer y caminar por los alrededores. Víctor previó la oscuridad a la que nos enfrentaríamos. Con su ingenio turrialbeño de épocas pasadas, hizo una lámpara artesanal. Esta consistió en un tarro de lata, que con mucha perseverancia logró encontrar, clavado a un viejo palo de escoba, dentro del cual pegó una candela.

Transcurrió la noche... siempre manteniendo nuestro sentido de humor, escondiéndonos del francés y viendo jugar dominó a grupos de vecinos. Llegó el momento de regresar al hotel... nuestra "lámpara" se agotaba, la luna estaba medio escondida, las casas contaban con una tenue iluminación proveniente de candelas o pequeñas lámparas de aceite, gasolina, diésel o gas. No había iluminación pública, por lo que se dificultaba distinguir los caminos.

En esa tarea de encontrar por dónde debíamos regresar, observamos una piedra grande y negra. Entre risas dijimos que era como la de Aserri.

Víctor caminó al lado de la piedra. Vernor se me adelantó. Pretendió pasar por encima de ella, cuando de pronto vimos que se elevó, como en estado de levitación. Murmuraba a

más no poder y trataba de mantenerse firme ante la inminente caída. Los tres nos asustamos mucho. Pero, la sorpresa fue mayor cuando de pronto, “la piedra” sacó su cabeza, se paró, levantó su cola y relinchó por largo rato.

Así fue... la piedra negra de Puerto Viejo era un hermoso caballo que, posiblemente, se durmió esperando a su dueño que quizás estaba jugando dominó o entretenido en una cantina cercana. Cuando nos calmamos de tal impresión y bajo la oscuridad propia de un sitio carente de electricidad, retomamos nuestro camino con grandes risas y “peleando” por sostener la lámpara con el último “cabito” de candela.

Pocos años después, se electrificó Puerto Viejo, al igual que otras localidades del país, enmarcadas en ese genuino Proyecto Nacional de Electrificación Rural.

Definitivamente, el ICE contribuyó con el bienestar individual, familiar y local de los nuevos beneficiarios de ese Proyecto. Hoy Puerto Viejo es diferente. Se ha constituido en un lugar turístico de los más visitados en la provincia de Limón. Proliferan las casas, comercios, hoteles, vehículos, turistas nacionales e internacionales. Se dispone de electricidad y alumbrado público en las calles, lo que permite caminar de noche sin tropiezos con “piedras negras”.

Marta Obando

Mi abuelo y mi barrio

En el barrio en que nací y viví hasta los 20 años, mi abuelo fue un personaje muy querido y respetado tanto por sus nietos como por toda la muchachada del vecindario.

Todos los días, don Antonio, después de haber desayunado, salía caminando para asistir muy temprano a misa. Siempre iba muy bien vestido, con zapatos media-bota, muy limpios y casi siempre en color negro, vestía pantalón muy bien aplanchado, nunca sin saco aunque no hiciera frío y el sombrero que no se quitaba durante todo el día.

Después de misa abría una pequeña pulpería que tenía en el barrio, la cual cerraba a la hora de almuerzo y a las seis de la tarde.

Después de cenar (siempre había olla de carne) se tomaba un trago de algo fuerte sentado en una mecedora en el corredor y ahí encendía un puro. Mientras fumaba el puro iba y venía por todo el corredor donde su presencia era muy notoria porque la brasa del puro resaltaba en la oscuridad pues no permitía que se encendieran las luces del corredor.

Los niños considerábamos que mi abuelo era muy viejito, pero no era así: falleció cuando no había llegado a los setenta años.

Apasionado de la política y por esa razón la pulpería era utilizada más para reunir personas de la política de la época que para vender.

Mi abuelo fue una persona altamente responsable, preocupado por el bienestar de todos los miembros de su gran familia y de la sociedad en general habiendo cumplido con sus deberes cívicos de ciudadano ejemplar y políticamente muy activo brindó servicios al país desde su diputación durante la época en que ser diputado era un puesto de honor, sin recibir remuneración alguna.

La muerte de mi abuelo marcó también para mi familia el fin de nuestra pertenencia al barrio donde nací, Barrio Don Bosco, 100 metros al sur y 25 este del Colegio Maria Auxiliadora. Ahí pasé la primera veintena de mi existencia. Aun hoy día cuando duermo mis sueños casi siempre se ubican en el barrio, tal y como era entonces. Guardo los mejores recuerdos de mi infancia, el despertar de los primeros amores de juventud, los tiempos lindos del colegio, el inicio de la universidad, los primeros trabajos, todo en ese querido barrio del cual ya no queda casi nada de lo que un día fué.

La modernización (comercialización) del barrio se produjo en forma vertiginosa y para nuestra familia todo cambió después del fallecimiento de mi abuelo cuando por razones de herencia hubo necesidad de vender la propiedad familiar.

Nuestra casa quedaba a la par de la casa de mis abuelos maternos y cerca también vivían dos hermanos de mi Madre y sus familias. La casa de mis abuelos era el punto de referencia para todo y para todos. La casa estaba rodeada de un gran jardín y un patio enorme con toda clase de árboles frutales, caña de azúcar, café y un gran gallinero orgullo de mi abuela. El atractivo de la cocina era la cocina de leña, las ollas y comales de acero negro donde se cocinaba todo el día. Con mis abuelos vivían solo una hija y un hijo todavía solteros, pero siempre estaban otros parientes quienes llegaban de lugares fuera de San José y se hospedaban donde mi abuela. En esa cocina se hacían quesques, rompopo, dulces de ayote, cajetas de coco, pan casero y mi abuelita siempre nos guardaba de lo que se preparaba en su cocina. Mi padre como el hombre físicamente más fuerte y musculoso de la familia, era el encargado de partir la leña y mantenerla siempre lista para la cocina. A los niños nos encantaba que nos enseñara los fuertes bíceps de sus brazos y cada vez que lo hacía nos decía que esos eran los troncos donde se rascaba el tigre.

Un Día de la Madre mi tío le llevó de regalo a mi abuelita una cocina eléctrica marca Nury con la idea de aliviar los trabajos de la cocina no teniendo que madrugar a preparar la cocina de leña, pero total que se instaló la eléctrica frente a la de leña que siempre siguió trabajando.

En el corredor nos reuníamos los primos y niños del vecindario a patinar, a jugar cromos, bailar trompos, brincar mecate y en la calle también podíamos jugar sin peligro, en aquel tiempo una simple calle de tierra, sin tráfico vehicular. Lo que más circulaban eran los carretones jalados casi siempre por mulas en los que llegaba la mercadería a las pulperías del barrio y también se efectuaban las mudanzas.

Conforme fuimos avanzando en edad tuvimos bicicletas pudiendo disfrutarlas por todo el barrio y lugares vecinos sin correr ningún riesgo.

Dar una vuelta por el Paseo Colón era una de las salidas preferidas. Mamá nos vestía con lo mejor y caminando despacio no nos cansábamos de admirar las bellas casas que existían a lo largo del Paseo. Visitantes importantes que llegaban al país siempre desfilaban por esa arteria y era motivo para que toda la familia se apostara en algunos de los pollos para no perderse el acontecimiento.

En ese entonces mi abuelo tenía fincas en Tarbaca y en Paraíso de Cartago de donde era oriundo. Durante las vacaciones escolares en el verano (3 meses) nos llevaban a alguna de esas fincas donde pasábamos tiempos inolvidables. A la luz de las candelas en las noches desgranábamos maíz y se contaban historias de miedo y después todos queríamos dormir en una misma cama.

El rostro del barrio fue cambiando, sin embargo aún la amistad con los vecinos de entonces se conserva. En el barrio hoy día solo viven dos personas en los terrenos donde estuvieron las casas originales. Pero en todo acontecimiento, por lo general funerales, nos volvemos a reunir gran parte de los que todavía estamos aunque vivamos en lugares diferentes.

Del barrio solo queda el recuerdo y tantas y tantas anécdotas que todavía permanecen y podemos relatar a nuestros hijos y nietos quienes no tuvieron la dicha de disfrutar de un tiempo tan hermoso como el que vivimos, o será que conforme se avanza en edad se acentúa la nostalgia...pero bien es cierto que los embates del progreso cambiaron radicalmente el rostro de lo que fue un barrio tranquilo donde a pesar de las diferencias sociales reinaba todavía la solidaridad entre todos los vecinos donde las alegrías y las tristezas eran causa común.

Xinia Oviedo

Reminiscencias de mi infancia.

En esta narración he procurado comentar los acontecimientos y dibujar las imágenes de mis primeros años de vida, más o menos a partir del momento en que comencé a tener memoria de mi entorno, así como de las historias que a través de mi mamá logré recordar y recopilar, relacionadas con mi pueblo, el barrio Quesada Durán del distrito de Zapote en San José, allá por los años 56 y hasta los 66.

Las personas que las habitaban eran gente sencilla y laboriosa, algunas habían llegado también huyendo de la difícil situación económica que se vivía en el campo y posiblemente afectadas por los recientes movimientos de violencia política del país.

Había en el centro, una plazoleta semidesnuda que se convertía en un barreal en invierno y un polvazal en verano, estaba bordeada por una calle de lastre que serpenteaba como una Coralilla huyendo del sol.

Allí concurrían durante casi todo el día, la güilada que no tenía otra cosa que hacer hasta el atardecer y por la noche, era tomada por los jóvenes y mayores, entonces las carcajadas y las palabrotas rimaban con los mortecinos rayos del sol y la dulce sonrisa de la luna.

En ese amado lugar, un tibio invierno, la décima semilla plantada en el vientre de mi vete-

rana mamá, salió a la vida. Llegué a este mundo, ayudado por las expertas manos de doña María Fonseca, la matrona de la mayoría de niños de mi pueblo. En aquella pequeña comunidad, doña María continuó ayudando a dar a luz a muchas madres, de otros tantos hijos pues, fue la única y última partera de los alrededores de Zapote, que ejerció ese noble oficio hasta que el Seguro Social la invitara a retirarse, siendo ya una anciana de años.

En mi pueblo se guardaban con rigurosidad las costumbres y tradiciones del país, en particular las establecidas por la religión católica, como las procesiones de Semana Santa.

Para esa época del año, era emocionante la decoración de la calle principal. Para ello, se hacían dibujos de temas pascuales pintados con cal y rellenos de aserrín de muchos colores y, en sus orillas, se clavaban cañas de bambú que se erigían simulando columnas y arcos impresionantes.

La laboriosa algarabía que se producía en la noche previa a la procesión siempre fue una fiesta. Luego, en oposición a la formalidad y respeto de los mayores durante la misma, era común la actitud irreverente de los catrineados jóvenes y niños, que veíamos en aquella actividad, una muy buena oportunidad para buscar novia, sin importarnos las miradas vacías de los impávidos santos de palo que viajaban a lomo de sumisos y respetuosos hombres

que sudando a chorros, siempre hacia adelante, iban disminuyendo la distancia para los encuentros de aquellos.

Mi memoria aún mantiene fresca la imagen de una terrible noche, posterior a la repartición de palmas que el cura párroco había entregado a las almas temerosas de la congregación, entre las que, como era de esperar para mí, no estaba mi mamá. Esa fatídica noche, mi cabeza no lograba conciliar el sueño a causa del temor que, por tradición se nos había inyectado; que si no se ponía en la puerta de la casa la cruz hecha de palma bendita, el diablo se metía y se llevaba a los que la habitaban. Aún siento el sudor que recorría mi frente, porque mi cabeza cobijada hasta el pelo, no se atrevía a asomarse.

En mi pueblo, también era común que como niños jugáramos hasta altas horas de la noche el típico juego llamado “salvo la banca”, que consistía en que a causa de una suerte de rifa, a algún chico le tocaba, después de un rato, buscar al resto que, a esa altura estaban escondidos, a veces muy lejos.

A mi mamá, como la mayoría de las mamás, no le hacía mucha gracia ese juego, en razón de ello, solía contarme historias de miedo que, supuestamente ocurrían en esa comunidad, como la del viejo de las patas largas, que según ella me decía, se sentaba en la esquina de la cantina la Roxana, agarrando y echando en

un saco al chiquillo que se atreviera andar por aquella calle durante la noche.

A pesar de que esa imagen estaba grabada en mi mente, cuando tenía que pasar por aquel lugar, el miedo se me acentuaba, entonces entrecebraba mis ojos y mirando al suelo, "como buscando cincos", aceleraba mis pasos hasta la carrera.

En razón del oficio de mi papá, que a veces tenía que desplazarse lejos y por mucho tiempo de casa la relación afectiva que con él tuve, fue menor a la que disfrutaron mis hermanos mayores, por esa razón no me sorprendió el que un día mi mamá, lo fuera a traer al hospital y lo llevara a casa gravemente enfermo, tampoco me afligió mucho que poco tiempo después falleciera.

Fue el primer cadáver que conocí. Antes de ese acontecimiento, muchas veces, miré pasar hacia el cementerio, negras carrozas fúnebres tiradas por caballos percherones también negros y enormes, que siempre me infundieron temor.

La ceremonia de la vela de su cuerpo se realizó en mi casa, como era lo usual en aquella comunidad. También era corriente de la época y del lugar, la presencia en estas ceremonias de los personajes que la componían: los familiares, que tristemente solo se reunían para esa clase de actividades, el rezador, algunos zaguates y lo típico, los borrachos del barrio.

Durante la vela, en mi familia se procuró mantener una actitud adusta y triste, sin embargo, para mí era muy difícil no contagiarme y ser cómplice aún, de las risas de los asistentes al observar a Mecho, el rezador, salir de la casa cada vez que terminaba un misterio y volver cada vez más ebrio, pues se retiraba discreta y sigilosamente a la cantina de la esquina, hasta su cierre, alrededor de la media noche.

Para entonces ya las palabras rituales se mezclaban con las seculares en un marasmo de barbaridades que obligó a llevarlo a una habitación para que durmiera. En el mismo estado, pero en una condición ya acostumbrada, bajo una cama estaba Naco, el borrachito más conocido del pueblo, quien al despabilarse, con una cruda de campeonato, clamaba gritos :
¡ un trago, un trago ¡

En semejante situación e ignorando las reglas que las circunstancias requerían, para mí todo era diversión y aquella situación tan particular, no me hizo cambiar, por ello, reí con toda la inocencia que podía ostentar, al ver a Naco tomar de una botella de a “cuarta”, un supuesto “ron colorado” que le ofrecieron unos bromistas y que realmente era el líquido pestilente de las vejigas que éstos allí habían vertido. La reacción no se hizo esperar, el alboroto y las palabrotas fueron el toque final de la actividad.

Los fines de cada año eran hermosos, no sólo porque nos daban la libertad de la aborrecida escuela, sino también, porque con los fríos vientos de diciembre empezaba a hervir el entusiasmo por las fiestas de fin de año que se celebraban, primeramente en Plaza Viquez y al final, en Zapote, por supuesto, los tamales, esa hermosa costumbre que era religiosamente ejecutada en mi familia cada diciembre.

Comenzaba con la cocción del maíz, acción que realizaba mi mamá, luego a mí me correspondía llevarlo al molino de don Isidro, un viejo molinero de Zapote que mágicamente transformaba en una masa suave y dúctil, los blancuzcos dientecillos de maíz que mi mamá echaba en una vieja olla de aluminio, arrugada a fuerza de años y golpes. De camino pasaba frente a la escuela vieja, que estaba bordeada por una tapia en la que solían sentarse los mayores a ver partidos de fútbol en la plaza que estaba al frente. Allí hurgaba afanosamente los cincos o dieces y hasta pesetas que habían caído de aquellos despistados fanáticos.

Luego en la casa, el trabajo era abrumador y cansado, me correspondía semicocinar o ahumar y limpiar la montaña de hojas de guineo, que previamente mi mamá había conseguido en los cafetales de la zona, más tarde me llamaba a amarrar en piñas un montón de tamales, que irremediablemente me correspondía

cocinar en un fogón que había construido en el patio de la casa.

Aquel aterro de tamales apiñados en una lata de manteca de chancho parecían no cocinarse nunca, mis ojos rojos e irritados de tanto sorber el humo que el fogón producía me era fastidioso, sin embargo, cuando mi mamá me ofrecía el primer tamal, olvidaba todo el dolor y sufrimiento que había tenido; como lo que dicen las madres cuando se desembarazan de sus bebitos.

Mi barrio limitaba hacia el sur con el río María Aguilar. En aquel entonces, sus aguas eran aún bastante limpias y era posible pescar barbudos y mojarras con relativa facilidad así como darse chapuzones y disfrutar de aquellas refrescantes aguas...

Allí...

Hacia arriba se miraba la luz meridiana del sol. Disperso líquido, prismático, haces de luz en todas direcciones, figuras fantasmagóricas a mi alrededor, segundos en un tiempo sin tiempo, infinito. Recorrí cada rincón de aquella poza con mis ojos expectantes y ansiosos, mirando turbiamente: por aquí una mojarilla translúcida, más allá, un escurridizo cangrejo rojo con las antenas negras y las patas amarillas, que

procuraba esconderse tras una sucia roca de color marfil, que quizás habría llegado arras-trándose, reduciéndose de lejos, talvez desde Curridabat o recién desprendida de otra roca más antigua que con curiosidad me observaba. Luego, impulsado por la presión del agua, ascendí a la luz, al sol... y regresé a casa, con la piel del río María Aguilar sobre mi piel.”

También era común convivir de forma temeraria y divertida con uno que otro loco, varones y mujeres desquiciados que por razones que nunca supe, vivían en sus casas, cuidados o custodiados por sus familiares. Uno de ellos fue José Angel, a quién recuerdo, sentado sobre las viejas y raídas tablas del piso del corredor de mi casa, vestido con un traje azul. El saco que le cubría estaba sucio, rocillo y deshilachado y permitía con cierta certeza, calcular su antigüedad, además, despedía un rancio y fuerte olor a sudor.

Cabizbajo y lejano, parecía estar buscando en su memoria algún fantasma que le recordara la razón de su existencia. Con frecuencia lo lograba, luego de reposar por un buen rato. Una vez tranquilo, se esforzaba por salir de aquel extraño letargo emocional, se levantaba y nos miraba con tristeza.

Luego, poco a poco, con el paso de los minutos, su rostro adquiría un color alegre. Al recordar su mirada creo sin duda, que aquel era el color de la alegría, porque cuando eso ocu-

rría, erguía su enorme y flaco cuerpo y nos permitía mirar su cara morena y ceñuda, en la que se dibujaba una diluida y extraña sombra que se convertía, en otras circunstancias, en una misteriosa mueca que nos aterrorizaba.

Entonces, riendo, desde una boca a la que le faltaban un par de dientes, nos saludaba con gran cortesía y respeto, se dirigía a mi mamá y le pedía un jarro de café. Malisa, le decía a mi mamá, la conocía desde hacía muchos años, desde antes aún de que un extraño y súbito acontecimiento le cambiara el carácter y transformara su personalidad.

José Angel vivía cerca de mi casa, en una vivienda descuidada y lúgubre, rodeada de charales y maleza que parecían haber conjurado contra ella y propuesto ahogarla.

Nunca conocí a sus familiares, pero cuando José Angel se escapaba de aquella casa e irrumpía en nuestras actividades de niños, se convertía de inmediato, en el centro obligado de nuestra atención. Llegaba bufando, como una bestia que había escapado de su encierro y corría desbocado, como si le acosara una legión de demonios. Cuando alguno de los chiquillos alcanzaba a verlo, mirándonos con aquella expresión transformada en mueca, como la de un loco desatado, corriendo hacia nosotros dando alaridos estentóreos de ira; gritaba: “ Allá viene José Angel el loco”. Inmediatamente y como consecuencia del caos que

aquello provocaba, cada uno por su lado, salíamos corriendo desenfrenadamente, como almas que lleva el diablo.

Después de algún rato, cuando los demonios se cansaban de su torpe galopar y lo dejaban, se calmaba, entonces tranquilo y sosegado, se encaminaba hasta aquel roído y viejo piso del corredor de mi casa, donde lo esperaba la serena y amorosa sonrisa de mi mamá.

Cuando cumplí siete años, en el horizonte de mis aventuras se comenzaron a formar nubes oscuras que en mi joven opinión, vaticinaban cosas malas.

Y así fue. No preciso exactamente la funesta fecha cuando mi mamá, sentada junto a mí en el corredor de la casa me comunicó la mala nueva... “Carlitos, el próximo año tiene que ir a la escuela”. No recuerdo el resto, sólo supe que un terror frío se deslizó por mi piel y me hizo sentir terriblemente mal.

Los meses que siguieron a la noticia fueron más largos que los que hasta entonces había vivido.

La escuela

Como parte de una sinuosa fila llena de caras que se miraban unas a otras con la expect-

tativa de un fusilamiento, mi vida estaba parada, ansiosa y triste, viendo pasar ante mis ojos todo lo que podría estar haciendo si no estuviera por ser encarcelado.

La escuela estaba en un vetusto edificio embrochado de color verde, que muchas veces había visto de reojo, cuando pasaba hacia el molino de don Isidro, el molinero del pueblo.

En el ruinoso patio de aquella escuela, escuchaba a lo lejos voces que daban instrucciones y miraba las sonrisas de las carceleras que alegres se preparaban para torturarnos.

De pronto, la fila se hizo más corta y me vi persiguiendo a otros chicos que trotaban en pos de una mujer delgada, pulcramente ataviada, con un hermoso cabello que le colgaba sinuoso por sus hombros y bajo el cual, se contorneaban unas agraciadas caderas y unas muy largas piernas.

Después de unos cuantos pasos, la mujer se detuvo ante una enorme puerta y el tropel colisionó asustado contra sí mismo. Entonces ella se volvió hacia nosotros y pude mirar su cara, ¡ Por Dios, que linda era su cara!, sus ojos tenían como pinceladas multicolores y eran como las aguas verdes del río María Aguilar, que tantas veces contemplé y dejé entrar a los míos, cuando desde lo profundo miraba hacia el sol; la sonrisa eran dos pétalos de rosa movidos por

el viento, adheridos a una piel clara y tersa y bajo una nariz llena de gracia y elegancia.

Se llamaba María de los Ángeles y venía cada día desde Heredia y puedo afirmar que aquellos dos años fueron los mejores que tuve durante mi educación escolar.

Cierta vez, mientras jugaba en el patio del nuevo edificio al que nos trasladaron, tropecé e incrusté una estaca entre mis costillas, el golpe fue tal que mis compañeros tuvieron que llevarme sin aire y a rastras hasta el salón de clases. Allí descansé un rato y luego María de los Angeles me llevó a mi casa.

Era una tarde lluviosa y su brazo derecho me abrazaba mientras el izquierdo sostenía una sombrilla azul, cuya sombra nos protegía como los higuerones que crecieron a orillas del río y que me protegían las cálidas tardes del verano, después de haber chapoteado largas horas en él y haber quemado mi panza morena sobre las piedras. Ya no recuerdo donde puse mis pequeños brazos, posiblemente en los bolsillos de mi pantalón corto. Fue un incidente mágico.

Después de ese día mi ilusión era volver a clases para estar cerca de ella y de alguna manera, expresarle que su presencia llenaba todo el vacío que dejaron mis aventuras y mis juegos de tiempo completo.

Durante dos años seguidos, María de los Angeles fue mi maestra y fueron maravillosos;

pero a llegar al tercer año, me sorprendió un cambio. No fui advertido de ello, ni se tomó en consideración el dulce amor que yo profesaba silenciosamente a mi maestra. Mi frustración profunda se manifestó en una violencia pasiva a veces y más agresiva en otras, pero tuvo repercusiones muy lamentables.

Durante ese año me uní a un selecto y reconocido grupo de malandrines y colaboré con ellos para dejar sin su comida y sin monedas, si las llevaban, a los chicos de menor edad, además la emprendí con furia contra cuanto distraído pajarrillo me encontraba en el camino, así como contra todo árbol con frutas que hallaba. Eran frecuentes mis escapadas a los ríos y también las revisiones que hacía mí mama en mi piel ceniza para descubrir mis mentiras y castigarme.

Fue un año en el que no me esforcé en absoluto, ni siquiera lo intenté, por ganar el curso, consecuentemente, lo perdí y tuve que repetirlo. Al regresar de nuevo al tercer grado, me las ingení para estar otra vez con María de los Angeles y todo volvió a la normalidad.

Fueron los días cuando la música de la radio empezó a fluir a través de mis oídos y con avidez inicié la búsqueda en algún periódico que llegaba a mis manos, reportajes y fotos manchadas de los Beatles, con los que iniciaba una relación de amistad que dura hasta hoy.

Cuando ingresé por primera vez a la escuela, imaginé que mi vida había perdido el sentido, sin embargo, cuando en el mes de julio nos dejaron salir bajo fianza, volví a mis andanzas de niño, a mi universo de aventuras en los territorios que desde mucho tiempo atrás había colonizado.

Para el fin de aquel primer año, se iniciaron las vacaciones de tres meses y en verdad, debo confesarlo, comencé a disfrutar aún más cada minuto que llegué a tener libre de toda preocupación y responsabilidad.

A partir de esas primeras vacaciones largas, mi mamá me comenzó a llevar a visitar a mis tíos, sus hermanos, que vivían más arriba de San José de la Montaña y a una tía, hermana de mi papá que vivía en San Isidro de Alajuela.

Mis tíos, en particular, con los que llegué a convivir en mis vacaciones, tenían una característica en común muy suigeneris, gustaban obtener ingresos financieros, por necesidad o por gusto, en una actividad castigada por la ley, el contrabando de licor clandestino o dicho en palabras más acordes a sus perspectivas, la producción de chirrite.

Tío Carlos

Mi primer aventura comenzó en las montañas de la Cordillera Central, cerca del macizo

donde se encuentra el Volcán Barba, en un pueblo llamado San Miguel de San José de la Montaña. Allí conocí por primera vez al tío Carlos, un hombre entrado en años, bajo de estatura, muy blanco y con sus mejillas coloradas, ojos claros y sonrisa socarrona y burlesca. Con él habitaban, su esposa, cinco hombres y cuatro mujeres, mis primos. Esa primera experiencia fue muy agradable ya que, aunque la mayoría de mis primos eran mayores que yo, me aceptaron como parte de la familia y me acogieron maravillosamente.

Con ellos experimenté por primera vez, la vida en los galerones de ordeño, con vacas olorosas a boñiga y leche, las cortas de pasto en los grandes potreros, la pesca de truchas y la actividad tan productiva de sacar guaro.

Algunas noches también asistí con ellos al cine de San José de la Montaña, donde observé por primera vez, películas de lucha libre que me impresionaron tan profundamente que me motivaron a ejercitar mi pequeño cuerpo en esa técnica.

Cierta mañana, en un corto descanso de sus labores en el potrero, mis primos me incitaron a demostrar o enseñar a Kamú, mis dotes de luchador. Kamú era un chico un tanto mayor que yo, que generalmente acompañaba a mis primos en sus labores en el campo que tenía cierto atraso en su conducta emocional, situación que entonces yo no entendía.

La invitación halló eco en mi alma aventurera y sin pensarlo dos veces, adquirí la postura del Santo, el enmascarado de plata y en una mágica cabriola, mis pies se posaron bruscamente en el pecho de aquel sonriente e inerte busto que, sin entender lo que pasaba, cayó hacia atrás, golpeando su espalda contra el suelo, acto que fue ampliamente festejado y acompañado por las risas estentóreas de los presentes. Luego de ese acontecimiento, camino a la casa, mis primos me invitaron, para festejar mi proeza, a libar con unos pocos tragos a pico de botella, de una sustancia amarga que ellos producían y que paladié con gusto y que además, produjo una alegre exaltación de mis sentidos pero que me impidió luego, mientras almorzaba, distinguir el lugar exacto del plato de comida.

* * *

Tío Chago

Santiago era su nombre pero de cariño le decían Chago. Fue un hombre que pasó por distintas etapas en su vida. Yo lo conocí después de que había dejado el alcohol, para entonces era muy agradable y vivaz, muy bromista y amigo de meter en enredos a quien se le pegaba la gana. No obstante la mejoría, las huellas de sus excesos era evidente, en parti-

cular en su familia, aunque de eso me percaté mucho tiempo después.

El tío Chago no tenía ganado, en razón de ello, se dedicaba a labores del campo cuya remuneración era insuficiente para cubrir las necesidades de doce bocas o más que dependían de él, por ello, la producción de chirrite fue una actividad necesaria para redondearse el salario.

Cierta tarde, Chago me cargó un saco de gangoche con cuatro atados de dulce, él llevaba otro con más tapas de dulce y además una manguera, como una dorada serpiente adherida a un extraño artefacto, que más tarde supe era un alambique. La carga fue muy pesada para mi espalda pero en el camino la fui turnando de posición, hasta que llegamos a la orilla de un riachuelo de aguas cristalinas que murmuraba una melancólica melodía mientras descendía montaña abajo.

En el lugar ya había un estañon durmiendo sobre unas piedras y otro de pie, vigilando por si se acercaba el ResguardoFiscal, al vigilante le fueron vaciados las tapas de dulce, agregado cáscaras de piña y otros componentes que no alcancé distinguir.

Días después, cuando el sol pellizcaba los bordes de las cumbres del volcán Barba, Chago partió sigilosamente hacia el mismo sitio, llevó algunos galones de vidrio transparentes y una pichinga de plástico.

Horas después, Pilique, su hijo mayor y yo, hicimos lo mismo. De camino, Pilique alcanzó cazar un par de despistados conejos que habríamos de comer más tarde, como si las lombrices estomacales nos impulsaran compulsivamente a seguir hartando.

Ya en el lugar, Chago había encendido el fuego que servía de lecho a uno de los estañones y que para entonces, contenía el líquido fermentando y transformado en chicha que habría de convertirse, a través de un sinuoso camino de bronce, en alcohol y chirrite.

El tío Chago tenía entre sus virtudes, una gran habilidad para jugar fútbol, pues sus pies no habían sido afectados por el exceso de libaciones. Algunas tardes cuando la neblina permitía al sol iluminar nuestras mejengas en el potrero, que se ubicaba frente a la escuela, misma que fundara otro pariente, después de que Carmen Lyra, la maestra de mi mamá, se lo solicitara, pues antes de su participación no existía; ahí, Chago y yo, nos deleitamos burlando adversarios y metiendo goles de antología que celebrábamos entre risas y abrazos.

En la familia de Chago dominaban las mujeres y entre ellas, algunas menores que me seguían en mis excursiones exploratorias en busca de una muy especial clase de helechos, “guindajos” les decían las chiquillas que revoloteaban como abejas alrededor de mí, zumbando y gritando “ Carlos Luis, Carlos Luis,

aquí hay un guindajo”. Luego esos pequeños helechos los metíamos en tarrillos de atún rellenos de lana y los colocábamos en los marcos de las ventanas. Entonces la casa se llenaba de olores y perfumes de ciprés, de humo de leña seca y de guindajos.

Tío Memo

Supongo se llamaba Guillermo, nunca lo supe. Era un hombre de rostro afable, con una sonrisa bonachona que dejaba ver en su interior, el agujero de un diente que ya no estaba.

Cuando llegué a su casa, en un pueblito pequeño llamado Poasito, imagino que por estar cerca del volcán Poás, en compañía de mi mama, nos recibieron con agrado y cierto grado de alegría.

En este punto quiero agregar un aspecto que en mi opinión es importante, mi mamá fue la segunda en edad de la familia y tras la muerte de su madre, cuando aún era casi una niña, se tuvo que hacer cargo de la carrafila de hermanillos que quedaron, así como de atender al padre, mi abuelo. En virtud de ello, sus hermanos la amaban y consideraban con respeto.

Memo tuvo, como era natural, un montón de hijos y entre ellos, Quico a quien amo y de quien hasta hoy no se su nombre, nunca lo pre-

gunté, era más o menos de mi edad. A Quico lo conocí el día que llegué, tuve que ir a buscarlo en un plantío de calas que servía de alfombra a unos esbeltos cipreses que a su vez, hacían sombra y se embebían del agua de un pequeño arroyo que cruzaba por sus pies, allí estaba, como otro tallo de cala, intentando esconderse de mi, un extraño totalmente desconocido.

Con él fui muchas veces a pescar truchas y a veces, lo acompañé a la lechería donde trabajaba su padre. Esa lechería, según me acuerdo, se llamaba “El Tirol “ y era un enorme galerón donde una multitud de vacas degustaban el pasto picado y la miel de purga que luego rumiarían en el potrero, mientras una cuadrilla de lecheros les extraían el blanco y maravilloso líquido de sus tetas.

Cada vez que logré ir, por ser un ilustrado estudiante de una escuela de San José y por conocer algunos números y muchas letras, me encargaron anotar en una tabla cuadrículada, la cantidad de leche que cada vaca producía y a cambio, al final del ordeño, me regalaban un “vasado” de leche congelada como granizado, coronada de sirope.

Otras veces íbamos junto con Alfredo, otro primo mayor, al centro del pueblo. Allí habían futbolines y como en algunas otras actividades, yo presumía de ser un gato. En razón de ello, se celebraron un par de competencias muy reñidas y durante ellas, a veces tenían que in-

yectarme por la boca aquel líquido blanco y amargo que exaltaba mis emociones y calentaba mis ya casi congeladas manos.

Los tíos, hermanos de mi mamá y sus hijos viven en mi corazón eternamente.

Tío Micho

Herminio era el nombre de Micho, fue el esposo de mi tía Marina, una mujer canosa y amable que siempre estuvo con la sonrisa a flor de labios, salvo cuando se encuetaba contra Micho.

Tenía una familia, toda mayor que yo, quizá por ello el viejo siempre quiso que fuera su hijo, hasta llegó a decirlo alguna vez, en broma, aunque para mí fue en serio, que mi mamá me había regalado con tinta y papel y que ya no regresaría a San José.

Aparte de eso, con él viví situaciones muy jocosas y hasta peligrosas, como cuando una noche oscura como el carbón, de repente me vi volando por encima de los cafetos en flor, propiedad de una hacienda cercana, asido por una mano enorme que me sujetaba y halaba a toda prisa hasta llegar a un lugar seguro. Después me enteré que de improviso habían llegado unos policías del Resguardo que habían sido

alertados de la existencia de una saca de chirrite en el yurro de la Emilia.

El miche con Marina fue notable y por eso agradecí la preocupación de mi tía, sin embargo, aquella aventura la disfruté enormemente.

También disfruté a más no poder, las historias de su vida real, relacionadas con la búsqueda de entierros de muertos.

Era todo un experto en relaciones sobrenaturales y su prestigio siempre fue más allá de San Isidro de Alajuela, lugar donde residía y fueron no pocas las habitaciones de piso de tierra que quedaron horadadas después de fallidas conversaciones con sus disques confidentes, del otro lado.

Quizá porque él siempre lo deseo, después de mucho tiempo de conocerlo y admirarlo, mi corazón se llegó a enternecer y hasta llegué a amarlo como a un papá, porque también él amó a mi familia hasta el punto de llevarnos varias veces hasta mi casa en San José, sacos con naranjas y hasta cerditos pequeños para que mi mamá los criara y lo vendiera en diciembre.

Epílogo

Mis recuerdos de aventuras y otros asuntos, me permitieron disfrutar mi época de niño. En ese proceso transité como debe ser un niño,

sin enterarme que existía un pacto no escrito de ayuda mutua, sobretodo entre mis familiares y mi mamá, por ello, siempre agradeceré a mi mamá a quien tanto amé, en especial, por haberme dado tantas y tan hermosas maneras de vivir mi infancia. Dios la tenga en su regazo.

Carlos Luis Rojas Vargas
de oficio administrador de empresas
de vocación, escultor

El pueblo en que nació

Un famoso turista, en el siglo pasado, se refirió a mi ciudad como “*Un gran teatro rodeado por pequeñas viviendas.*” Refiriéndose al Teatro Nacional, construido por nuestros antepasados con gran éxito, y financiado por la industria del café, con el impuesto a las exportaciones del llamado grano de oro. En realidad mi pueblo natal, culto, trabajador y ambicioso, surgió dentro de una espléndida tierra rodeada de montañas, bañado por caudalosos ríos, ple-tórico de pinceladas verdes por doquier y con un cielo azul de antología.

No fue entonces una ciudad cosmopolita, era una aldea sencilla y orgullosa de su historia, la ciudad pacífica y respetuosa, pobre pero digna, religiosa y honesta. Con el orgullo de tener más maestros que soldados, un cuerpo de policía humildísimo para resguardar su eterna paz.

Allí en una casa de adobes que construyó mi abuelo, en la esquina en que tuvo un negocio que se llamó “El Águila De Oro”, frente al switch del tranvía, 100 metros antes del teatro Nacional, nací un Lunes de Gloria, en abril de 1931. Allí pasé mis primeros años, arrullada por el sonar de las carretas que bajaban la Cuesta de los Mora llevando sus productos al mercado.

Lentamente, la pequeña ciudad se despereza, el amanecer se desvanece dejando al des-

cubierto la majestad de las montañas que circundan el fecundo valle central. Al sur este, la cruz de piedra corona el Cerro de Alajuelita, mientras que en el corazón capitalino, cinco templos signan calles y avenidas, los Distritos y barrios de Catedral, La Merced, La Dolorosa, La Soledad, y El Carmen, en una ciudad construida con cordel, como un ajedrez.

Ordenada en decenas de cuadras luce fresca con la inserción de hermosos parques "El Central" frente a la Catedral, el "Morazán", "El Nacional", y el "Parque Bolívar", Parque Zoológico rodeado de arboledas. En las avenidas, lucen su elegancia edificios preciosos como: el Teatro Nacional, el Edificio de Correos y Telégrafos, La Penitenciaría Central, el hospital San Juan de Dios, El Asilo Chapuí, el Club Unión, el Tenis Club, el Country Club, y el Aeropuerto de La Sabana, construido en el espacio que donó un sacerdote.

Las casas son humildes en los viejos asentamientos, muy pocas hay de buen ver, pero surgen barrios nuevos por doquier y a lo largo del Paseo Colón que conduce a La Sabana, brotan maravillosas construcciones y barrios.

Son contados los automóviles como también las "cazadoras" de transporte público. Pero alegra el paisaje el amarillo hilván de un coqueto "tranvía" que cruza la ciudad en dos sentidos, y sus impecables conductores con uniforme colorido y cachucha, parecen europeos.

Hay Estaciones de los dos ferrocarriles que conducen a ambos puertos, Puntarenas en el Pacífico, y Puerto Limón en el Atlántico.

Multitud de escuelas públicas proporcionan educación gratuita y obligatoria, cuenta con colegios de secundaria públicos y privados excelentes, como el Liceo de Costa Rica y el Colegio Superior de Señoritas, el Colegio de Nuestra Señora de Sion, María Auxiliadora, y el Colegio Seminario,

Contrasta con lo anterior, el sonoro castañeteo sobre el pavimento, de los viejos caballos carretoneros, que trasladan al mercado todo tipo de mercancías, A las seis de la mañana las campanas de todas las iglesias llaman a sus feligreses, desperdigadas muchas señoras con velo en la cabeza caminan apresuradas para asistir a Misa.

Esta fue la ciudad que me vio nacer en los albores de 1931, entre parcelas rodeadas por altas tapias coronadas de guarias. Carretones y caballos transitan sobre las calles empedradas y caños altos, aceras de piedras cuadradas y postes de luz esquineros. Cuando en cada esquina un policía uniformado, muchas veces descalzo, dirigía el escaso tránsito, con un palo corto, a modo de arma.

Casonas amplias con corredores y jardines, dormitorios enormes con muebles pesados, altos armarios y poltronas, jardines centrales,

cocinas de leña y filtro de piedra. Un camión con carrocería de madera de fabricación nacional, cubierto de una lona, recogía las basuras, rodeado de zopilotes que reposaban sobre los alambres de la luz.

Cada vecino sacaba temprano la escoba de millo para barrer la acera. Y el panadero dejaba su pan en una bolsa que colgaba mamá de la perilla de la puerta principal, con el dinero de pago que allí mismo recogía.

Esa fue mi ciudad, la primorosa tacita de plata, el San José de aquellos tiempos, una joya preciosa que ya no existe más...

Copi.

Maria Teresa Salazar

El amor

Soy humana, de raíz vegetal y pelaje animal. Mujer; que es como decir hormiga, un poco abeja, pero con algo de luciérnaga soñando ser estrella.

Por tanto necesito guarida, abrigo y me nutro de la tierra y el mar.

Ella escribió un día: Cómo una pluma que cae grácil y suavemente se deposita en la tierra, entre las gotas de rocío...

Quisiera ser pluma hoy, ella desearía eso... cosa tan imposible como el deseo de dejarse caer grácilmente, porque así se siente y eso le gustaría. Pero hoy un desasosiego imperioso la trasciende, por eso cocina, en febril movimiento y concentración.

Amorosas constelaciones me sembraron estremista, al filo del continente, desde donde mis raíces se extendieron erráticas y algunas todavía persisten. Fue en el Norte, al preludio de la pampa, donde trabajé con las ilustradas herramientas adquiridas en la academia. Entonces, era diurna en la universidad de La Serena y nocturna en el puerto de Coquimbo.

Un día prodigioso sus áridas laderas me sorprendieron con un estallido multicolor, entonces descubrí la contradicción fundamental del desierto, cuya áspera armadura mineral escon-

de celosamente el memorial de la semilla oculta: había florecido!

Ella va suavemente desnudando y cortando cebollas, primero por la mitad y luego en delicadas plumas, que se agrupan en hileras. Eso aprendió desde pequeña y aquel aroma tan particular impregnando todo, la lleva lejos y mueve sus manos sin que lo pretenda. No es que cocine tan bien, solo quiere hacerlo hoy, en éste día especial y por eso mira el reloj de la pared con insistencia.

En esas tierras aprendí con hermosa gente la nobleza y generosidad de sus infinitas tareas cotidianas. El arte del caldillo de pescado y un buen guiso de mariscos. Amaneceres cosechando uva teñida de rocío. Noches de invierno abrazando la soledad estrellada del mar. Bailar cueca en La Pampilla con la aurora de fondo. Recorrer senderos del Camino del Inca acariciando sus silentes y milenarias piedras talladas.

Ocurre a veces, es como un frenesí de emoción y recuerdo. A medida que va descubriendo las capas de cebolla en delgados fragmentos pareciera que así le ha sucedido con la vida, son momentos que luego constituyen épocas, etapas que puede agrupar y desmenuzar... cocinar es como tocar el corazón, profundo, insondable de las cosas. El tiempo es inexorable y transcurre... no debería detenerse tanto con las cebollas...

Febriles días aquellos, éramos como un enjambre que tejíamos juntos nuestros sueños. Entonces usaba chaquetón y botas de cuero, todo negro igual que la boina, que destacaban la contestataria y atrevidísima minifalda. Las mujeres participábamos en todo y nos movíamos a nuestras anchas. La música nuestra explotó en creaciones diversas y profundas, que coreábamos con ojos brillantes, aunque también nos apropiamos de los Beatles. Pero eso era mucho antes que el terror se asentara en la piel.

Realiza este rito desde siempre, cuántas cebollas habrá cortado en su vida? Tiene certeza de lo que hace por su trascendente fragancia, sin embargo su pensamiento está cada vez más lejos...Mira la hora una vez más y pone calor al sartén en la cocina...En un rato podría ir al jardín por unas rosas, para colocarlas en el jarrón.

De un momento a otro la opacidad cubrió cualquier vestigio vivo, la sangre y el dolor nos inundaron.

Una noche papá vino a contarnos que ese día se habían llevado a mi hermano Claudio cerca de la universidad. Conversamos como pudimos y lo encaminamos de regreso. Esa fue la última vez juntos, porque a la noche siguiente también se lo llevaron a él.

Aprendió que los ajos van cortados muy finos, diminutos para que el olor y el sabor se mezclen

disimuladamente con los otros ingredientes. Ese meticuloso detalle es importante, pero faltan varias cosas todavía... y el tiempo corre...

No puedo describir, no sabría ponerle un nombre a ese sufrimiento, esa pesadumbre arrastrada para siempre.

La bebé que yo esperaba venía en mala posición y para sorpresa de todos, literalmente dio un giro y llegó sin complicaciones esa Navidad.

Entonces la cebolla se pone a sofreír junto con el ajo, cuidando que doren, sin quemarse. Ella definitivamente tiene la cabeza en otro lado, olvidó el pimentón, es decir el chile dulce, ahora tiene que partirlo en delgadas tiritas y agregarlo. La hora avanza y todavía falta engalanar la mesa...

A la pena que salía por nuestros poros se agregaba el temor constante de aquél que caminaba a tu lado, quién te cruzabas en la calle o se sentaba a la par en el bus. Los teléfonos estaban intervenidos y para no crear problemas no visitábamos amigos, así que tampoco nos comunicábamos.

Ahora toma los tomates, a los que con paciencia desprende su fina piel, así la fruta libera todo su espectacular jugo. La embarga una ilusión irracional, tal vez ponga el mantel blanco, así realzará mejor el colorido de los platos...

Cómo por un milagro se había acabado el desabastecimiento y los almacenes, tiendas, supermercados estaban abarrotados de cosas...pero no tengo la menor idea qué comíamos, donde, cuando..

Ahora deberá ir al jardín y cortar algunas hojitas de perejil, orégano y también la deliciosa albahaca, claro! aprovechará de tomar las rosas. Piensa si será mejor poner la música que les gustaba escuchar juntos o dejar que ellos escojan...También tendría que cambiarse el vestido y al menos acomodarse el pelo...

Mientras cuidaba a mi hija recién nacida, mamá salía todos los días con un paquete de ropa y algunos comestibles a preguntar a los lugares de detención por mi papá y mi hermano y volvía derrotada, exhausta, destrozada por las noches, sin respuesta.

Con esta mezcla lista, ella puede ir agregando los otros componentes. Ha cortado la benrejena en trozos y puesto a remojar en un recipiente con agua y sal, luego de escurrida, puede integrarla al resto. Ha decidido instalar el pequeño aparato y entre las canciones elige varias, pero decide iniciar escuchando Honrar la vida...

Partí buscando ayuda para los míos gracias a una amiga y esa mañana de marzo ardiente, silenciosa, Costa Rica me deslumbró.

Pasé mucho tiempo mentalmente con la maleta detrás de la puerta, porque nuestro regreso era inminente. La realidad fue más impetuosa y mansamente construí otro nido.

Entre amigas, con nuestros retazos, reconstruimos una familia completa, con abuelos, tías, primos que funcionábamos tal cual, para todas las fechas y situaciones importantes, con una férrea e inconvencible solidaridad.

Esa fue una acción de sobrevivencia que nos permitió rehacer trozos de nuestra cotidianidad cultural en la preparación de comidas, ritos y sobre todo darle a nuestras hijas e hijos un vínculo, una sensación de arraigo y pertenencia a distancia, con ese lugar remoto y desconocido que nos hacía muchas veces llorar.

La experiencia de los republicanos españoles siempre me había impactado, vivían añorando su tierra, juntándose para compartir comidas y celebrar estoica y disciplinadamente las fechas emblemáticas. Entonces ni imaginaba lo que era el exilio, ni lo que significaba el desarraigo. Terminé de completar todo ese complejo y desgarrador concepto, cuando un día fui a la embajada para poner al día mi pasaporte y me lo quitaron. Atónita, lo único que atiné a suplicar fue que me entregaran la foto donde aparecíamos mi pequeña hija y yo, a lo cual accedieron como gran deferencia.....

Entré a esa oficina con la identidad clara de quién era, de donde venía, pero salí con la sensación de estar viviendo una irrealidad, un espacio sin tiempo ni sustento. Habían desangrado el país, destrozado mi familia como muchísimas otras, aniquilado nuestros sueños y ahora me negaban mi huella. Pretendían borrarlos, extinguirnos. Para ellos era nadie, no era nada.

Es preciso ir revolviendo con la cuchara de madera lentamente, vigilando que no se adhiera el guiso al fondo de la olla. Ha llegado el momento de agregar el zuquini en trozos más grandes. El aroma va inundando todo, igual que la música, provocando que las lágrimas vengan en cascadas. Decide apagar el fuego para que el guiso logre su punto. Lleva a la mesa un cuenco con queso parmesano y por supuesto el vino. Ahora corre a lavarse la cara ...Estarán próximos a llegar!!

Tanta matanza escondida en los surcos y grietas del hermoso paisaje. Es como caminar cuidando donde poner el pie, por miedo a pisar un fragmento de hueso, una hebra de pelo, un llanto, lamento enterrado. El territorio es un siembro de restos, retazos de sueños, vidas cortadas de raíz...

Pero qué país es ese? No es el que soñamos y en un acto de prodigio creímos transformar. Dijimos las palabras mágicas; salud, educación, trabajo, justicia... y con los años encontramos

en el sombrero un lugar errático, indiferente, viviendo de los espejismos del mercado.

Ese país se llama igual, pero muchas veces no lo conozco y él ignora todo sobre mí.

Las personas, los sitios han cambiado, sólo subsisten fragancias, sabores y elementales sensaciones que logro extraer del pasado. Con lo demás no tengo mucho en común, salvo mis entrañables amores.

Sí, los amores....cómo me habría gustado que llegaran hoy...cada uno con sus comentarios, bromas, chistes, noticias, novedades de libros, películas...en una mesa enorme donde cabríamos todos y todas...y recordaríamos cuando Claudio y yo jugábamos paseando perros en carretilla, o cuando salimos a recorrer Santiago nevado de madrugada, y nos abrazaríamos y comerían ese guiso y alguno traería un postre y mis hijas habrían crecido disfrutando esa familia y claro...no lloraríamos escuchando la letra de Vuelvo ...justo hoy que se cumplen más de 40 años...por eso he puesto Gracias a la vida muy fuerte, porque todavía mantenemos nuestra dignidad y esperanza en lo mejor del ser humano y la justicia... aunque la verdad, es que todo eso puede ser tan irreal... como ser pluma y dejarme caer grácilmente en la tierra, entre las gotas de rocío....

Evelyn Silva

Sacramento de San José de la Montaña

Juana Loaiza y Pedro Villalobos, se establecieron en Sacramento de San José de la Montaña, Pedro, encontró el trabajo como capataz en la finca de un extranjero recién llegado de Alemania; quien cargaba con cinco hijos huérfanos de madre. Este recién llegado venía con la esperanza de establecerse en un país de montañas tupidas, frondosas, aire con olor a plantas, y la frescura de ríos cristalinos, donde sus aguas pudieran limpiar las penumbras de sus ojos para llevarse en su cauce el dolor y las penurias de una guerra.

Pedro Villalobos era podríamos decir un costarricense como cualquier otro, bajo de estatura, moreno, fuerte y musculoso, poco expresivo y sumido en sus labores. Fiel al amo que le brindaba un lugar para establecerse con su numerosa familia: su esposa, cinco hijas y dos varones.

Juana Loaiza era mas bien alta, de cabellera larga hasta la cintura, lacia, del color y la fuerza indígena. Montaba a caballo con la elegancia de sus faldas anchas, el cinta de cuero y botines que la hacían verse elegante. Su labor, cuidar de los niños y realizar las labores hogareñas

Así crecieron entrelazados por algunos años los hijos de ambas familias, sin distinción de clase social, corriendo por los pastizales, metidos en sacos de gangoche para poder deslizar-

se por la montaña alfombrada y olorosa a césped adornada por las "Hortensias", características de la zona.

Jugueteaban de día y cuando llegaba la noche compartían el calor de una fogata para mitigar el frío.

Así pasaban los días para Juana entre los quehaceres y la obligación de los niños. Llevaba en su vientre el hijo número ocho. Dejándose llevar por el sonido cristalino que produce el agua apresurada, se inspiraba en sus cantos "El agua que nunca se devuelve se la lleva muy lejos el río. "Con el nacimiento de Víctor llegó otro niño "con el bollo de pan, bajo el brazo" y la vida siguió con normalidad. Tanto que aquella mujer fue al día siguiente de su parto a lavar al río las sábanas y ropas sucias acumuladas, usadas en su labor.

La corriente fluía al ritmo de su modalidad y el tono de voz se escuchaba suave y melancólico.

Un frío se metió debajo de sus faldas largas, en el agua hasta arriba de las rodillas y limpiaron su vientre recién parido.

Se lavó tanto su vientre que el frío invadió el espacio que ocupaba su niño, y una fiebre puerperal ameritó que al día siguiente Juana fuera transportada en una carreta al hospital de Heredia.

Unos días después la misma carreta iba rumbo al hospital llena de niños, incluyendo un bebé envuelto en mantas, cantando un llanto de tristeza y angustia con hambre y sed de abrigo materno.

Al llegar, Pedro toma a cada uno de sus hijos en brazos para bajarlos de la carreta y ponerlos en la acera, asignándoles a las niñas la obligación de los menores.

Él caminando delante de sus hijos por los pasillos del hospital para conducirlos hasta el salón dónde van a encontrarse con su mamá.

Los niños lo siguen con caritas asustadas, iban bien vestidos, con los trajes, confeccionados por Juana.

Con las ropas bien planchadas y limpias gracias a la labor de las mujeres de la casa, sus hermanas.

Así Juana se despidió de cada uno de sus niños, mientras Pedro a pesar de su apariencia frívola y poca expresión de sentimientos los levantaba con ambas manos hasta acercarlos para que les diera la bendición y un beso en la frente.

A cada uno les obsequió una melcocha de coco con una estampita de estrella debajo del empaque de papel encerado que la recubría. Alguna podía estar premiada para ser cambiada por otra.

Días después Juana Loaiza dejó en aquel hospital su vientre frío y húmedo, su vida y sueños.

Dejó un corazón fraccionado en 9 partes, sus niños, y el amor de Pedro, su canto en el río de Sacramento adónde cada una de sus niñas continuaron lavando la ropa, persistentes en su coraje y valentía siguiendo el ejemplo de su madre.

Fue María, una de las hijas mayores la primera en salir de la casa y tiempo después emigró a trabajar a San José. Aún siendo una niña huyó de la finca, apenas con lo que llevaba puesto.

Una mañana fue a lavar la ropa de su papá y sus hermanos cuándo llegó a la casa la tendió en los alambres para secarle al sol.

Apenas había terminado cuando una voz con expresión de enojo y gritos estremeció a la niña:

- ! María, esa ropa está mal lavada !

Con gran asombro y con los ojitos muy abiertos miró como su madrastra tiraba la ropa en el fango. La música que producía el afluyente del río tomó otro tono y descargó su ritmo en el cinto que colgaba detrás de la puerta.

El mismo que Pedro utilizaba cuando era necesario para enmendar a sus hijos.

La voz de Juana repercutió en María y llenó su mente de nostalgia, sintió la ausencia, el vacío, el dolor, la pérdida de un ser amado.

Descargó su ira, la incomprensión y con toda su fuerza hizo uso del cinto en el cuerpo de su madrastra.

María sabía muy bien que en cuando su padre regresará de su trabajo recibiría el doble de castigo, y sin pensarlo dos veces, tomó un puñado de ropa y se marchó a toda prisa del lugar.

Recorrió la distancia por los trillos de la montaña hasta llegar a solicitar ayuda al sacerdote de la iglesia de San José de la Montaña, quién la hospedó temporalmente en la sacristía.

Ahí aprendió con la sacristana, que debía de usar calzones y le confeccionó unos con un pedazo de manta y un mecate para sostenerlos en la cintura.

La libertad que poseía no le daba chance a tener malicia alguna.

Días después fue instalada en una casa en San José, cómo empleada doméstica.

De ahí una a una de sus hermanas: Carmita, Ester, Consuelo y Marta siguieron sus pasos, todas emigraron a la capital para trabajar y buscar oportunidades.

Los hermanos Amado, Joaquín, Victor siendo jóvenes se casaron y cada cual se instaló con sus numerosas familias en su natal Heredia.

Las mujeres igualmente se casaron y tuvieron hijos unas más que otras.

Consuelo Villalobos Loaiza tuvo cinco hijos el mayor fue mi padre, Álvaro Villalobos Loaiza, contrajo matrimonio con Vilma Vargas Tejada, tuvieron dos hijos : Lorena y Juan Carlos.

Ese fue el pueblo dónde nací, porque un hijo se cría 20 años antes de nacer, en sus orígenes.

Cada segundo domingo del mes de enero de cada año, nos reunimos todos los descendientes posibles de Juana Loaiza y Pedro Villalobos (incluyendo los de su segunda esposa) en San José de la Montaña con el fin de mantener unida a esa enorme familia, sus raíces sus costumbres su persistencia.

La unión y el amor se hace presente y aunque muchos de ellos ya no estén, prevalece la esencia de aquellos niños tirándose en sacos de gangoche en aquellas lomas de color y aroma a verde musgo

El origen de nuestro existir, la herencia de Juana al escuchar su canto en el río, dónde dejó su vida y la estrellita de la melcocha premiada, que favoreció el coraje de María y de una familia que ha sabido permanecer unida hasta éstos días y por muchos tiempos venideros.

Ana Lorena Villalobos Vargas

En busca de mi pueblo preferido.

Hace ya bastante tiempo leí no recuerdo en que libro, una frase que se grabó en mi mente; “mi pueblo está debajo del cielo que me cobija”, de algún modo estas palabras retratan mi vida, porque una buena parte de ella, la he vivido en muchos lugares y en cada uno de ellos no por mucho tiempo. En ninguno eché raíces y en varias ocasiones, levé anclas con una mezcla de alegría y tristeza.

La alegría luminosa propia del que le gusta conocer más y la tristeza gris, intrínseca de las rutinas y amistades que serán cortadas por la distancia. Tal vez esto venga por herencia, ya que mi padre venido del lejano oriente, de la China amarilla, milenaria, misteriosa y legendaria, y nacido en el siglo antepasado, fue un nómada irredento.

Desde que nací y hasta mis once años, edad en la quedé huérfano de padre, mi vida fue un constante ir y venir por pueblos y ciudades. De mis primeros años, recuerdo los dorados atardeceres de Puntarenas, ahí nací sobre las aguas del estero, en una edificación construida sobre pilotes y convertida en hotel para turistas de clase humilde, también se hospedaban en él, pescadores artesanales y campesinos del golfo de Nicoya, quienes traían al muelle del estero sus cosechas de mar y tierra, y se devolvían en sus pequeñas embarcaciones, con los

bastimentos para el sustento de sus familias, ese era el negocio de mi padre.

Por cierto nací ahí de forma imprevista, porque mi padre llevó, solo por unos cuantos días, a mi madre desde San José (donde residían), para que conociera el nuevo negocio familiar recién adquirido, y en ese viaje nací yo, me gusta decir que no nací en tierra firme, nací sobre el verde oscuro de las aguas del estero de Puntarenas, en un hotel, una clase de lugar que la gente entiende como lugar de paso, no como morada permanente, en donde fue asistida mi madre presurosamente, por una partera del lugar de nombre doña Carmen, en una noche de luna llena de Enero de 1952.

Gerardo Lee Rojas

VisualCon.net

Ha realizado esta publicación digital
en el mes de febrero del 2021
como apoyo al taller de Escritura Creativa, PIAM
dirigido por Giselle García Pereira
San José - Costa Rica.

ISBN 978-9930-568-32-3



9 789930 568323